



[Estados Unidos y las bases ideológicas del "trumpismo". Conservadurismo, derecha radical y populismo/](#)
Jorge Hernández Martínez

[Los orígenes de la doctrina Trump/](#) Agustín Fontenla

[La política exterior de Trump. ¿incoherente o impredecible?/](#) Immanuel Wallerstein


[¿Qué pasa en Estados Unidos?/](#)Jesús Arboleya

[Sombras, confluencias y dispersiones en primeros cien días de Trump/](#) Luis René Fernández Tabío y
Hassan Pérez Casabona

[El Gobierno temporal de Donald Trump: Una redoblada amenaza para nuestra América /](#) Luis Suárez
Salazar

[Trump y Cuba: Desafíos y Oportunidades /](#) Elier Ramírez Cañedo

[Entrevista exclusiva a Ignacio Ramonet/](#) Fernando León Jacomino



Estados Unidos y las bases ideológicas del “trumpismo”. Conservadurismo, derecha radical y populismo

Jorge Hernández Martínez

El triunfo electoral de Donald Trump en las elecciones realizadas en los Estados Unidos el pasado 8 de noviembre y su ulterior toma de posesión como Presidente de ese país el 20 de enero ha estimulado la reflexión sobre los factores que determinaron ese acontecimiento, y colocado en el debate el tema del auge del movimiento conservador, del populismo, de las corrientes de extrema derecha, como reacciones de desencanto, rechazo y ajuste de cuentas con la política de la doble Administración Obama. Esa ofensiva ideológica cuestiona desde los años de 1980, bajo la llamada Revolución Conservadora, con Reagan, al liberalismo tradicional y a las prácticas de gobiernos demócratas. Al terminar el decenio de 2010, a ello se agrega el disgusto de sectores de la clase media blanca, protestante —afectada desde el punto de vista socioeconómico con Obama—, cuyos resentimientos se enfocaban no sólo contra el gobierno demócrata que terminaba su mandato, sino de modo específico contra la figura presidencial en el plano personal —un hombre de piel negra, de origen africano—, con beligerantes expresiones de racismo y xenofobia que había anticipado el *Tea Party* y que Trump retoma con fuerza, añadiendo una estridente nota de intolerancia étnica, misoginia, machismo, homofobia y sentimientos antiinmigrantes, con un discurso patrioter que afirma defender a los “olvidados”. A la vez, promete restaurar el espíritu de la nación, fortaleciendo el rol mundial de los Estados Unidos, a través de la consigna *America First*.

Los Estados Unidos han sido escenario de una prolongada crisis y de hondas transformaciones en la estructura de su sociedad y economía, llevando consigo importantes mutaciones tecnológicas, clasistas, demográficas, con expresiones también sensibles para las infraestructuras industriales y urbanas, los programas y servicios sociales gubernamentales, la cultura, la composición étnica y el papel de la nación en el mundo. Se trata de cambios graduales y acumulados, que durante más de treinta años han modificado la fisonomía integral de la sociedad norteamericana. Sin embargo, a pesar de que en buena medida ha dejado de ser monocromática — simbolizada por la exclusividad, como país, del prototipo del *white-anglosaxon-protestant (wasp)*—, y se puede calificar de multicultural multirracial y multiétnica, ello no significa que se haya diluido o mucho menos, perdido, esa naturaleza, de una clase media cuyas representaciones son esencialmente conservadoras. Sin ignorar la heterogénea estructura clasista estadounidense, conformada por la gran burguesía monopolista, la oligarquía financiera, la clase obrera, los trabajadores de servicios, un amplio sector asociado al desempleo, subempleo y la marginalidad, junto al granjero—cual singular expresión del hombre de campo—, acompañada de las correspondientes representaciones ideológicas y psicológicas, es aquella la simbología cultural que presentan los textos de historia, la literatura, el cine y la prensa.

Es importante esta precisión en la medida en que, con frecuencia, se le atribuye a la sociedad norteamericana un perfil tan cambiante y cambiado que se absolutizan sus transformaciones, perdiéndose de vista factores de continuidad. Ello ha llevado a interpretaciones como las que a partir del lugar creciente de las llamadas minorías —como los latinos y los negros—, estimaron que en las elecciones de 2016, las bases sociales y electorales del partido demócrata estaban garantizadas, y auguraban una victoria segura a Hilary Clinton. Desde esa perspectiva, se concluía con cierto simplismo que en esa sociedad ya existían las condiciones que hacían posible que luego de que un hombre de piel negra ocupara la Casa Blanca durante ocho años, ahora era el turno de una mujer.

Con otras palabras, si bien la mayoría de los pronósticos y sondeos de opinión apuntaban con elevados porcentajes de certeza hacia el triunfo demócrata, existía un entramado objetivo de condiciones y factores —insuficientemente ponderado, cuando no ignorado—, que permitía vaticinar la derrota demócrata y el retorno republicano a la Casa Blanca. Ese trasfondo tenía que ver con la crisis que define a la sociedad norteamericana, como ya se indicaba, durante ya más de tres décadas, la cual no sólo se ha mantenido, en medio de parciales recuperaciones —sobre todo en el ámbito económico, propagandístico y tecnológico-militar—, sino que se ha profundizado entre intermitencias y altibajos, en el terreno cultural, político e ideológico. En un lúcido y conocido análisis, Michael Moore se anticipaba a visualizar el resultado de la elección presidencial de 2016¹ Asimismo, Noam Chomsky aportaba claves analíticas, cuando muchos meses atrás, al referirse a las primarias, señalaba que “haciendo a un lado elementos racistas, ultranacionalistas y fundamentalistas religiosos (que no son menores), los partidarios de Trump son en su mayoría blancos de clase media baja, de las clase trabajadoras, y con menor educación, gente que ha sido olvidada durante los años liberales”² De ese modo, llamaba la atención hacia las bases sociales que podía capitalizar el candidato republicano.

Trump, inicialmente subestimado e incluso satirizado desde el inicio de las primarias, al ser considerado como una burda expresión del voluntarismo de un empresario narcisista, con un discurso anti *establishment* (probablemente determinado más por oportunismo pragmático que por convicción ideológica) terminó imponiéndose como catalizador del malestar entre aquellos sectores del electorado cuyas condiciones de vida y trabajo se habían visto afectadas en las últimas décadas. Y al convertirse en el candidato oficial del Partido Republicano, en la convención nacional, a pesar de su discurso conservador, con matices de extrema derecha y un populismo recargado, pasó a ser considerado como un riesgo para el *establishment*, inclusive por republicanos tradicionales. El proceso estimula a examinar el contexto y las bases ideológicas del “trumpismo”.

El “fenómeno Trump” y la crisis norteamericana

En el contexto de la doble Administración Obama se profundizó el resentimiento y el enojo de ese sector, integrado por personas blancas, adultas, que fueron golpeadas por la crisis de 2008 y sus secuelas, a los que se identifica como trabajadores de “cuello azul”: individuos con bajos niveles educativos, que perdieron sus casas, sus empleos, cuyos problemas no fueron resueltos ni atendidos por el gobierno demócrata. Trump fue electo por el voto mayoritario del Colegio Electoral, que no fue coincidente, como se sabe, con la votación popular. Se apoyó en esa base social, creó chivos expiatorios y con habilidad logró manipular y captar el apoyo y el voto de ese sector, prometiéndoles que nunca más serían olvidados. Así, lo que a través de la prensa se ha identificado como “el fenómeno Trump”, se explica en buena medida a partir del rechazo a los partidos y políticos tradicionales, pero sobre todo, al resentimiento acumulado —impregnado de una cultura racista, machista y patriarcal—contra un gobierno encabezado por un Presidente negro y ante la posibilidad de que le sucediera en el cargo una mujer. A ello se añadían otros elementos subjetivos, como los derivados de una crisis de credibilidad y confianza más amplia.

Trump ha representado un estilo inédito en los procesos electorales en los Estados Unidos. Su discurso demagógico ha prometido empoderar, con aliento nacionalista proteccionista, al empresario capitalista y al trabajador con precariedad de empleo, quienes le exigirán que cumpla con sus promesas nacionalistas. Ha declarado personas *non gratas* a quienes no reúnen las características estereotipadas del *wasp*, que ha creado el cine de Hollywood, la historieta gráfica y el serial televisivo en torno a la familia norteamericana: blanca, de clase media, disciplinada, individualista, protestante³ En la sociedad norteamericana ya existe una cultura política marcada por una concepción hegemónica en torno a los “diferentes”, es decir, las llamadas minorías que en el lenguaje posmoderno son calificadas y consideradas como los “otros”. Trump apela a la visión racista, excluyente, discriminatoria, que el politólogo conservador Samuel P. Huntington estableció en sus escritos tristemente célebres, que argumentaban la amenaza que a la identidad nacional y a la cultura tradicional estadounidense, de origen anglosajón, entrañaba la otredad, encarnada en la presencia intrusa hispano-parlante de los migrantes latinoamericanos⁴.

La plataforma que acompañó a Trump tuvo un antecedente no sólo en las propuestas de la nueva derecha que impulsaron, junto a otras corrientes, a la Revolución Conservadora en los años de 1980, sino en el movimiento en ascenso —de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba—, encarnadas luego en el *Tea Party*. Como contrapartida, descolló la tendencia encarnada por Bernie Sanders, identificada como radical y socialista, que tenía como antecedente al movimiento *Ocuppy Wall Street*, exponente de una orientación de inconformidad y rechazo ante la oligarquía financiera, que no logró constituirse como fuerza política que rompiera el equilibrio

establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo. Este fenómeno, efímero, pero significativo, respondía al mismo contexto en que nacieron el *Tea Party* y el “fenómeno Trump”.

El movimiento conservador cuyo desarrollo se ha hecho notablemente visible al comenzar la campaña electoral a inicios de 2016, alimentado por el resentimiento de una rencorosa clase media empobrecida y por la beligerancia de sectores políticos que se apartan de las posturas tradicionales del partido republicano, rompe los moldes establecidos, evoca un nacionalismo chauvinista, un sentimiento patrioter, acompañado de reacciones casi fanáticas de intolerancia xenófoba, racista, misógina. Es la voz de esa clase media que se considera afectada y hasta herida, reacciona contra lo que simboliza sus males e identifica como amenazas o enemigos: los inmigrantes, las minorías étnicas y raciales, los políticos tradicionales. Intenta reducir la competencia, que considera injusta, propone medidas proteccionistas, se opone a los tratados de libre comercio y pretende que los Estados Unidos sean la nación del sueño americano. Pero sólo para los verdaderos norteamericanos. A esos votantes movilizó Trump.

En la sociedad norteamericana de hoy se han hecho más intensas y profundas las fisuras en el sistema bipartidista. Luego de la inimaginable elección de un presidente negro en 2008, ahora se asistió a la no menos inusitada nominación de una mujer presidenciable, con imagen de político tradicional, y de un hombre anti-*establishment*, cuya proyección totalmente escandalosa, irreverente, iconoclasta, herética, desvergonzada, le hacían ver como no presidenciable.

A pesar de la tardía conciencia de los republicanos tradicionalistas por salvar la imagen y la coherencia de su partido y de la búsqueda de alternativas, se impuso la figura de Trump, con su retórica demagógica y expresiones fanáticas de xenofobia, espíritu anti inmigrante, intolerancia, excentricismo e incitación a la violencia. Los esfuerzos de los republicanos tradicionales y de los neoconservadores por presentar opciones a Trump dejaron claro tanto la polarización al interior del partido, como el hecho de que no se sentían reconocidos con su figura ni con el ideario que pregonaba. No debe perderse de vista que en el partido republicano coexisten grupos muy diversos, con posiciones hasta encontradas, como los conservadores ortodoxos, los variados e inconexos grupos del *Tea Party*, los cristianos evangélicos, los libertarios y los neoconservadores, siendo estos últimos los principales críticos de Trump, que inclinaron sus preferencias hacia el partido demócrata.

La cristalización de Trump como precandidato republicano y su desenvolvimiento ulterior hasta la nominación como candidato y elección como Presidente constituye un fenómeno político que emerge a partir de una crisis que trasciende la de los partidos políticos en los Estados Unidos. Trump proviene de un fenómeno que tiene antecedentes desde las épocas de los años de 1960 y

1970, cuando surge lo que se conocería como la nueva derecha y que después se va concretizando cada vez más en lo que se plasmó en la coalición conservadora que floreció en la década de 1980, y en el siglo XXI en el *Tea Party*.

Como apuntó Francis Fukuyama, “Trump brillantemente consiguió movilizar la parcela descuidada e insuficientemente representada del electorado, la clase trabajadora blanca, y empujó su agenda a la cima de las prioridades del país. Sin embargo, ahora tendrá que entregar, aquí es donde radica el problema. Ha identificado dos asuntos muy reales en la política norteamericana: el aumento de la desigualdad, que ha golpeado muy duro a la vieja clase obrera, y la captura del sistema político por grupos de interés bien organizados. Desafortunadamente, él no tiene un plan para resolver ninguno de estos problemas”⁵.

Conservadurismo, derecha radical y populismo

La sociedad estadounidense tradicionalmente ha sido muy conservadora, y bajo la influencia de la citada Revolución conservadora, vive un auge de esa orientación ideológica. El “trumpismo”, como se le está denominando a la línea de pensamiento y acción que promueve el actual Presidente, recibe tanto las etiquetas de conservadurismo como las de extremismo derechista y de populismo. ¿Se trata de lo mismo?. ¿Cuál es su relación y qué tienen de común y de diferente?. Quizás sea oportuno reflexionar sobre los antecedentes, bases y expresiones ideológicas del “trumpismo”.

Esas tres tendencias no son idénticas, si bien comparten no pocos elementos y mantienen estrechas interrelaciones, pudiendo afirmarse que de ellas es el conservadurismo la más general, como corriente que a manera de sombrilla cobija a orientaciones diversas, entre las cuales se encuentran las posiciones de derecha radical, las que a su vez tienden puentes al populismo. En el marco ideológico de la nueva Administración se conjugan las tres tendencias.

El conservadurismo coexiste con el liberalismo dentro del espectro tradicional, en líneas generales, de la ideología burguesa en el capitalismo contemporáneo. Y en el caso de los Estados Unidos, por razones históricas —a diferencia de la situación en Europa y América Latina—, comparten incluso ciertos rasgos fundamentales. El conservadurismo responde al imaginario de la burguesía elitista y proteccionista. La derecha radical refleja posiciones de la clase media, es una expresión conservadora muy específica, diferenciada de otras, como el conservadurismo tradicional y el neoconservadurismo, por la agresividad y el dogmatismo de su discurso y acciones, y al tratarse de una tendencia extremista, se ubica en los límites del espectro mencionado, sobrepasándolo con frecuencia y siendo rechazada incluso por el resto de los conservadores. Habitualmente, se superpone con las expresiones fundamentalistas, fanáticas, de la derecha

evangélica, que defienden la moral puritana, y es profundamente anticomunista. El populismo norteamericano, por su parte, se inscribe generalmente en un expediente ideológico de derecha radical, del cual no se separa en su visión general del mundo, pero restringiendo su proyección a la defensa de lo que considera como “el pueblo”, asumido en términos un tanto difusos, confusos, con un sentido nostálgico que evoca los ambientes rurales, de los tradicionales granjeros, los sectores populares; el populismo recupera la narrativa de la ética protestante, laboriosidad, individualismo e identidad cultural norteamericana. Rechaza a los extranjeros, a los inmigrantes, a los judíos y a los católicos, a quienes no hablan inglés, y justifica la violencia física para enfrentar esas esos “enemigos” del pueblo estadounidense. El populismo opera, como ideología, a nivel de la gente común.

El pensamiento conservador ha permanecido como una constante dentro de la vida y el debate político estadounidense, compartiendo su existencia con la más arraigada tradición liberal, debido a que desde sus orígenes, las raíces de ambas posturas hallan su legitimidad en las concepciones individualistas, libre-empresariales y recelosas frente a la función del Estado, en consonancia con la teoría política demoliberal en su sentido más amplio. Sin embargo, ese pensamiento en los Estados Unidos dista mucho de tener las características propias del conservadurismo clásico, como por ejemplo, el europeo.

Así, en tanto que la mayoría de las corrientes conservadoras, como las que se simbolizan con el *establishment* republicano o lo que se conoce como el *GOP (Grand Old Party)*, asumen manifestaciones moderadas que encuentran cabida dentro de las instituciones políticas establecidas, dotadas de una plataforma política coherente, la derecha radical surge en circunstancias de crisis, como movimientos violentos o inusuales por su marcado extremismo. Aunque comparten con los conservadores orientaciones ideológicas, los grupos de derecha radical, como *Americans for Conservative Union, National Rifle Association, Moral Majority, John Birch society*, se diferencian de éstos por su exagerado énfasis en la autoridad y el intenso nacionalismo, que olvidan las reglas y normas que el modelo demoliberal impone al sistema político, y actúan generalmente fuera de sus límites. Han sido considerados como irracionales, extremistas, fruto de la desesperación, carentes de un proyecto político integrado y una viabilidad social limitada en condiciones de normalidad o ausencia de crisis.

El populismo se ha expresado en la sociedad norteamericana con extrema virulencia contra lo que considera como amenazas, con vasos comunicantes con la derecha radical, con la cual está entretrejida, con una base originalmente sureña, anterior inclusive a la guerra civil, y un ideario de ribetes fascistas, fuertemente discriminatorios, nativistas, racistas, xenófobos, machistas y homofóbicos, con una agenda promotora de odio, enojo y resentimiento. La Sociedad John Birch, por ejemplo, es un exponente de la derecha radical, articulada en torno al anticomunismo, pero no

posee una impronta populista. Los *Know Nothing* y el *Ku Klux Klan* han sido organizaciones típicamente populistas. El *Tea Party*, que constituye de cierta manera el antecesor ideológico más cercano a la retórica de Trump, comparte rasgos de una y de otra

En resumen, en el “trumpismo”—despertar a una nación tradicionalista, nacionalista y temerosa, avivando sentimientos de ira, revancha y recuperación de un pasado— coexisten y se combinan elementos del conservadurismo, de la derecha radical y del populismo, asumiendo que no deben asumirse estas corrientes como excluyentes o contradictorias, sino como complementarias, aunque no siempre armoniosas. Su implementación en la práctica, más allá del discurso y apariencias, desde luego, está aún por verse.

La coyuntura electoral de 2016

El desarrollo de las elecciones de 2016 en los Estados Unidos, desde las primarias y las convenciones partidistas hasta los resultados de los comicios del 8 de noviembre, puso de manifiesto con perfiles más acentuados, como ha ocurrido en situaciones similares en anteriores etapas de la historia norteamericana reciente, la crisis que vive el país desde la década de 1980 y que se ha hecho visible de modo sostenido, con ciertas pausas, más allá de las coyunturas electorales. La pugna política entre demócratas y republicanos, así como las divisiones ideológicas internas dentro de ambos partidos, junto a la búsqueda de un nuevo rumbo o proyecto de nación, definió la campaña presidencial, profundizando la transición inconclusa en los patrones tradicionales que hasta la denominada Revolución Conservadora caracterizaban el imaginario, la cultura y el *mainstream* político-ideológico de la sociedad norteamericana. Esa transición se troquela en torno a la relación Estado/sociedad/mercado/individuo, teniendo como eje la redefinición del nexo entre lo privado y lo público, entre economía y política. De ahí que la crisis no se restrinja a una u otra dimensión, sino que se trate de una conmoción integral, que es transversal, de naturaleza moral, cultural, y que en sus expresiones actuales, no sea ni un fenómeno totalmente novedoso ni sorprendente.

Los procesos electorales que tienen lugar en ese país al finalizar el siglo XX y los que acontecen durante la década y media transcurrida en el XXI (las de 2004, 2008, 2012 y 2016), han reflejado una penetrante crisis que trasciende el ámbito económico, se expresa en el sistema político y además, en la cultura.

En el marco de la citada Revolución Conservadora se resquebrajó la imagen mundial que ofrecían los Estados Unidos como sociedad en la que el liberalismo se expresaba de manera ejemplar, emblemática, al ganar creciente presencia el movimiento conservador que se articuló como reacción ante las diversas crisis que se manifestaron desde mediados de la década

precedente, y que respaldó la campaña presidencial de Ronald Reagan, como candidato republicano victorioso. Con ello se evidenciaba el agotamiento del proyecto nacional que en la sociedad norteamericana se había establecido desde los tiempos del *New Deal*, y concluía el predominio del liberalismo, conformando un arco de crisis que trascendía los efectos del escándalo *Watergate*, la recesión económica de 1974-76, el síndrome de Vietnam y los reveses internacionales que impactaron entonces la política exterior de los Estados Unidos.

Así, el conservadurismo aparecería como una opción que, para no pocos autores, constituía una especie de sorpresa, al considerarle como una ruptura del *mainstream* cultural, signado por el pensamiento y la tradición política liberal. En la medida en que el país era concebido en términos de los mitos fundacionales que acompañaron la formación de la nación, y percibido como la cuna y como modelo del liberalismo, el hecho de que se registrara su quiebra era un hecho sin precedentes en la historia norteamericana.

Las expectativas que se crearon desde los comicios de 2008 y de 2012, cuando Obama se proyectaba como candidato demócrata, esgrimiendo primero la consigna del cambio (*change*) y luego la de seguir adelante (*go forward*), formulando las promesas que en su mayoría no cumplió, son expresión de lo anterior, a partir de la frustración que provocara la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño en su doble período de gobierno, junto a otros acontecimientos traumáticos que conllevaron afectaciones en la credibilidad y confianza popular, como las impactantes filtraciones de más de 250 mil documentos del Departamento de Estado a través de *Wikileaks*. De hecho, si bien las proyecciones político-ideológicas de Obama desde sus campañas presidenciales en 2008 y 2012 sugerían un retorno liberal, en la práctica su desempeño nunca cristalizó en un renacimiento del proyecto liberal tradicional, el cual también parece estar agotado o haber perdido funcionalidad cultural.

La cartografía electoral de 2016 en los Estados Unidos fue el fruto de un cambio significativo producido por el ascenso del puritanismo conservador. Ese proceso ideológico impactó el sentido y contenido de la campaña electoral. Lo que se conoce como la videopolítica, o la tecnopolítica, se enfocaron en las emociones, subyugando así la mercadotecnia electoral, que tradicionalmente se orientaba por el *rational* y el *public choice*. Trump marcó esta tendencia, en buena medida, a partir del empleo de una campaña de contraste, que atrajo y polarizó la agenda de su adversaria --Hillary Clinton-- hacia el discurso de Trump, aunque él contó con relativamente menores recursos financieros publicitarios. Así, los resultados electorales produjeron un complejo mapa cuyo trasfondo no dependió de las tradicionales variables socioeconómicas referentes a tendencias generales del salario, del empleo, de la educación, de la salud. La sociología electoral, tan funcional en los estudios sobre procesos eleccionarios en los Estados Unidos, no es capaz de registrar el impacto incierto y volátil de la crisis global y sistémica en torno al debate sobre la

desigualdad social: ¿cómo medir el fanatismo, el enojo de las personas que perdieron su casa y su empleo, el empobrecimiento y deterioro de la clase media transformados en desconfianza o desapego del sistema político? . Junto con la desafección política expresada en el tradicional abstencionismo y el desencanto frente a ambos candidatos presidenciales, de electores que no creyeron en el voto útil por “el menos peor”, habría que buscar la explicación en la incapacidad del sistema político para procesar el desacuerdo, en la creación de una cultura política sobre el populismo de origen puritano, “nativista”, que hizo creer en Trump como portador de soluciones para un electorado focalizado estratégicamente desde una matriz interna de la colonialidad del poder. Racismo, machismo patriarcal, caudillismo de corte mesiánico. La salvación de unos frente a la discriminación y exclusión de otros⁶.

Los Estados Unidos han dejado de ser hace tiempo el país que los norteamericanos creen que es, o dicen que es. Las contradicciones en que ha vivido y vive hoy, en términos ideológicos y partidistas no pueden ya ser sostenidas ni expresadas por la simple retórica. Escapan a la manipulación discursiva tradicional --mediática, gubernamental, política--, y colocan al sistema ante dilemas que los partidos, con sus rivalidades, no están en capacidad de enfrentar, y que no llegan a cristalizar en un nuevo consenso nacional. Aquí radican los retos que en el plano ideológico y sociopolítico debe enfrentar el “trumpismo” con su lenguaje basado en el resentimiento, difícil de encasillar en una corriente ideológica específica, si bien se nutre, según se ha argumentado, de una mezcla ecléctica de conservadurismo, extremismo de derecha radical y de populismo nativista. Y que, a la vez, apela a la filosofía del Destino Manifiesto, a través del nuevo *slogan* chauvinista, patriotero, *America First*, dirigido a devolverle a los Estados Unidos su rol mesiánico en la arena mundial, y a reparar las grietas en la autoestima de la nación.

Notas

* Ponencia presentada en el Taller “Estados Unidos en la era Trump: Amenazas a la paz mundial y significado para América Latina y Cuba”, realizado en el Movimiento Cubano por la Paz el 30 de marzo de 2017.

** Sociólogo y politólogo. Investigador del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos y Presidente de la Cátedra “Nuestra América”, de la Universidad de La Habana.

1 Véase Michael Moore, “El próximo presidente de EEUU será Donald Trump”, en: <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/07/29/michael-moore-el-proximo-presidente-de-eeuu-sera-donald-trump/#.WCOyd9UrPcc>

2 Noam Chomsky, “Trump es el triunfo de una sociedad quebrada”, en La Jornada, www.jornada.unam.mx, 24 de febrero de 2016.

3 Véase Marco A. Gandásegui (hijo), “EE UU, elecciones 2016”, en Dossier Especial sobre Elecciones USA, en el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociología-alas.org.

4 Véase Samuel P. Huntington, ¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense., Editorial Paidós, México, 2004.

5 Francis Fukuyama, “Trump and American Political Decay. After the 2016 Election”, en Foreign Affairs, 9 de noviembre, <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-11-09/trump-and-american-political-decay>.

6 Véase Jaime Preciado Coronado, "Entre el desacuerdo y el fascismo societal invertido. Elecciones e imaginario democrático en Estados Unidos", en Dossier Especial sobre Elecciones USA, en el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociología-alas.org.

[Ir arriba](#)



Los orígenes de la doctrina Trump

Agustín Fontenla

Norman Mailer viajó en 1964 a California para cubrir la convención del Partido Republicano en la que se elegía al candidato de las presidenciales de ese año. El dos veces ganador del Premio Pulitzer recorrió durante cuatro días las calles de Dala City, al sur de San Francisco, y los pasillos de los hoteles donde se desarrolló la Convención. De ahí nació una crónica (incluida en el volumen *Caníbales y Cristianos*) que retrató con una sagacidad notable el ascenso del senador Barry Goldwater, elegido como candidato del partido Republicano, pero, sobre todo, el espíritu de los WASP (White, Anglo-Saxon and Protestant: blanco, anglosajón y protestante) quienes, asqueados por la revolución civil de los sesenta, ansiaban con profundo ánimo de venganza un triunfo de Goldwater que pulverizara el avance progresista de la costa Este.

Desgraciadamente para los WASP, el senador republicano perdió estrepitosamente las elecciones frente al demócrata Lyndon B. Johnson (que había reemplazado al asesinado John F. Kennedy). Su candidatura sentó, sin embargo, las bases del neoconservadurismo de estirpe racista que más tarde abrazarían los votantes de Ronald Reagan, y en la actualidad, los del flamante presidente de Estados Unidos, Donald J. Trump.

El racismo de los WASP

“Los WASP estaban llenos de desperdicios psíquicos que no podían dejar atrás..., ellos se habían trasladado al medio Oeste, habían colonizado el Oeste, se habían ganado al país..., y ahora lo estaban perdiendo a manos de los inmigrantes que habían venido después y de los descendientes de los esclavos.” Así describe el novelista americano el sentimiento de hartazgo de los blancos anglosajones en esa época frente al crecimiento de la inmigración latina y el avance civil de los afroamericanos, cuya expresión más emblemática fue la histórica Ley de Derechos Civiles de 1964 que puso fin a la segregación racial en instituciones públicas. Un sentimiento que parece tener una vigencia evidente en el actual recelo de la misma clase de estadounidenses hacia los hispanos, los asiáticos, los musulmanes o los refugiados.

LOS WASP ANSIABAN CON PROFUNDO ÁNIMO DE VENGANZA UN TRIUNFO DE GOLDWATER QUE PULVERIZARA EL AVANCE PROGRESISTA DE LA COSTA ESTE

La sensación de estar siendo desplazados por los negros y los latinos se mezclaba con un odio hacia las ideas progresistas que impulsaba el Este, y que desde el punto de vista de los WASP, erosionaban sus “valores”. “Habían visto que su cultura era adulterada, desterrada, convertida en una especie de mezcolanza surrealista de piedad pública cumrock-and-roll, producto de las películas y la televisión, de los medios de comunicación de masas en los que tan a menudo eran reyes los hijos de los inmigrantes...”.

Una “indignación moral” que Mailer describe en términos generales mediante la figura de los “viejos WASP”: “Tenían un insano agujón clavado en sus ideas..., estaban a favor de dar de azotes en el culo desnudo de Norteamérica, allí donde los come-you-nismos se acumulaban: la igualdad entre blancos y negros, el exceso sexual, las ideas judías, la ropa sucia, el pensamiento confuso de perogrullo, la falta de respeto por la Constitución...”.

En perspectiva, es posible rastrear el mismo patrón reaccionario de los WASP, en los votantes blancos de Trump que, deslumbrados por su rostro rosado, su gorra roja que usaría cualquier vecino del medio Oeste, y ese discurso de “¡America, first!, ¡America First!”, se convencieron de haber encontrado al mesías que finalmente iba a cumplir la promesa de retornar América a los americanos.

Un cóctel de extremismo, demagogia y populismo

Los republicanos liberales de 1964 no estaban precisamente felices con la nominación de Barry Goldwater. Muchos de ellos pensaban, como sus detractores demócratas, que era un “extremista”. No tanto por su disposición a utilizar armas nucleares de corto alcance para eliminar el follaje de los arbustos donde se camuflaba el enemigo, sino, sobre todo, por su devoción temprana por el Rollback, una estrategia político-militar surgida durante la Guerra Fría y que apostaba por cambiar los regímenes de otros Estados, cuando estos no favorecían los intereses estadounidenses. Para los críticos con el senador, esta estrategia podría causar una Tercera Guerra Mundial.

El propio gobernador Scranton, que batalló contra Goldwater en aquella Convención, lo había calificado de “peligrosamente impulsivo”, y de “caos y tumulto”, entre otras cualidades.

Quienes más temían a Goldwater eran los liberales de su partido. “El pánico del poder establecido liberal ante una revolución de derecha, cuya pesadilla personal podía muy bien ser su inhabilidad para contener su más asesino impulso; un movimiento de la derecha cuyo fantasma es este aliento y esta sangre sin enterrar del nazismo”.

Según las proyecciones de Mailer respecto de los dos asuntos que dominaron la campaña de 1964

--la guerra nuclear y la segregación racial--, si Goldwater llegaba a la Casa Blanca, “las probabilidades de que tuviera lugar una guerra nuclear eran ciertamente mayores...”, y la Revolución Negra podía acelerarse “hacia la violencia y el desastre”.

Cincuenta años después, aquel temor que existía sobre Goldwater y sus posiciones extremistas se ha materializado en la Administración Trump.

EL CONSERVADURISMO DE POSICIONES EXTREMAS QUE DEFENDIÓ REAGAN DURANTE SUS MANDATOS SE INSPIRÓ DE LA EXPERIENCIA POLÍTICA DE GOLDWATER

Durante la primera semana de gobierno, el magnate y sus consejeros han dado pruebas contundentes de su extremismo. Desde la orden para construir el muro que separa la frontera con México, al decreto que prohibió el ingreso de refugiados y nacionales de siete países de mayoría musulmana a los Estados Unidos. Con ambas medidas --ejecutadas sin aparente consideración ética o al menos constitucional--, se ha desatado un caos familiar, judicial y diplomático de una magnitud sin precedentes.

Mailer no se andaba con eufemismos para referirse a la demagogia de Goldwater, sin embargo, señalaba que su caso era complejo. A raíz del discurso de nominación, en el que Goldwater pronunció la polémica frase: “El extremismo en la defensa de la libertad no es vicio... La moderación en la búsqueda de la justicia no es virtud”, el novelista escribió con enojo: “Goldwater es un demagogo. Y también es sincero. Esa es la detestable dificultad. Medio judío y de ojos azules tiene un instinto para conocer el corazón de la enfermedad..., sabe traer bálsamo al loco, o al menos al medio loco. Despierta una chispa en muchas almas secas porque ofrece liberación a frustraciones más hondas que las políticas”.

El mismo bálsamo que Trump parece traer a millones de almas desencantadas, sin tiempo, ni ánimo, ni posibilidades de escuchar las razones que explican por qué el neoliberalismo ha deglutido al Estado de bienestar, sin ser posible ya obtener un trabajo, cobrar un salario digno, y aspirar a algo más que a comprar un teléfono móvil.

Ese Trump, de frases estridentes y efectivas, con “culpables” fáciles de reconocer... En palabras de los críticos de Goldwater, un “hombre de soluciones de una sola frase”.

Goldwater reunía tantas credenciales populistas como el mismo Trump; ambos podían presumir de ellas por su falta de consistencia ideológica, por sufrir una pobre formación intelectual y militancia política, que los lleva a abrazar con el mismo desenfreno una medida de extrema derecha y otra de extrema izquierda.

Del magnate, sobran ejemplos, empezando por su situación personal. Un multimillonario que arremete contra el establishment político y económico al que pertenecen él y sus más fieles colaboradores. Pero si fuera preciso nombrar alguna de sus numerosas medidas contradictorias, en su primera semana de gestión, prometió reducir los impuestos a las grandes empresas (liberalismo ortodoxo), y anunció la retirada de Estados Unidos de los acuerdo de libre comercio

con otros países (proteccionismo de corte nacionalista).

Respecto de Goldwater, Mailer decía que tenía una “magnitud”, aunque “tal vez se trataba de una magnitud formada solamente de contradicciones”. Así lo pintaba en el caso de que Goldwater y sus ideas llegaran al Salón Oval: “Si Goldwater es elegido, no podrá controlar el país sin moverse hacia el centro; moviéndose hacia el centro perderá una parte de la derecha, no satisfecerá a nadie y estará obligado a ir todavía más hacia la izquierda, o, volviendo a la derecha, abrirá cismas por toda la tierra, cismas imposibles de cerrar”.

A LA LUZ DE LA HISTORIA, LA ELECCIÓN DE TRUMP NO CONSTITUYE UN “TERREMOTO POLÍTICO”, NI UNA FALLA CRÍTICA DEL SISTEMA, O MENOS, UN FRUTO DEL AZAR

En otro apartado de la crónica, donde Goldwater ya había recibido la nominación y daba su primer discurso como candidato, Mailer lo acusa de ser un estafador y sobre todo, una estafa al propio conservadurismo que decía representar: “¡Vaya estafa en este procedimiento, vaya una extinción de lo mejor del pensamiento conservador!”. Y tras ello, lo explicaba con ejemplos concretos: “Goldwater podría terminar con más arte militar, seguridad y estatismo de los que cualquier demócrata hubiera jamás osado; como conservador, iba a fracasar del todo (¡sin duda!), pero era seguro que iba a hacer una cosa: iba a marchar hacia Cuba”.

El mismo espíritu, diferentes resultados

Barry Goldwater logró la candidatura del Partido Republicano, e incluso el apoyo de un joven y radiante Ronald Reagan, que tras un discurso de campaña en 1964, se perfiló como la gran esperanza de los conservadores. Sin embargo, no pudo imponerse a Lyndon B. Johnson, y cayó de forma humillante.

Quizás los estadounidenses conservaban todavía una reserva ética, y no se iban a plegar a un extremista que pretendía resolver el problema racial con mano dura, o acabar la Guerra Fría con un lanzamiento de bombas nucleares.

Así describe Mailer, el derrotero de su campaña presidencial: “Vaya conservador que nos bajó de la montaña! Aislado en un tránsito desesperado de grupos llenos de odio y de fanáticos entre matones sureños y piratas del petróleo, ofreciendo un programa en el que los siniestros indicios eran que una fuerza de policía federal iba a proteger a la señoritas de nuestra tierra en sus paseos nocturnos por nuestras calles; razonando con toda la casera seguridad de un calcetín sucio que iba a proteger el pasado destruyendo el presente; echando a perder la esencia de su campaña en argumentos técnicos carentes de sentido con el Pentágono, y las aburridas reconciliaciones y nuevos odios de sangre con los afligidos moderados de su partido”.

En ese contexto, el escritor estadounidense afirma que “uno no podía votar por una persona” como Goldwater. “Una persona que apretaba los botones falsos”. Por eso, “el mandato iba a ir a las

manos de Lyndon Johnson”.

Sin embargo, la candidatura de Johnson no despertaba grandes expectativas. Los estadounidenses se decidieron por el candidato demócrata, aunque “se trataba de un voto cargado de tristeza y herido con una sensación de posible mala consecuencia porque había bastante en Johnson que no atraía en lo absoluto, resultando ser íntimas algunas de las pruebas que iban en su contra.” Mailer refleja además lo amargo que resultaba el discurso de Johnson para el ala progresista. En una crítica al programa de su campaña *My Hope for America*, el escritor señala la doble moral del candidato: “Más para el pobre, más para el rico; más para la paz, más para la guerra; fervorosamente opuesto al comunismo, cautelosamente conciliatorio...”.

Con diferencia de tiempo y escenarios, es posible trazar un paralelismo entre los temores que despertaba Barry Goldwater con los miedos que genera Donald Trump. Incluso, es posible rastrear el mismo discurso que precisa Mailer sobre que no se podía votar “una persona que apretaba los botones falsos”.

Ejemplo de ello son las posturas de dos políticos alejados ideológicamente entre sí. Bernie Sanders, aunque criticó con dureza a Hillary Clinton, y perdió la nominación de manera dudosa, reconoció que sería imprudente votar por Donald Trump. En el extremo opuesto, podría citarse a Colin Powell, tristemente recordado por guiar a EEUU a la guerra de Irak durante su cargo de secretario de Estado en el gobierno de George Bush, quien afirmó que Trump era una “desgracia nacional” y “un paria internacional”, y que por esa razón votaría a Clinton.

La diferencia más concreta que existe para explicar las razones por las que Goldwater perdió, y Donald Trump ganó, se encuentra en sus respectivos contrincantes. A pesar de no despertar el entusiasmo de Kennedy, Lyndon B. Johnson logró presentarse como el continuador de su legado. La prueba irrefutable de ello es el impulso para votar y promulgar la Ley de Derechos Civiles que el presidente asesinado había concebido.

Hillary Clinton, en cambio, asediada por su polémico desempeño como secretaria de Estado, su ausencia de carisma natural, y sus históricos vínculos con el establishment político y económico, no logró convencer a un electorado que prefirió correr el riesgo de votar a Trump.

‘Make America Great Again’

El eslogan "Make America Great Again" fue creado y utilizado por primera vez por Ronald Reagan en 1980. Por esa razón, muchos apuntaron que Donald Trump era su fiel continuador.

El conservadurismo de posiciones extremas que defendió Reagan durante sus mandatos se inspiró de la experiencia política de Barry Goldwater. George F. Will, otro periodista estadounidense premiado con el Pulitzer, lo resumió mejor con una ironía: “Goldwater ganó en el año 1964, pero tomó 16 años contar los votos”.

John McCain, el excandidato presidencial del Partido Republicano (perdió frente a Obama en 2008), actual senador por el Estado de Arizona, y una de las figura más influyentes dentro de la

derecha estadounidense, no tiene dudas: Sin Goldwater no habría Reagan: “Transformó el partido Republicano de una organización elitista del Este a un terreno abonado para la elección de Ronald Reagan”.

A la luz de la historia, la reciente elección como presidente del desbocado empresario neoyorquino no constituye un “terremoto político”, ni una falla crítica del sistema, o menos, un fruto del azar. A la luz de la historia, y más precisamente del Partido Republicano, podría decirse sin temor a equivocarse, que sin Barry Goldwater, no habría Donald Trump.

Fuente: <http://cxt.es/es/20170208/Politica/11019/Trump-Norman-Mailer-Barry-GoldwaterRonald-Reagan.htm>

[Ir Arriba](#)



La política exterior de Trump, ¿incoherente o impredecible?

Immanuel Wallerstein

El presidente Donald Trump parece tener una política exterior que cambia constantemente. Muchos analistas han documentado que publica una cosa en Twitter y unas cuantas horas después dice o hace algo diferente.

Esta repetida incertidumbre acerca de lo que piensa o pretende hacer ha sido profundamente desconcertante para casi todo mundo. Al interior de Estados Unidos sus principales colaboradores designados parecen asumir posiciones que son diferentes de las de él. Y en cualquier caso, no se les previene de los virajes en la línea de acción. Aun algunos de sus más fieles simpatizantes populares encuentran los cambios confusos (aunque no encuentren razón para dejar de respaldarlo).

Fuera de Estados Unidos, presidentes, primeros ministros y diplomáticos parecen perturbarse por la impredecibilidad o la falta de claridad de los puntos de vista de Trump. Esto con frecuencia se expresa de la siguiente forma: Ahora sabemos X, pero esto es una posición táctica. ¿Cuál es la visión de largo alcance de Trump, si es que acaso tiene una?

Si uno se pone en los zapatos de Trump, el cuadro puede ser muy diferente. Primero que nada, si yo Trump, soy impredecible, tengo cierta fuerza extra en mi posición, dado que otros podrán intentar acomodar por adelantado lo que piensan que es mi postura.

Además, la incoherencia de mi posición es un modo de calibrar cuál es la posición que mejor sirve a mis intereses, que implican incrementar mi poder dentro y fuera de Estados Unidos. Mantener mi posición personal y en segundo lugar la de Estados Unidos es mi objetivo primordial. No tengo y no quiero tener una visión de compromiso de largo plazo. No soy un ideólogo, sino una persona que busca una posición de dominación.

Ahora hagamos un viraje a la perspectiva de la mayoría de la población mundial que no son simpatizantes de Trump. De hecho, la mayoría teme la incoherencia de Trump pues, como presidente de Estados Unidos, controla el ejército estadounidense y su terrible armamento. Nosotros, la mayoría, tememos que no se halle en control de sí mismo. Tememos que es egoísta y susceptible, y que pueda lanzar acciones irreversibles en un arranque de irritación.

Por esta razón estaríamos relativamente más felices si de hecho tuviera una visión de largo plazo y, por tanto, un compromiso con ciertas actividades que contrarresten sus arranques de irritación. En suma, queremos que sea coherente. Queremos que se comprometa con algo, sean los derechos humanos o el control de la inmigración. Queremos una mayor certeza.

Así que así está. A casi todo mundo le disgusta la falta de una visión de largo plazo. Casi todos piensan que sería mejor, desde su punto de vista, que tuviera una visión así. Casi todo mundo quiere que sea un ideólogo. El principal disidente de esta esperanza es el mismo Trump.

Personalmente pienso que todo este modo de análisis está de cabeza. Pienso que sería peor, no mejor, si tuviera una visión, un compromiso, una ideología. Déjeme explicar. Tiene que ver con lo que podría minimizar el daño que Trump es capaz de hacer a Estados Unidos y al mundo en su doble capacidad como 1) líder incontrovertido de un movimiento social mundial y 2) presidente electo de Estados Unidos y líder del Partido Republicano.

Estoy interesado en lo que todos podamos hacer para afectar sus decisiones reales. Existen campañas de resistencia, ahora, en Estados Unidos y en otras partes. Hay potencias mundiales importantes (pienso particularmente en China, Rusia e Irán) que buscan forzarlo a modificar sus posiciones.

Hasta donde puedo entender, tanto las campañas de resistencia como los esfuerzos de otras potencias mundiales importantes han tenido, de hecho, un efecto, y lo han conducido, en varios puntos, a modificar su posición. Pienso que estas iniciativas tienen cierta oportunidad de mantener a Estados Unidos sin involucrarse demasiado en el pantano de Medio Oriente. No demasiado, no es cero. Pero reducir el involucramiento es mejor que nada.

La razón por la que estos esfuerzos pudieran forzar una modificación de su posición es precisamente porque no tiene un compromiso firme con nada. Su impredecibilidad es la sola arma que el resto de nosotros tenemos contra el Trump guerrero. Hacerlo menos impredecible significa hacerlo menos abierto al cambio. En cierta forma, esto nos condenaría.

Lo que tenemos que mantener en la mente en los próximos meses son sus ulteriores arreglos con China. La reciente reunión del presidente Xi, de China, y Trump, fue un buen comienzo y es evidencia de la postura que tomé hace poco, de que ambos países se acercarán en vez de alejarse. Debemos observar si se hace algo realmente serio para castigar a Rusia o para romper con las mejoradas relaciones con Irán.

Sospecho que Trump terminará resultando el gran indeciso. Esto, por supuesto, debilitará su posición. Pero hacer cualquier otra cosa debilitará su posición aún más. ¡Hurra por la impredecibilidad!

Fuente: <http://www.jornada.unam.mx/2017/04/22/mundo/022a1mun>

[Ir Arriba](#)

¿Qué pasa en Estados Unidos?

Jesús Arboleya

Basta mirar las últimas noticias, para percatarnos que analizar lo que acontece en Estados Unidos se ha convertido en una pesadilla para políticos, especialistas y periodistas de todo el mundo.

Hace unos días, nos enteramos que el gobierno norteamericano había descartado la prioridad de derrocar a Bashar Al-Assad en Siria. Algunos lo interpretaron como un paso positivo en la solución de la guerra que vive ese país. Otros, como una prueba más del supuesto contubernio de Donald Trump con los rusos.

La discusión duró poco. Apenas unas horas después recibimos la noticia que Estados Unidos había bombardeado una base aérea en ese país, alegando el bombardeo del gobierno sirio con gases tóxicos contra la población civil.

El gobierno sirio insiste en que no fueron ellos y en realidad es dudoso que hayan cometido un dislate de este tipo, sobre todo, cuando están ganando la guerra contra los terroristas y, como vimos, incluso Estados Unidos había dado señales de flexibilizar sus posiciones.

A favor de los sirios también cuenta el dictamen de la Organización Mundial para la Prohibición de las Armas Químicas (OPAQ), una entidad de la ONU que en 2013 obtuvo el Premio Nobel de la Paz, precisamente por garantizar la destrucción de este tipo de armas en poder del gobierno sirio. Para colmo de dudas, ni siquiera se puede asegurar que se trató de un bombardeo. Los sirios plantean que pudo haber sido la explosión de un almacén de los terroristas, lo que introduce la interrogante de quién se las suministró. Un experto del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), durante años asesor de los servicios de inteligencia norteamericanos, confirma esta versión, a partir de las fotografías obtenidas.

Más aún, existe la tesis de que un ataque como éste nunca se produjo y los rusos están reclamando que la OPAQ explique las escenas de cascos azules de la ONU caminando sin ninguna protección a través de un humo que se suponía letal. Estados Unidos se opuso a esta investigación y hasta ahora la OPAQ, con Nobel y todo, no ha querido meterse en el rollo.

Lo otro que resulta desconcertante es que el bombardeo de 59 cohetes Tomahawk contra el reducido espacio de una base aérea, apenas haya provocado bajas, ni siquiera la destrucción de un número razonable de equipos bélicos, cuando se supone que miles de hombres, decenas de aviones y un sinnúmero de armas pesadas debían estar concentrados en ese lugar.

Se argumenta que los sirios previeron el ataque y evacuaron la plaza. La pregunta entonces es cómo se enteraron y a dónde fue a parar un número considerable de estos cohetes que no dieron en el blanco.

Lo primero que vino a la mente de mucha gente es que estábamos en presencia de un nuevo engaño, como las armas de destrucción masiva en Iraq, con el objetivo de iniciar una guerra en

gran escala en el Medio Oriente, lo que parece insensato, pero no imposible, si se desatan las fuerzas belicistas en Estados Unidos.

No obstante, los voceros de Donald Trump descartaron esta posibilidad, reafirmaron que se trató de un hecho puntual y que su política hacia Siria no había cambiado. Pero entonces la embajadora en la ONU dijo que derrocar a Al-Assad era efectivamente una prioridad de su gobierno. Por fin, ¿dónde se sienta la cucaracha?

Se suponía que esto era el fin de la luna de miel con los rusos. Aunque se ha dicho que Estados Unidos les informó previamente del ataque, lo que pudiera explicar que la base estuviese vacía, tal acción minaba el proceso negociador e incrementaba las tensiones entre las dos potencias. Por esta razón, tanto los rusofóbicos domésticos, republicanos y demócratas, como la OTAN, aplaudieron el bombardeo.

Pero el secretario de Estado, Rex Tillerson, se encargó de confundirlos de nuevo. Llamó a su par ruso, Serguei Lavrov, y acordaron examinar la posibilidad de abrir una investigación objetiva sobre el incidente de las armas químicas bajo la égida de la OPAQ, así como crear un grupo de trabajo “encargado de buscar soluciones para eliminar los puntos de fricción en las relaciones bilaterales”. ¿A qué vino entonces el ataque a los sirios?

La cosa no termina ahí. De pronto, sin que ocurriera nada excepcional que lo justificara, Estados Unidos planteó su determinación de terminar con la amenaza que, según sus funcionarios, significa Corea del Norte y anunció la decisión de enviar una armada, encabezada por un portaaviones nuclear, a la península coreana. Los coreanos del norte respondieron que estaban listos para una “guerra total” y se disparan las alarmas de un posible enfrentamiento atómico.

Esto ocurría previo a la reunión de Trump con el presidente chino Xi Jinping, agregando conflictos a un encuentro donde se suponía que ambas delegaciones sacaran chispas, debido a las diferencias existentes. No sucedió así, se pasearon por los campos de golf de Trump en Palm Beach, el presidente norteamericano dijo que había ocurrido un encantamiento mutuo y los chinos desplegaron su sabiduría y paciencia ancestral.

Antes, en una declaración muy dura, el gobierno estadounidense había “exigido” a los chinos resolver el problema coreano o Estados Unidos lo haría por sus propios medios, pero la cosa quedó en una inédita solicitud de colaboración, que la parte china aceptó de buena gana.

Ahora sabemos que el dichoso portaaviones no iba para Corea, sino para Australia, a miles de millas de su supuesto objetivo. Nada, que el fin del mundo puede esperar a que termine el paseo de los buques norteamericanos.

Si el propósito de Donald Trump era confundir a todo el mundo, sin duda lo ha logrado. Algunos estiman que hasta él mismo está confundido, lo que agregaría más temores por lo impredecible que pueden ser sus acciones. Pero las cosas resultan más claras si miramos hacia la política doméstica de Estados Unidos.

El gobierno de Donald Trump está en crisis. Ninguna de sus principales propuestas legislativas ha sido aprobada. No logra encontrar consenso ni siquiera dentro de su propio partido. Todavía no ha podido organizar su equipo de gobierno, sumido en escándalos y contradicciones internas. Su popularidad es la más baja de la historia norteamericana en una etapa similar. Se encuentra asediado por acusaciones de todo tipo, que los medios informativos se encargan de azuzar. Sus promesas grandilocuentes, no bastan para articular un programa de gobierno realizable de cara al futuro.

En verdad, su propio ascenso a la presidencia ha sido el resultado de los conflictos que vive la sociedad norteamericana, la enorme polarización existente y el descrédito de las instituciones gubernamentales. Cualquier gobierno hubiese tenido que enfrentar esta realidad, pero Trump aparece como el hijo indeseado de la política norteamericana y eso complica más las cosas. Para los enemigos del imperialismo esto no debiera servir de consuelo. Lo menos que necesita el mundo es el caos en un país que puede hundirnos a todos. ¡Que falta haría un chino al frente de la política de Estados Unidos!

[Ir arriba](#)



Sombras, confluencias y dispersiones en primeros cien días de Trump

Luis René Fernández Tabío y Hassan Pérez Casabona*

Si bien es un análisis que se erige sobre bases y hechos, en modo alguno, definitorios, representa una práctica generalizada a escala global llevar a cabo una disección del ejercicio presidencial, una vez estas figuras arriban al centenar de días al frente de sus respectivos aparatos gubernamentales. En el caso estadounidense dicho proceder es también una tradición de larga data que se remonta a la etapa de Franklin D. Roosevelt quien prometió —y logró— cumplir con una serie de iniciativas de emergencia durante ese lapso de tiempo, para contrarrestar los efectos de la Gran Depresión.

Se trata a todas luces de un ejercicio simbólico de utilidad pero que, es válido reiterarlo, no puede asumirse, por disímiles razones, como proyección concluyente de la figura examinada ni de las tendencias que marcará su presidencia. Esa precisión, aunque a simple vista no parece compleja de comprender, es violentada frecuentemente en valoraciones de diverso corte, las cuales tratan de fijar —bajo claros perfiles propagandísticos— la idea de que todo, o al menos lo más importante, se explica con el desempeño de los mandatarios en los poco más de tres meses que transcurrieron desde sus investiduras.

Unido a la brevedad en el desempeño de sus funciones (para un mandato de cuatro años, como el de Donald Trump, cien días —cumplidos el sábado 29 de abril— entraña lo mismo que un maratonista recorra apenas 2, 89 kilómetros de los 42 km y 195 metros pactados en la

competencia; un lanzador no saque aún el segundo *out* del primer *inning* de un partido de béisbol o que, en términos cinematográficos, veamos solo los 37 minutos iniciales de *El Padrino* de Francis Ford Copola, cuya saga de tres partes -más allá de los dieciocho años que mediaron entre la exhibición de la primera de ellas en 1972 y el epílogo exhibido en 1990, producida en todos los casos por la Paramount Pictures— suman en conjunto 538 minutos) está el lastre —para quienes se aferran a emitir vaticinios definitivos— de ignorar mutaciones, reacomodos y ajustes, estructurales y de proyección (lo que tampoco niega persistencias y reiteraciones visualizadas desde la apertura) que se producen concluido el periodo de arrancada, motivado por la combinación de las más diversas causas internas y externas, esta últimas tanto en el plano regional como de alcance planetario.

En otras palabras, lo más sensato es asumir la convocatoria como botón de muestra (sin atrincheramientos ni especulaciones) y tratar de desentrañar, con las herramientas disponibles, en qué medida la puesta en marcha contiene claves que se afianzarán hasta el ocaso de ese equipo de gobierno. Esa es en última instancia la tarea principal: desbrozar en lo posible la hojarasca relacionada con cuestiones circunstanciales y determinar aquellos aspectos que sí parecieran reflejar la médula en el comportamiento de quienes detentan la más alta responsabilidad dentro de los Estados Unidos en la etapa actual.

I. Volver atrás, ¿cómo explicar lo inesperado?

A pesar del barraje informativo que generó la más reciente contienda presidencial estadounidense, queda aún mucho por analizar sobre la manera en que se condujo el candidato republicano y las causas que motivaron que una figura tan controversial, con el rechazo de la cúpula de su propia maquinaria partidista, se levantara a la postre como vencedor.

Es cierto que su “triumfo” (luego de recibir casi tres millones de votos menos que su oponente demócrata Hillary Clinton) es únicamente explicable en apego a las vetustas y anacrónicas reglas del Colegio Electoral, pero también lo es que en base a dichas regulaciones de juego, Trump logró hilvanar una certera estrategia, que le permitió asegurar la puntuación necesaria en los estados claves dentro de la disputa.¹

Su poco ortodoxa manera de comunicación (más a tono con el lenguaje de los *reality show* y otros programas televisivos en los que el magnate inmobiliario acumula vasta experiencia) estuvo aderezada, de principio a fin, con afirmaciones inverosímiles en cuanto a su concreción, pero atractivas para los oídos de una parte del electorado hastiada de los políticos tradicionales.²

Trump logró cebar su carrera hacia las inmediaciones del Potomac sobre muchos de los descontentos y resentimientos de una parte considerable de la población que percibe, desde hace bastante tiempo, que el proyecto de país preconfigurado desde la etapa de los Padres Fundadores presenta cada vez más contradicciones expresadas en el rechazo al establecimiento político y en un importante abstencionismo crónico.

Esos sectores, educados en la idea de que el alma de la nación gira en torno a los valores asociados a los WASP (blancos, protestantes y anglosajones, por sus siglas en inglés) identificaron en el controvertido multimillonario neoyorquino la figura capaz de restablecer, en alguna medida, la manera de edificar su país y “rescatar” así lo más hondo dentro de ese imaginario profundamente excluyente y discriminatorio, que no tolera el ascenso dentro del tejido social que vienen experimentando en las pasadas décadas otras culturas (la hispánica en primer lugar) con el consiguiente impacto en el resto de los ámbitos políticos y sociales.

Esos grupos no perdonaron nunca que un afrodescendiente ocupara el Despacho Oval y, con la convicción de tomar revancha desde el mismísimo 2008 en que se impuso Barack Obama, fueron maquinando estrategias, en la medida que se incrementaba la frustración. Ese coctel potencialmente incendiario -dentro de una sociedad que en general elevó a niveles sin precedentes lo que se denomina la “cultura del miedo”- se atizó con los efectos de la crisis económica ocurrida entre el 2007 y el 2009, cuyas reminiscencias continúan latentes en múltiples dimensiones, con independencia de la recuperación relativa de varios indicadores macroeconómicos.

La hora de tomar revancha (propósito cardinal de aquellos conglomerados que cobran cuerpo en base a odios de cualquier índole) llegó para esos estamentos en los comicios del 2016, acelerada además con el hecho de que, en la tribuna opuesta, se parapetó una de las figuras que probablemente mejor encarnó en los últimos cincuenta años el *establishment* tradicional, que tanto rechazo despierta en muchos electores.

A la larga los portadores de esa visión segregacionista (en éxtasis ante la formulación de Trump de *America First* y *Make Great America Again*) se vieron favorecidos por la permanencia dentro de la sociedad de profundos flagelos, que eran presentados erróneamente como resueltos tanto por una parte del discurso político como por representantes del sector académico. El cacareado hecho de que un hombre negro condujera los destinos de la nación obnubiló a muchos, los cuales se recrearon en la idea de la desaparición del racismo y la construcción de un país sobre bases más igualitarias.

Puro espejismo que se pulverizó en las urnas (en la vida real el incremento de los hechos de brutalidad policial contra la población negra, por solo citar un caso, no deja margen a dudas de la magnitud de esta problemática) reabriendo de paso un boquete que, como muchos otros, jamás cerró y el cual, por el contrario, se ahonda con las nuevas políticas divisionistas.

La historia, lo sabemos bien, no se escribe en modo subjuntivo (si esto no hubiera sucedido habría ocurrido tal cosa) pero es legítimo preguntarse cómo se habría comportado el campo de batalla, de qué manera reaccionarían los sectores contrapuestos a la tendencia principal o *mainstream*, y cuál sería el desenlace en la recta final, si se hubieran cruzado las caras Trump y Bernie Sanders. Los hechos demostraron con elocuencia que una parte significativa de los grupos que se ilusionaron y movilizaron en torno a la propuesta del senador por Vermont, no respaldaron la candidatura de la ex primera dama, una vez la convención demócrata la escogió como representante.

II. Otros horizontes más allá de la victoria.

Queda claro que el actual mandatario de EE.UU. se inserta en una tendencia que desafortunadamente ganó espacio en esta centuria en varias naciones, de establecer un signo de igualdad entre las habilidades de determinados empresarios para conducir sus corporaciones y la posibilidad de hacer lo mismo como presidente. En otro momento explicamos (es útil insistir en ello) las líneas que conectan, por ejemplo, a Silvio Berlusconi, Ricardo Martinelli, Sebastián Piñera, Mauricio Macri y Donald Trump.

Son solo algunos de los que, luego de construir imperios financieros, mediáticos, bursátiles y de toda clase –obteniendo exorbitantes ganancias, valiéndose para ello, sin escrúpulo alguno de cuanta argucia pueda concebirse- se catapultaron al principal puesto estatal, con la promesa de convertir esa entidad en la más próspera de las actividades. Que lograran ocupar ese puesto refleja, entre muchas aristas, la carencia de una cultura política de masas capaz de desenmascarar tamaña infamia y la ineffectividad de las agrupaciones políticas de izquierda y de corte democrático-liberal de articular estrategias que impidieran el ascenso de estos personajes.

Cada uno de ellos –rodeado de asesores empeñados en “vender” su producto, aunque lo mismo deban elaborar una propuesta para convencer a los doce apóstoles en la Santa Cena que pactar con Adolfo Hitler- tuvo como vórtice en la etapa conducente al sufragio, presentar un discurso donde se habló de muchos males, sin explicar en rigor cómo resolverlos, al tiempo que azuzaban desaciertos del pasado y prometían reivindicaciones idílicas en esos frentes.

En el caso de Trump sus intervenciones se parapetaron desde posiciones ultranacionalistas -desde la cuales arremetió incluso contra procesos instaurados dentro de la lógica imperial, imposibles de revertir con decretos unilaterales- las cuales hicieron diana en una parte del público, el cual responsabilizó de su retroceso en cuanto a estándares de vida a la globalización. Desconocieron con su respaldo al acaudalado empresario, que fueron precisamente hombres de la naturaleza de Trump los máximos impulsores en el pasado de trasladar fábricas al sudeste asiático, México y otras regiones, como parte de su voracidad en incrementar las ganancias, para los cuales las fronteras del estado-nación resultaban insuficientes.³

Es algo que alertó Lenin desde las páginas de *El imperialismo fase superior del capitalismo*, en 1917, texto de absoluta vigencia desde el cual hay que partir para comprender lo acaecido en las últimas décadas. El capitalismo monopolista transnacional que se instauró está enfocado en erigir (con asiento en lo militar, ideológico y cultural como cierre y garante del poderío económico, piénsese solo en el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la OTAN o el Club Bilderberg) un sistema de relaciones globales donde lo supra va en detrimento de lo nacional. Es así que los intereses de las transnacionales tienen prioridad, por encima de lo meramente doméstico, y los acuerdos de libre comercio, y los megaproyectos de asociación, responden a lógicas donde los más fuertes incrementen su poderío.

De un lado, sintetizando, Trump arremetió contra proyectos como el TPP, Alianza Transpacífica (*Trans - Pacific Partnership*), el TTIP (*Transatlantic Trade and Investment Partnerships*) y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés) en la misma

media en que afirmaba traería de vuelta industrias manufactureras, y la automovilística. A la retórica antiinmigrante (cuya perla es la construcción de un muro pagado por los mexicanos) esbozó la posibilidad de replantearse, desde un prisma económico, la viabilidad de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), mientras que del otro señaló debía echarse por la borda la reforma de salud promulgada por su predecesor, conocida como *Obamacare*. Por si fuera poco, lo mismo elogió a Vladimir Putin que criticó con desafuero a China.

No puede negarse llamó la atención que un aspirante de la derecha, sin abordar en limpio la manera de ejecutarlos, incluyera en su morral tantos asuntos. Al principio todo sonó como una broma (él no debía avanzar) pero después, consumada la victoria, se desataron las alarmas. En realidad su proyección escénica (dado el carácter de jugoso espectáculo mediático de la lid electoral) respondió a una idea defendida por muchos y que sus asesores captaron estaba en consonancia con reclamos actuales: los temas había que presentarlos de manera simple, despojándolos de sustancia y rehuyendo cualquier enfoque rebuscado. Lo importante era establecer un puente con sus receptores de la manera más llana posible. Fue así que planteó la supuesta solución del problema de los inmigrantes con la idea “construir un muro”, y estructuró su plan económico bajo el mensaje de “traer de vuelta los empleos, dejar de entregar recursos por razones políticas y reformar el código de impuestos”.⁴

Esa estratagema encontró como escenario un país profundamente fracturado, con nítidos y potentes elementos contradictorios entre cada una de sus partes. Así como existe consenso de que, políticamente hablando, Estados Unidos no es un actor racional unificado, en materia de estilos y proyectos de vida (y los nexos que desde ellos se establecen con el resto de los asuntos) en el orden social está partido al menos en dos grandes bloques, con más diferencias entre ellos que las que existen entre una de esas partes y naciones enclavadas en distante geografía.

Trump, y sus consejeros, comprendieron con especial tino que es prácticamente un abismo lo que separa el desenvolvimiento cotidiano (y los imaginarios sobre los que cimentan sus ensoñaciones) de un ciudadano medio residente en grandes urbes como Nueva York, Chicago, Boston, o Los Ángeles de la actuación, desde una óptica integral, de un habitante de zonas rurales de Iowa, Nebraska, Texas o Arizona. Mientras que entre los primeros prevalece un tipo de educación y convivencia marcado por el espíritu cosmopolita que caracteriza a esos enclaves, los segundos se distinguen por el apego a un tradicionalismo feroz que hunde sus raíces en el supuesto excepcionalismo estadounidense (el cual sustentan desde el más furibundo mesianismo religioso) que tiende a desconectarlos de lo que sucede más allá de sus poblados. A esto hay que adicionar que la composición de la población ha sido modificada y California, Hawái, Texas, Nuevo México y Washington DC, son estados donde la población latina o hispana es mayoría desde el 2015, aunque en la estadística nacional los “blancos” todavía representan el 62% y los latinos 18%.⁵

Aunque en el pasado este enfoque se circunscribía para hablar de similitudes entre republicanos y demócratas en correspondencia con la zona a la que pertenecían, incluso por encima de los enfoques partidistas, hoy es perceptible en toda su crudeza que, tienen muchos más puntos de

contactos personas de Seattle o Filadelfia con londinenses y parisinos, que con los ciudadanos de Oklahoma, Kansas, o Phoenix.

Para unos es importante el estudio de idiomas, el respeto a los que proceden de otras latitudes, la visita a museos e instituciones culturales (ya se sabe que pese a ello no todos podrán acceder a funciones del *American Ballet Theatre* o visitar el *Carnegie Hall*, por ejemplo), el trabajo comunitario o el apoyo a fundaciones con programas sociales. Los otros básicamente se empeñan por concluir la secundaria, casarse con alguien de su propia escuela, ver televisión, trasladarse en camioneta - o, mejor aún, en una Harley Davinson- y reunirse en el bar más cercano para compartir con los amigos de siempre, luego de asistir cada domingo a la iglesia, que sigue funcionando como el epicentro de la comunidad. Las diferencias entre los dos bandos desbordan las cuestiones que antaño se contemplaban como esenciales a la hora de emitir un voto, pues son el resultado en última instancia de una división más profunda, que tiene su apoyatura en los desniveles económicos y sociales existentes.⁶

Este grupo responde como un resorte ante lo que viene del exterior, porque sienten que, potencialmente, los separa de las esencias con las que han sido formados en las últimas centurias, marcadas por la intolerancia a lo foráneo, partiendo de que lo suyo es incontrastablemente superior. Para ellos la fortaleza viene dada porque sus predecesores trabajaron 15 horas al día, y eso los dotó de un orgullo por el techo que levantaron y el plato de comida que sirvieron a la mesa. Es una narración contada para exaltar al poderoso y denigrar al débil, a los perdedores (el peor insulto que se les hace y lo que “justifica” que no merezcan oportunidades, señalan) pues se regodean en que de la relación competitiva entre vencedores y derrotados ellos emergieron como garante de ese comportamiento, chovinista hasta la médula. Cada visión alternativa, en lo religioso, sexual o en cualquier otro campo es asumida como amenaza que desafía el *status quo*, la cual debe ser conjurada de inmediato. De igual manera, quien arriba desde fuera de sus coordenadas (geográficas y morales) es satanizado como perezoso, improductivo y retardatario, en aras de que sus intereses no se deterioren y continúen expandiéndose.

Ello explica, asimismo, la disposición de estos sectores a movilizarse con prontitud y eficacia a la hora de defender sus postulados. En esa línea superan a los grupos liberales, pues estos no se manifiestan con el férreo sentido unitario con que salen a los espacios públicos los primeros. El fervor con que se expresan dichas agrupaciones con una visión retrógrada (dígase la negación a aceptar el derecho al aborto o el cambio climático) refleja

el carácter doctrinal que los articula. Es algo sobre lo que alertaron algunos especialistas y que a la postre tuvo peso en los resultados del 8 de noviembre del 2016.⁷

La manera en que se quebró el entretelón que funge de trasfondo a los vericuetos electorales –con tintes caricaturescos pero estampa viva de las asimetrías dentro de ese país- posee ramificaciones en las preferencias partidarias, aunque dilucidar esos vínculos no basta para capturar la totalidad de matices asociados al complejo panorama socioclasista estadounidense.⁸

Todo ello fue aprovechado por el equipo de Trump, especialmente desde que añadió a su arsenal de campaña la utilización de valiosísimas informaciones y análisis suministrados por una empresa que también actuó en el episodio del BREXIT y que tiene como motor fundamental confeccionar perfiles de elevada exactitud sobre las personas, a partir del procesamiento de las respuestas de estos en las redes sociales. Dicho con otras palabras, por vez primera un candidato tuvo la oportunidad de diseñar mensajes personalizados a cualquier nivel (estado, ciudades, áreas, etc.) tomando como base la manera en que los mismos votantes se pronuncian sobre los más variados asuntos en Internet, superando así los empastes homogéneos tradicionales concebidos para las grandes agrupaciones.⁹

El empleo de este sistema (que habría hecho palidecer al propio Julio Verne) revela la nulidad de privacidad en la vida de los seres humanos dentro del entramado capitalista, ahora puestas al descubierto desde una perspectiva aún más peligrosa. Se sabía que las transnacionales de la información accedían a datos sensibles de los usuarios y que, tanto correos electrónicos como llamadas telefónicas eran interceptadas por Echelon, Google y otros sistemas informáticos de inteligencia y compañías especializadas. Ahora, lo cual es todavía más dantesco, sale a la superficie el manejo de esa información con fines electorales pues, con nuestras propias respuestas a interrogantes aparentemente cándidas se coloca en manos de la élite financiera y política materia prima de inestimable valor para sus propósitos de manipulación del comportamiento humano, en beneficio de sus pretensiones en el ejercicio de poder. Por fortuna varios intelectuales colocan sin ambages el dedo sobre la yaga, en cuanto a la denuncia de estas aberraciones y la manera de contrarrestarlas.¹⁰

III ¿Continuidad o cambio? ¿Se inicia una nueva Era? ¿Estados Unidos se transforma en “Trumpolandia”?

Lo que ocurre en EE.UU. no puede examinarse al margen de sucesos acaecidos en el plano internacional. La gran crisis económica y financiera que tuvo lugar entre el 2007 – 2009 (superada únicamente por el cisma relacionado al *crack* de 1929) impactó con potencia dentro y fuera de ese territorio para transformar las relaciones económicas y políticas en el mundo, corroborando de esa manera la evidencia histórica de que las grandes debacles económicas y financieras repercuten sobre todos los ámbitos de la sociedad.

A partir de ese momento, sin que sea posible detenerse en cada uno de estos asuntos, se combinaron una serie de situaciones entre las que resaltan el hecho de que terminó el “ciclo largo” de altos precios de las materias primas (el cual había sido empleado por diversos gobiernos del hemisferio para impulsar programas progresistas, democráticos, inclusivos y en algunos casos de marcada orientación revolucionaria, si bien se desaprovechó dicha bonanza para llevar adelante modificaciones estructurales, más allá de políticas redistributivas, aspecto que en la actualidad tiene un efecto negativo a lo interno de la mayoría de esas naciones) y se modificó la posición de Estados Unidos como dependiente de la importación de hidrocarburos, a partir de la incremento de su producción como resultado del uso de la fracturación hidráulica y la perforación horizontal.

A esto se añade que la Unión Europea es conmocionada por la combinación de efectos derivados de la interrelación entre crisis económica / acentuación de las problemáticas migratorias, lo cual derivó en el ascenso de “nacionalismos de derechas”, con algunos rasgos de un fascismo atemperado al momento actual (bastaría mencionar el auge de estas corrientes, por ejemplo, en Austria y Francia) al tiempo que China, cuyos ritmos de crecimiento parecían no tener fin, prácticamente desde que Deng Xiaoping desató la política de reforma y apertura en 1978, ha visto reducido ese paso galopante (si bien siguen siendo índices de gran valor) y se vio forzada a reorientar sus prioridades, en buena medida, hacia su gigantesco mercado interno como paliativo real ante la repercusión global de la crisis y la consiguiente reducción de sus volúmenes de exportaciones.

En esta línea Trump fue presentado, un nuevo mito, como alguien independiente del sistema y portador de un cambio, exactamente el eje central sobre el que organizó su campaña Barack Obama en el 2008. Se remarcó, tanto por él como por los medios, que representaba una figura de rechazo al establecimiento institucional, cuestión que no es totalmente cierta, dada su condición de miembro de la oligarquía financiera y de la clase dominante, aunque no hubiera desempeñado en el pasado cargos políticos. De ningún modo debe aceptarse que sea un *outsider* – o por lo menos hay que relativizar esta interpretación-- pues su vida en sí misma, y ascenso empresarial, es expresión tangible de las relaciones que se establecen en los marcos del modo de producción capitalista. En realidad, Trump valoró ser candidato a la presidencia estadounidense desde fecha tan temprano como 1999.¹¹

Pese a esas realidades, Trump comprendió que era extraordinariamente atractivo hilvanar un discurso (en el lenguaje práctico significa la posibilidad de captar votos) cuyas bujías eran la crítica a la institucionalidad imperante y la necesidad de su reconstrucción, teniendo como pivote posicionamientos ultranacionalistas a lo interno, los cuales se revierten en actitudes neoaislacionistas en la arena foránea.

Es importante precisar que en la historia de EE.UU., prevaleció en las últimas décadas, en una primera etapa, el patrón liberal instaurado por el presidente Franklin Delano Roosevelt, el cual se asentó en la aplicación de políticas keynesianas que se estructuraron en torno al *New Deal*, mediante el cual sortearon los escollos provocados durante la Gran Depresión. A través de dicha era liberal transitó igualmente por la II Guerra Mundial y edificaron la arquitectura del sistema financiero contemporáneo (que tiene su matriz en los Acuerdos de Bretton Woods, con el surgimiento del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) y luego promovieron mecanismos de “Estado benefactor” en medio del Bipolarismo en las relaciones internacionales y los vaivenes de la “Guerra Fría”, entre 1945- 1980.

La crisis de comienzo y mediados de la década de 1970, combinada con la caída de los precios del petróleo, el fiasco en todos los órdenes de la aventura guerrillera en Viet Nam (con niveles de endeudamiento siderales) y el quiebre unilateral del presidente Richard Nixon del sistema de patrón de cambio con el oro vigente hasta entonces, dando paso al reinado absoluto del dólar como

moneda global fiduciaria, se convirtieron en caldo de cultivo para la irrupción de la “Contrarrevolución conservadora” iniciada por Ronald Reagan en 1981. La misma trajo una reversión del modelo liberal-keynesiano, abriendo las puertas a los *Chicago Boys* y sus políticas neoliberales, matizadas en la desregulación financiera, la privatización y la adoración sumisa al mercado como dios capaz de solventarlo todo. Más tarde sobrevendrían los Tratados de Libre Comercio TLCs de I y II orden, enfocados estos últimos en la llamada “integración profunda”. Estos acuerdos buscaban institucionalizar una especie de nuevo orden internacional dominado por la globalización neoliberal.

Algunos estudiosos plantean que la historia estadounidense posee un carácter cíclico, a partir de la denominada “Teoría de las generaciones”. William Strauss & Neil Howe, con el libro *The Fourth Turning*, se inscriben en esta línea, expresando que el elemento conductor estriba en que existe un ciclo de cuatro fases, que se repite sucesivamente cuando las “generaciones” caen en “crisis” y se ven obligadas a revelarse contra la institucionalidad existente. Ello sucede, en sus consideraciones, aproximadamente cada 80 años.¹²

IV ¿Qué se sostiene entre el fin de la campañas y el comienzo del rodaje gubernamental?

Si repasásemos este trimestre inicial, a la hora de asumir posturas, por ejemplo, en la política interna, y en lo externo respecto a Rusia y a los conflictos internacionales, constataríamos que existe gran consistencia entre la dirección de sus acciones políticas y las promesas de campaña, si bien hay que recordar la complejidad del Gobierno -que no es solo el Presidente- y las condiciones del ejercicio de esta presidencia en particular, marcada por conflictos, divisiones al interior de la clase política y falta de consenso. Se sabía que Trump confrontaría oposición dentro del Gobierno y con el propio Congreso, a pesar de estar integrado el mismo por una mayoría republicana. No obstante, creemos que tomando en cuenta esos elementos y que en la política de Estados Unidos en general tiene un peso muy grande la tendencia a la continuidad, el Presidente Trump ha sido activo y consistente en sus temas de campaña referidos a frenar la entrada de inmigrantes, la construcción del muro en la frontera, el rechazo o revisión de las políticas de libre comercio y la búsqueda de fórmulas para atraer inversiones y aumentar en empleo, la construcción de los oleoductos Keystone y Dakota Access y el desconocimiento de los tenues acuerdos sobre medio ambiente.

Ello no supone que sea exitoso en todo, ni que se cumplan literalmente sus enunciados, presentados con frecuencia de modo muy esquemático y simplista (desde el punto de vista práctico ya sufrió importantes reveses en la materialización de esas propuestas) pero si se pueden esperar cambios en la política estadounidense en varios aspectos, al tiempo que es perceptible su labor encaminada a cumplir sus promesas, aunque esté obligado a reformular el contenido y la presentación de varias de ellas.

En los casos de la proyección externa hacia China y Rusia, ciertamente, se aprecian ajustes en dirección a un mayor pragmatismo con China y reacomodos en la política con el archirrival europeo, para acercarse a las tendencias precedentes y evitar una mayor crisis interna y conflictos

al seno de su gobierno, con figuras del más alto nivel, como el Secretario de Estado Rex Tillerson, el cual posee relaciones anteriores con la industria petrolera rusa, a partir de haberse desempeñado como CEO de Exxon Mobile. No debe sorprender que se sigan observando comportamientos semejantes en el futuro, porque ellos se derivan de las situaciones reales en el plano internacional y la correlación de fuerzas, así como el empleo de mecanismos para compensar contradicciones internas en su gobierno o crisis políticas.

Las posturas ultra belicistas adoptadas con relación a Corea del Norte -desplazamiento incluido del portaviones nuclear Carl S. Vinson y el submarino de igual capacidad Michigan hacia la península- luego de los bombardeos en Siria (el 4 de abril dejaron caer 59 misiles en una base militar) y Afganistán (el 13 de abril atacaron Kandahar con su bomba más potente no nuclear), además de convertirse en el asunto de mayor gravedad en esta etapa (es un hecho inequívoco la voluntad de la dirección política y militar de ese país asiático y de su pueblo de defender a cualquier precio su soberanía, apelando para ello a los recursos y medios a su disposición) confirman el peso del complejo militar industrial, tanto en la formulación como en la ejecución de la política exterior estadounidense.

Es importante que esta idea se interiorice, porque las declaraciones de Trump durante la campaña, en algunas de las cuestiones vinculadas con la maquinaria bélica, generaron confusión en diferentes sectores. En esencia, nunca se cuestionó la significación de la temática de la guerra -ni de la amenaza del uso de la misma como instrumento de valor estratégico dentro del *establishment*- sino que apenas se puso sobre el tapete la cuestión financiera en este campo, clara expresión asimismo de la preponderancia económica dentro del comportamiento del presidente Trump.

Esa fue el centro de sus valoraciones sobre la OTAN (nunca la desintegración del bloque): el reclamo de la contribución del resto de los miembros, acorde a los reglamentos establecidos, o cuando a bordo del último portaviones nuclear construido señaló que le pidió a la empresa Boeing, un estudio de factibilidad con respecto a los aviones de combates que esta produce, a partir de considerar demasiado caros los F-35, a cargo de la Lockheed Martin. Para que no quede duda alguna, está su solicitud de incrementar en 54,000 millones de dólares el presupuesto consagrado al sector militar¹³ respecto al de 2017, que ascendió a 587 mil millones de dólares, en la misma medida que planteó reducir el de la investigación científica. Esa proposición desató el rechazo de la comunidad investigativa a escala global, la cual desfiló en 500 ciudades de todo el orbe bajo la consigna "*Science, not silence*".

Con relación a las fuerzas que dentro y fuera de Estados Unidos frenaron de alguna manera los planes de Trump en esta etapa, es útil remarcar que las nuevas tendencias políticas conservadoras, nacionalistas y de derecha que él encarna tienen importante oposición interna, en los conservadores en general y dentro del partido republicano. A ello se suma la natural oposición demócrata y de los sectores liberales y progresistas en ese país. Con independencia de esto no puede descartarse el impacto actual y futuro que tendrán sus acciones sobre esas mismas fuerzas,

las que pueden redefinir alianzas, consensos y posturas sobre los distintos temas, aunque no se acepten los planteamientos más radicales de Trump, ya que algunos de ellos deban ser depurados y redefinidos.

Durante el breve período examinado, muchas decisiones y propuestas se han visto constreñidas o incluso rechazadas por la combinación de factores internos y externos. En el plano internacional su comportamiento confronta las realidades de las relaciones económicas, políticas y militares y de seguridad que no pueden ser pasadas por alto: la correlación de fuerza y la existencia de países, políticas y tendencias opuestas al imperialismo. Asimismo se observan contradicciones al interior de las naciones imperialistas, y las mismas podrían alcanzar mayor significación en los próximos años en dependencia de los resultados en elecciones sobre todo en Europa.

Sin embargo, consideramos correcto identificar que el gobierno de Trump marca una etapa singular en esta etapa del desarrollo imperialista, la que se caracterizará ajustes —y retrocesos en algunos campos— de lo observado durante la globalización neoliberal. No puede olvidarse que a lo largo de la historia, en el desarrollo del capitalismo, aunque la tendencia a la internacionalización ha sido en general dominante, han existido etapas en que debido a las crisis económicas, políticas y otras contradicciones se han reflejado retrocesos en esta dirección, expresadas en guerras, aumento de manifestaciones de proteccionismo y ruptura, o ajuste en los procesos de integración precedentes. Es importante consignar, de igual manera, que el presidente Trump añadió en estos meses un nuevo récord a su enrevesada trayectoria: recibir los niveles más bajo de aprobación popular desde 1945. Según una encuesta de Washington Post / ABC News, el magnate solo fue respaldado por el 42 % de las personas, muy por debajo del 69 % que recibió en igual momento de su mandato Barack Obama.¹⁴

En el caso de las relaciones con Cuba la retórica del Presidente y figuras principales oscilaron desde, coincidir con la política de su predecesor, aunque siempre diciendo que “habría negociado mejor”, hasta anuncios de revisión integral de la acciones establecidas durante los últimos dos años de la administración Obama, con la amenaza de llevarlas al pasado si el gobierno cubano no se pliega a sus demandas.¹⁵ Cualquier escolar en la Mayor de las Antillas sabe que esas pretensiones de subordinación violan la soberanía e independencia de Cuba y no son objeto de negociación bilateral.¹⁶

Cabe esperar que la revisión anunciada en Estados Unidos permita hacer entender las realidades en que se mueven nuestras difíciles relaciones aún lejos de la normalización, la cual es prácticamente imposible para muchos, o por lo menos difícil y lejana, lo que acrecienta la idea de trabajar por una “convivencia civilizada”. En cualquier caso, la historia enseña que aún en los momentos más álgidos dentro de la relación conflictual entre los dos países es posible encontrar oportunidades y canales para el diálogo.¹⁷

La razón de las modificaciones en las declaraciones políticas tienen que ver con las dificultades del gobierno de Trump de crear alianzas internas. En perspectiva, como en otros casos, la administración tendrá que considerar las situaciones reales, los intereses económicos y en materia

de seguridad, así como los avances que se han logrado en el plano bilateral (relaciones diplomáticas, y aumento de los viajes, por ejemplo) al igual que haber arribado a un grupo de entendimientos sobre temas de interés común pero sensibles.

Ello nos hace valorar que, aunque no se puedan descartar tensiones y ciertos retrocesos (con el posible incremento de la retórica discursiva confrontacional por la parte estadounidense) no es lo más probable retroceda el estado de las relaciones, al clima que las caracterizó durante la administración W. Bush. Además, los acuerdos del 12 enero del 2017 en el tema migratorio (ocho días antes de su instauración en la Casa Blanca) son consistentes con la política manifestada por Trump. En cuanto a la cuestión del empleo, existe consenso entre los expertos de ese país en que una eliminación del bloqueo permitiría crear hasta medio millón de nuevos puestos de trabajo en Estados Unidos y decenas de significativos negocios, en el orden de los miles de millones de dólares en beneficios para sus empresas en agricultura, turismo, transporte y sector energético. Las visitas a Cuba de senadores, congresistas, gobernadores, hombres de negocio y la reciente misiva suscrita por más de una docena de altos oficiales retirados (en las que solicitan al presidente proseguir en el camino conducente hacia la normalización de la relaciones con Cuba, pues es algo provechoso para los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos) confirman la importancia que le confieren estas figuras a dar continuidad a la política iniciada durante la administración de Obama. No puede decirse que sean acciones que determinen el rumbo del vector resultante de la política de Estados Unidos hacia Cuba, pero sin duda son expresiones positivas que influyen en ese proceso. Estas personalidades, no perderlo de vista, forman parte, en distintos niveles, del entramado del gobierno, o son actores cercanos al mismo, por lo que tales acciones marcan posiciones políticas y señales a considerar para todos los agentes políticos. En resumen, reconociendo el alto grado de incertidumbre asociado al ejercicio presidencial de Donald Trump, y meditando hacia donde se inclinaría la balanza en cuanto a la correlación continuidad-cambio, es preciso ratificar que, en líneas generales, en la historia política de ese país la continuidad es generalmente dominante, aunque ello no excluye que siempre existen factores de modificación. He ahí la importancia de aquilatar la profundidad de las transformaciones y el alcance de los mismos.

La continuidad, en cuanto a rasgos y tendencias, se expresa como límites estructurales internos y externos a las nuevas propuestas, las cuales ya se reflejan parcialmente, aunque el resultado final sea incierto, lo que acentúa los altos niveles de impredecibilidad. Recordemos que, tratándose del carácter de súper potencia de Estados Unidos, y su peso económico, financiero, militar y comunicacional cualquier pequeño ajuste en su política interna o exterior, tiene grandes implicaciones sobre el sistema mundial, las cuales deben precisarse con mayor detalle.

Un clara muestra de cómo podrían irse resolviendo las dicotomías entre las promesas de campaña, el ejercicio gubernamental y las relaciones con otras ramas del sistema político es que el presidente mantiene el uso de la amenaza verbal como medio de negociación, pero también se “ajusta” según criterios realistas, balance de fuerzas, etc. El caso chino es un buen ejemplo, pues

de la retórica en la contienda electoral (incluyendo la llamada a las autoridades de Taiwán) el inquilino de la Casa Blanca fue pródigo en elogios a la hora de recibir la visita del presidente Xi Jinping.

No obstante, no se debe subestimar su capacidad para el cambio, incluso de gran alcance, y trascendencia. Consideramos, concluyendo, que se moverá en las direcciones estratégicas esbozadas, tratando de hacer avanzar sus temas priorizados, aunque ello no supone el cumplimiento absoluto, tanto del discurso de campaña como de los que elabora en determinadas circunstancias.¹⁸

**Fernández Tabío es Doctor en Ciencias Económicas y Profesor Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) de la Universidad de La Habana. Pérez Casabona es Licenciado en Historia, Especialista en Seguridad y Defensa Nacional y Profesor Auxiliar de la propia institución.*

Notas

¹ Trump obtuvo 304 votos del Colegio Electoral, por 227 Clinton. Ello significó una clara victoria en este acápite, debido a que se necesitan 270 de los 538 establecidos para proclamarse triunfador. En relación con el respaldo popular el magnate recibió 62 millones, 955 mil 202 votos, mientras que los de su rival se elevaron a la cifra a 65 millones, 794 mil 399. Ese respaldo implicó que Hillary superara al ahora presidente en 2 millones, 839 mil, 197 votos. Téngase en cuenta que la puntuación alcanzada por ella, a nivel de masas, es la segunda más alta de toda la historia de los comicios en su país, lo cual no fue suficiente para que se adjudicara la victoria. Solo la supera los 69 millones, 456 mil 897 que logró Barack Obama en el 2008, cuando derrotó al republicano John McCain, al que le sacó 9 millones, 522 mil 083 votos. En el 2012, Obama se agenció 65 millones, 446 mil 032 votos, superando a Mitt Romney en 4 millones, 856 mil 948 votos. Ver en: <https://www.archives.gov/federal-register/electoral-college/2016/election-results.html>

² Puede consultarse el artículo de Tim Wu en el New York Times, "How Donald Trump Wins by Losing", <https://www.nytimes.com/2017/03/03/opinion/sunday/how-donald-trump-wins-by-losing.html>

³ Las valoraciones de un reciente informe del Servicio de Investigaciones del Congreso de Estados Unidos (Congressional Research Service, CRS) no encontró evidencias concluyentes en cuanto a que las inversiones de las compañías estadounidenses en el exterior sean un factor principal en la localización del empleo fuera del país. James K. Jackson. "U.S. Direct Investment Abroad. Trends and Current Issues". Congressional Research Service, Washington DC, March 21, 2017, p. 12.

⁴ Roger Stone, The Making of the President 2016, Skyhorse Publishing, New York, NY, 2017. p. 29. ISBN: 9781510726925.

⁵ Katy Steinmetz, "The Big One. How California is leading s state based movement to resist the Trump Administration", Time, vol. 189, No. 5, 2017, p. 34.

⁶ La investigadora argentina Paula Lugones acaba de publicar, con la editorial Ariel, el libro Los Estados Unidos de Trump, en el cual se detiene en varias de los elementos que separan hoy a los ciudadanos estadounidenses. En unos

de los capítulos del texto, divulgado por diversos medios en la web, se afirma: “Los habitantes de los estados rojos como Oklahoma, Kansas, Texas, Wyoming, Wisconsin, Virginia Occidental, Kentucky, Dakota del Norte y del Sur, Indiana, Minnesota, Luisiana, Mississippi, Alabama y otros son más pobres y tienen más madres adolescentes, más divorcios, peor salud, mayor obesidad, más cigarrillos, más muertes por golpes y por drogas, más bebés nacidos con bajo peso y menos chicos que terminan la escuela. En los estados rojos (republicanos) la gente se muere cinco años antes que en los azules. Alguien que haya nacido en Mississippi, por ejemplo, vive un promedio de 75 años (el más bajo del país), mientras que un nativo de California o Connecticut alcanzará un promedio de 80,8 años, una brecha más amplia que la que existe entre los Estados Unidos y Honduras. Esta diferencia sobrepasa el tema racial. Un afroestadounidense de Maryland vive cuatro años más, gana más del doble y tiene el doble de oportunidades de ir a la universidad que un negro de Luisiana, que es uno de los estados más pobres de los Estados Unidos. (...) El ingreso per cápita en los estados azules (demócratas) es de 62.829 dólares por año, mientras que es de 52.895 en los estados rojos. Los estados liberales gastan 13.301 dólares por persona en educación, mientras que en los Estados Unidos de Trump, se destinan 10.200”. Ver en: <http://www.infobae.com/america/eeuu/2017/04/09/un-pais-partido-en-dos-un-nuevo-libro-analiza-la-victoria-de-donald-trump/>.

⁷ Michael Moore fue uno de los que valoró meses antes de la justa electoral, con su estilo profundo y sarcástico, la capacidad de estos grupos de salir a las calles, asumiendo la misión de reclutar cada voto para su causa. “Así que en la mayoría de las elecciones es difícil que el porcentaje de participación llegue siquiera al 50%. Y ahí yace el problema de noviembre: ¿quién va a conseguir que los votantes más motivados acudan a las urnas? Saben la respuesta a esa pregunta. ¿Quién es el candidato con los simpatizantes más furibundos? ¿Quién tiene unos fans capaces de levantarse a las cinco de la mañana el día de las elecciones y de ir molestando todo el día hasta que cierren las urnas para asegurarse de que todo hijo de vecino vote? Efectivamente. Ese es el nivel de peligro en el que nos encontramos”, a lo que añadió: “El último bastión de los hombres blancos enfadados. El gobierno de Estados Unidos que lleva 240 años dominado por hombres llega a su fin. ¡Una mujer está a punto de llegar al poder! ¿Cómo ha podido suceder? Había señales de peligro, pero las ignoramos. Nixon -el traidor del género- impuso el Título IX, la ley por la que, en el colegio, las alumnas deberían tener las mismas oportunidades a la hora de practicar deporte. Y luego les dejaron pilotar aviones comerciales. Y antes de que nos diéramos cuenta, Beyoncé revolucionó la Super Bowl (¡nuestro partido!) con un ejército de mujeres negras que, con el puño en alto, dejaron claro que nuestra dominación había terminado. ¡Dónde hemos ido a parar!”. <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/07/29/michael-moore-el-proximo-presidente-de-eeuu-sera-donald-trump/#.WQDrokJ6Tcd>.

⁸ En el mencionado análisis de Lugones, acerca de las percepciones que cada grupo posee del otro, la sudamericana señala que: “Los liberales de las costas no entienden qué pasa en ese otro mundo al que estigmatizan y etiquetan. Sienten que en el interior son ignorantes, racistas, machistas y no comprenden cómo pudieron votar a un candidato como Trump. Los habitantes de la América profunda, en cambio, creen que el Partido Demócrata no los representa y que tampoco los respeta. Que los blancos de las ciudades cosmopolitas son arrogantes, presumidos, que pertenecen a elites con mayor nivel de educación y que no son los suficientemente nacionalistas. En el interior se le da un enorme valor a los símbolos nacionales, como la bandera, y creen que las personas liberales y multiculturales que defienden los derechos civiles universales son menos patriotas”. Dirección electrónica citada.

⁹ El multimillonario Robert Mercer es uno de los “cerebros” detrás de la campaña, al cual se le atribuye importancia significativa en la elaboración de estrategias para lograr la victoria de Trump. En un reciente artículo divulgado en varios medios se explica que: “Con 13,5 millones de dólares invertidos, Mercer fue el donante que más contribuyó en la campaña del magnate republicano. ‘Es el dinero detrás de Donald Trump’, escribió el diario británico The Guardian en un reciente perfil. Mercer es —además y, por sobre todo— uno de los principales accionistas de Breitbart News, el sitio

de derecha dirigido, hasta antes de asumir su actual cargo, por el actual estratega jefe de la Casa Blanca Stephen Bannon. Pero entre todos los proyectos de Mercer, hay uno que llama especialmente la atención. Según el The New Yorker, el millonario invirtió cinco millones de dólares en Cambridge Analytica, una empresa que colecta datos online - especialmente en las redes sociales- para crear perfiles psicológicos de los usuarios basados en sus preferencias y “likes” en las redes sociales. Y luego utilizarlos para enviar los mensajes y las propagandas más persuasivas. Con ese sistema, según declaraciones del CEO de la firma, Alexander Nix, reportadas por el The New Yorker, Cambridge Analytica logró crear perfiles de docientos veinte millones de votantes estadounidenses. Esas personas a las que Donald Trump les habló durante meses hasta convencerlos de que era el hombre que debían elegir para la Casa Blanca. Sabía lo que el electorado quería escuchar”. <http://www.cubadebate.cu/noticias/2017/03/21/robert-mercero-uno-de-los-cerebros-que-llevo-a-trump-a-la-casa-blanca/#.WQOF0EJ6Tcc>

¹⁰ El politólogo y periodista franco-español Ignacio Ramonet es uno de ellos. Además de sus obras anteriores como Propaganda silenciosa, el estudioso acaba de publicar el libro El imperio de la vigilancia, el cual vio la luz en Cuba por la Editorial José Martí. En esta obra su autor examina varios de los procedimientos manipulatorios de las transnacionales. En las palabras de presentación del texto en la más reciente Feria Internacional del Libro la periodista Miriam Elizalde afirmó: “... nos recuerda que ‘a nuestro alrededor merodea permanentemente un Big Brother’. Todo es espiado en la sociedad exhibicionista de la vigilancia y el control, que se da el lujo de tener millones de ‘soplones voluntarios’, como llama Ramonet a quienes se colocan alegremente un grillete electrónico. Este libro es una alerta precavida de lo que ha comenzado siendo el siglo XXI, una cibergeografía viciada de totalitarismo, no sólo político sino mental. Facebook es supuestamente gratis, pero vale billones de dólares por la información de todos nosotros que posee y subasta. Los robots de Google leen los correos electrónicos que se envían y reciben a través de su servicio de correo Gmail, para incluir en ellos publicidad relevante y de supuesto interés para el internauta”. <http://www.cubadebate.cu/opinion/2017/02/14/el-imperio-de-la-vigilancia/#.WQN98EJ6Tcc>

¹¹ Donald Trump anuncia su plan para crear un comité exploratorio en la contienda presidencial en: CNN, “Larry King Live”, 8 de octubre, 1999, <http://www.cnn.com/ALLPOLITICS/stories/1999/10/08/trump.transcript/>

¹² Nótese que existe prácticamente una temporalidad equidistante desde la independencia, en 1776, al fin de la Guerra Civil, en 1865; entre esta última y la culminación de la II Guerra Mundial, en 1945, y desde el cese de dicho conflicto bélico a la actualidad. Steve Bannon con una perspectiva de catástrofe a partir de la crisis de 2008 impulsó el film “Generation Zero”, sustentada supuestamente en dicho libro. Ver: David Von Drehle. “The Second Most Powerful Man in the World?” Time, February, 13, 2017, p. 28.

¹³ Executive Office of the President. Office of Management and Budget. The President’s 2018 Budget. A Budget Blueprint to Make America Great Again. Washington DC, p. 15.

¹⁴ En un artículo publicado originalmente en el diario mexicano la Jornada se afirma: “De hecho, estos sondeos registran que Trump, medido así, es uno de los presidentes más débiles y menos representativos de la historia moderna. (...)El otro dato de estos 100 días es que la mayoría reprueba no sólo a su presidente, sino a toda la cúpula política elegida para representar al pueblo”. <http://www.cubadebate.cu/opinion/2017/04/26/american-curios-cien/#.WQEVcEJ6Tcc>

¹⁵ El viernes 3 de febrero del 2017, en lo que constituyó el primer pronunciamiento oficial de la administración, Sean Spicer, vocero de la Casa Blanca, anunció que su gobierno llevaría adelante una revisión completa de la política con Cuba. Aseguró asimismo que el presidente Donald Trump: “...está comprometido con una agenda que garantice los

derechos humanos para todos los ciudadanos del mundo”, por lo que ese tema ocupará un lugar "principal" en la revisión de la política con Cuba”. <http://www.infobae.com/america/eeuu/2017/02/03/eeuu-anuncio-una-revision-completa-de-la-politica-con-cuba-para-priorizar-los-derechos-humanos/>

¹⁶ El presidente escribió exactamente en su cuenta de twitter: “If Cuba is unwilling to make a better deal for the Cuban people, the Cuban/American people and the U.S. as a whole, I will terminate deal”.

<https://twitter.com/realdonaldtrump/status/803237535178772481?lang=es>

¹⁷ William M. LeoGrande & Peter Kornbluh: *Back Channel to Cuba: The Hidden history of negotiations between Washington and Havana*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2014, p. 408.

¹⁸ El propio momento de arribar a los cien días es una clara demostración de las múltiples diatribas en la proyección pública de Trump. En más de una ocasión, sobre ese período, señaló que se trataba de algo intrascendente, mientras que en otras afirmó con vehemencia que era una etapa en la que logró más cosas que sus predecesores. En esta misma se inserta su propensión a escribir tweets constantemente sobre disímiles aspectos, planteando puntos de vista que contradicen sus planteamientos anteriores. Ese tipo de comportamiento, en alguien sin experiencia en el ejercicio de responsabilidades políticas, torna todavía más complejo cualquier panorama en relación con su ejecutoria futura.

Referencias bibliográficas.

Brooks, David: “American Curios: Cien”, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2017/04/26/american-curios-cien/#.WQEVcEJ6Tcc>

Elizalde, Rosa Miriam: “Palabras de presentación del libro de Ignacio Ramonet, *El imperio de la vigilancia*, Editorial José Martí, La Habana, 2017. <http://www.cubadebate.cu/opinion/2017/02/14/el-imperio-de-la-vigilancia/#.WQN98EJ6Tcc>

“EEUU anunció una "revisión completa" de la política con Cuba para priorizar los derechos humanos”, <http://www.infobae.com/america/eeuu/2017/02/03/eeuu-anuncio-una-revision-completa-de-la-politica-con-cuba-para-priorizar-los-derechos-humanos/>

Executive Office of the President. Office of Management and Budget. *The President’s 2018 Budget. A Budget Blueprint to Make America Great Again*. Washington DC, 2017.

Jackson, James K.: “U.S. Direct Investment Abroad. Trends and Current Issues”. *Congressional Research Service*, Washington DC, March 21, 2017.

Leo G grande, William M. y Kornbluh, Peter: *Back Channel to Cuba: The Hidden history of negotiations between Washington and Havana*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2014, p. 408.

Lugones, Paula: *Los Estados Unidos de Trump*. Editorial Ariel. Buenos Aires, 2017.

<http://www.infobae.com/america/eeuu/2017/04/09/un-pais-partido-en-dos-un-nuevo-libro-analiza-la-victoria-de-donald-trump/>

Moore, Michael: “El próximo presidente de Estados Unidos será Donald Trump”, *Cubadebate*.

<http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/07/29/michael-moore-el-proximo-presidente-de-eeuu-sera-donald-trump/#.WQDrokJ6Tcd>.

Olson, Bradley; Jay Salomon: “Trump Rebuff Exxon on Russia”, *The Wall Street Journal*, 22 April, 2017.

Resultados de la elección presidencial, <https://www.archives.gov/federal-register/electoral->

college/2016/election-results.html

Steinmetz, Katy: "The Big One. How California is leading s state based movement to resist the Trump Administration", *Time*, vol. 189, No. 5, 2017.

Stone, Roger: *The Making of the President 2016*, Skyhorse Publishing, New York, NY, 2017. ISBN: 9781510726925.

Trump, Donald: "Donald Trump anuncia su plan para crear un comité exploratorio en la contienda presidencial en: CNN, "Larry King Live", 8 de octubre, 1999,

<http://www.cnn.com/ALLPOLITICS/stories/1999/10/08/trump.transcript/>

[:https://twitter.com/realdonaldtrump/status/803237535178772481?lang=es](https://twitter.com/realdonaldtrump/status/803237535178772481?lang=es)

Von Drehle, David: "The Second Most Powerful Man in the World?" *Time*, February, 13, 2017.

Wu, Tim: "How Donald Trump Wins by Losing",

<https://www.nytimes.com/2017/03/03/opinion/sunday/how-donald-trump-wins-by-losing.html>

[Ir arriba](#)



El Gobierno temporal de Donald Trump: Una redoblada amenaza para nuestra América *

Luis Suárez Salazar **

Introducción

Como se indica en su título, este ensayo va dirigido a realizar una primera y seguramente incompleta aproximación a las redobladas amenazas que les planteará la recién inaugurada administración de Donald Trump a los pueblos, las naciones y aciertos gobiernos de los 33 Estados nacionales o plurinacionales ubicados al sur del río Bravo y de la península de Florida. Asimismo, a los pueblos de algunos de los territorios de esa región aún sometidos a diferentes formas de dominación colonial por parte de Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Holanda.

Para cumplir ese propósito, las páginas que siguen se dividirán en tres acápites. En el primero me referiré a los que he denominado objetivos estratégicos, generales y, en determinados casos, específicos que guiaron las "estrategias inteligentes" hacia el sur político del continente americano desplegadas por las dos administraciones de Barack Obama. En el segundo, realizaré varias referencias a los enunciados sobre "la familia de las Américas" plasmados en la reaccionaria Plataforma del Partido Republicano (PPR) aprobada en la Convención efectuada en Cleveland a fines de julio del 2016. Y, en el tercero, presentaré mis consideraciones preliminares sobre *el escenario más probable* de las políticas hacia América Latina y el Caribe que desplegarán los grupos de poder y los poderes fácticos de los Estados Unidos, al menos, en los dos primeros años del gobierno temporal del controvertido, racista, misógino, homofóbico y xenofóbico magnate

inmobiliario y “miembro de la clase capitalista transnacional” Donald Trump (Robinson, 2016); quien, siguiendo sus peores prácticas empresariales y a causa de los “conflictos de intereses” que se crearán entre éstas y sus altas responsabilidades estatales, parece determinado a llevar “la corrupción” a un “nuevo nivel” en los “círculos altos del poder estadounidense”, incluidos algunos de los integrantes su gabinete previamente caracterizados por “la falta de preocupación ética en sus propios negocios” (Baker, 2017).¹

Como en otros de mis ensayos, ese escenario se elaborará desde los principales conceptos teóricos y metodológicos de la prospectiva crítica. Esta parte del criterio de que el futuro es “más construible que previsible”. Por tanto, “no es único, ni lineal”. Al contrario, pueden vislumbrarse varios escenarios alternos. Ninguno está predeterminado, ya que dependen de los resultados de las acciones reactivas, preactivas y proactivas del “hombre colectivo”. En consecuencia, el porvenir es un *campo de batalla* (muchas veces violento) entre los sujetos sociales y políticos, estatales y no estatales, que “pungan por imponer su poder para defender sus intereses”(Mojica, 2000).

Sin negar la impronta y los márgenes de decisión de cualquier mandatario, la utilización de esos conceptos es necesaria; ya que en la mayor parte de las aproximaciones que he podido leer sobre la que será la proyección externa de los Estados Unidos durante la actual administración de la denominada “derecha alternativa” (*al right*) republicana se olvida que, con independencia de las posiciones personales de cualquier presidente (por muy “atípico”, “imprevisible”, “errático”, “volátil”, “egocéntrico” o “megalómano” que sea),² la política interna y externa que desarrollará esa potencia imperialista durante el gobierno temporal de Donald Trump será *la resultante* de los consensos previamente existentes o que se reelaboren entre los representantes políticos, militares, intelectuales e ideológico-culturales de los diferentes sectores de las clases y los grupos dominantes que participan en las diferentes instancias de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Igualmente de las percepciones que estos tengan con relación a los resultados (positivos o negativos) de las políticas desplegadas por la administración precedente, tanto para sus propios intereses y cuotas de poder, como para la preservación de la que he denominado “seguridad imperial” de los Estados Unidos.

Cual he tratado de demostrar en diferentes publicaciones (Suárez, 2003, 2006 y 2010), lo antes dicho contribuye a explicar las continuidades de los objetivos estratégicos, generales y, en ciertos casos, específicos, al igual que de muchas de las estratagemas desplegadas y las herramientas utilizadas por las diferentes administraciones estadounidenses, aún cuando estas hayan sido controladas por diferentes sectores de los partidos demócrata o republicano. También los cambios de conceptos, estrategias o en el empleo de ciertas herramientas que se han producido entre una y otra administración e, incluso, durante los sucesivos mandatos de algunas de ellas.

Esas continuidades y esos cambios (en algunos casos rupturistas con las políticas precedentes) igualmente han estado influidos y en algunos casos determinados por las consideraciones de cada una de esas administraciones acerca de la correlación internacional de fuerzas existente en cada

momento, así como, en menor medida, por las reacciones de las clases y grupos subalternos estadounidenses frente a las políticas internas o externas desplegadas por cada uno de esos gobiernos temporales. Asimismo, por la magnitud y la calidad de las resistencias que les hayan ofrecido a estas últimas otros actores sociales y políticos, gubernamentales y no gubernamentales, de otros Estados del mundo.

Los objetivos hemisféricos de las dos administraciones de Barack Obama

Como indiqué en una ponencia que presenté en un evento internacional efectuado en noviembre del pasado año en la Universidad Nacional de Colombia (Suárez, 2016), entre el 2009 y el 2016 la maquinaria de la política exterior, de defensa y de seguridad estadounidense, al igual que sus aparatos económico-financieros, propagandísticos e ideológico-culturales emprendieron diversas acciones públicas, discretas, encubiertas o secretas dirigidas —según indicó Barack Obama durante su primera campaña electoral y reiteró en otros documentos posteriores— a “renovar” y a “prolongar a lo largo del siglo XXI el liderazgo estadounidense en las Américas” (Obama, 2008).

Con tal fin, durante sus dos administraciones, de manera unilateral o concertada con sus “amigos”, “socios” o “aliados”, estatales y no estatales de dentro y fuera del continente americano, la poderosa maquinaria burocrático-militar estadounidense (generalmente con el apoyo bipartidista del poder legislativo y, en las ocasiones necesarias, del poder judicial)³ emprendió diversas acciones orientadas a cumplir, al menos, los siguientes objetivos generales o específicos ínter vinculados entre sí:

1.- Desestabilizar y, donde y cuando le resultó posible, derrocar por medios predominantemente “institucionales” a aquellos gobiernos latinoamericanos y caribeños genéricamente calificados como “anti-estadounidenses”.⁴ En particular, aunque no únicamente (como se demostró en Paraguay), a los gobiernos que eran (cual fue el caso de Honduras hasta mediados del 2009) o todavía son miembros plenos de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio entre los Pueblos (ALBA-TCP): Antigua y Barbuda, Bolivia, Cuba, Dominica, Ecuador, Granada, Nicaragua, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Surinam y la República Bolivariana de Venezuela.

Contra los gobiernos de este último país, presididos por el comandante Hugo Chávez y por Nicolás Maduro, se desplegaron y se siguen desplegando diversas acciones contrarrevolucionarias bajo el supuesto que su derrocamiento produciría un negativo “efecto domino” sobre los gobiernos de los demás Estados integrantes del ALBA-TCP (incluido el de Cuba) y para las interrelaciones que estos habían elaborado y continúan elaborando con otros gobiernos centroamericanos y caribeños en los marcos de PETROCARIBE y del Fondo ALBA-Caribe, al igual que de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

2.- Restaurar o fortalecer, según el caso, su multifacética dominación neocolonial sobre México, sobre todos los Estados-nacionales ubicados en el istmo centroamericano, al igual que en el Caribe

insular y continental (Belice, la República Cooperativa de Guyana y Surinam) con vistas a preservar su control sobre los recursos naturales y los bienes públicos (como el agua y la biodiversidad), al igual que sobre los diversos espacios geoestratégicos existentes en el Gran Caribe: el Golfo de México, los estrechos de la Florida y Yucatán, el Paso de los Vientos, el Canal de Panamá, el canal de la Mona y las diversas rutas aéreas, marítimas y terrestres que sirven para transitar entre el Sur y el Norte del continente americano, así como entre los océanos Atlántico y Pacífico.

Para el cumplimiento de esos propósitos, a la administración de Barack Obama le resultó de mucha utilidad la continuidad de sus estrechos vínculos político-militares con los gobiernos europeos integrantes de la Organización del Atlántico Norte (OTAN) que mantienen diversas posiciones coloniales en el Caribe insular y continental, así como el fortalecimiento de la dominación colonial estadounidense sobre Puerto Rico. Esta registró un nuevo salto de calidad con la aprobación de la denominada Ley PROMESA signada en el 2016 por Barack Obama. Esta estableció una Junta Fiscal orientada a garantizar, primero que todo, que en los próximos años los gobiernos de ese mal llamado Estado Libre Asociado (cualquiera que sea su adscripción política) paguen la multimillonaria deuda contraída con diversas instituciones financieras estadounidenses, incluidos algunos “fondos buitres” (Torres, 2016).

3.- Lograr una solución político-militar favorable a los intereses geopolíticos y geoeconómicos estadounidenses de la prolongada guerra civil —con contenidos de liberación nacional y social— que hasta mediados del 2016 se estaba desarrollando en Colombia. Sin importar los inmensos costos humanos, sociales y ecológico-ambientales provocados por la voluminosa ayuda económica y militar que le ofrecieron diversas administraciones demócratas y republicanas estadounidense (Higuera, 2016), los “éxitos” de los gobiernos presididos por Álvaro Uribe y por Juan Manuel Santos, al igual que por las represivas fuerzas militares colombianas en su cruenta guerra “contra la insurgencia y el narco-terrorismo” fueron presentados por la administración de Barack Obama y por el Pentágono como “el modelo” a seguir por los gobiernos y las fuerzas armadas y policiales de otros países de dentro y fuera del hemisferio occidental enfrentados a semejantes amenazas; en particular, por México, por los Estados del Triángulo Norte de Centroamérica (El Salvador, Honduras y Guatemala), así como por Perú y Paraguay (Tickner, 2014, Kinoshian *et al*, 2015).

4.- Subordinar a los intereses geoestratégicos estadounidenses a los gobiernos de todos los Estados nacionales del hemisferio occidental ubicados en el “arco del Pacífico”: Canadá, México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú y Chile. Funcional a ese propósito fueron las exitosas negociaciones del Tratado Transpacífico (TPP) impulsadas por la administración de Barack Obama como parte de su llamado “pilar asiático” (orientado a contener la creciente proyección externa de la República Popular China), al igual que su constante respaldo a la Alianza para el Pacífico (ALPA), institucionalizada en el 2011 entre los gobiernos de México, Colombia, Perú y Chile, presididos por Felipe Calderón, Juan Manuel Santos, Allan García y Sebastián Piñera, respectivamente. Sus antecesores, previamente, habían firmado

asimétricos tratados bilaterales de libre comercio con Estados Unidos y ellos o sus sucesores (cual fue caso del mandatario peruano Ollanta Humala y de la presidenta chilena Michelle Bachelet), firmaron diversos tratados en el campo de la defensa y la seguridad con las dos administraciones de Barack Obama, orientados a “compartir responsabilidades y costos” con la maquinaria militar estadounidense en la “defensa del hemisferio Occidental”(Suárez [2014] 2016);

5.- Contrarrestar las amenazas que le plantearon a la hegemonía estadounidense en el continente americano y en particular en Suramérica la paulatina e inconclusa transformación de la República Federativa de Brasil en una “potencia global”, al igual que aquellas posturas “populistas radicales” o desfavorables a los intereses de los Estados Unidos asumidas por algunos de los partidos (o sectores de ellos) integrantes de las heterogéneas coaliciones políticas que hasta el 2012 apoyaron al gobierno paraguayo presidido por Fernando Lugo, así como que, hasta el 2015 y el 2016, habíasustentado los gobiernos de Argentina y Brasil, presididos por Cristina Fernández de Kirchner, Luis Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff, respectivamente. Igualmente, por algunos de los partidos integrantes del Frente Amplio-Encuentro Progresista que sustentaron y todavía sustentan a los gobiernos uruguayos presididos por José Mujica y Tabaré Vázquez.

Lo antes dicho y otros elementos que veremos en el numeral siguiente contribuyen a explicar el rápido respaldo que le ofreció la administración de Barack Obama al golpe de Estado institucional que se produjo en Paraguay en el 2012 y, posteriormente, al gobierno argentino presidido por el multimillonario neoliberal Mauricio Macri, así como, aún antes de que se consumara totalmente, al “golpe de estado parlamentario-mediático y judicial” que en el 2016 se produjo en Brasil contra la presidenta constitucional brasileña Dilma Rousseff. Esta fue sustituida por su corrupto vicepresidente Michel Temer; quien –al igual que hicieron y continúan haciendo los actuales gobiernos argentino y paraguayo— de inmediato comenzó a subordinar sus políticas internas y externas a algunos de los objetivos de la política global y hemisférica estadounidense.

6.- Dificultar la reforma y la ampliación del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) impulsada por los derrocados gobiernos de Argentina, Brasil y Paraguay antes mencionados, al igual que por sucesivos gobiernos uruguayos, así como la profundización de los acuerdos en los campos políticos y de la defensa adoptados por la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR); en especial, aquellos que cuestionaron los intereses geopolíticos, geoeconómicos (incluidos el control de los recursos naturales estratégicos y los bienes públicos) y geoestratégicos apetecidos por los grupos dominantes en Estados Unidos, cuales son las estratégicas Cuencas de los ríos Orinoco, Amazonas y de la Plata, el portentoso acuífero Guaraní, al igual que los archipiélagos ubicados en el Atlántico Sur(entre ellos, las Islas Malvinas) y los estrechos y las aguas que lo conectan con el Pacífico Sur y con la Antártida (Boron, 2012).

7.- Entorpecer las acciones de los diversos gobiernos de América Latina y el Caribe que, entre fines del 2008 y del 2011, condujeron a la fundación la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y, como no lo lograron, evitar que sus resoluciones y prácticas obstaculizaran

el adecuado cumplimiento de los diversos acuerdos y planes de acción aprobados por las Cumbres de las Américas (ordinarias o extraordinarias) celebradas entre 1994 y el 2015, al igual que por los principales órganos político-militares, financieros y político-jurídicos del Sistema Interamericano: la Organización de Estados Americanos (OEA) y sus diversas Comisiones; el Banco Interamericano de Desarrollo (BID); la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y la Junta Interamericana de Defensa (JID).

Funcional a ese último propósito fueron la acérrima defensa por parte de los representantes de los Estados Unidos de las parcializadas labores desplegadas por la Comisión de Derechos Humanos de la OEA y por la CIDH (Aportes, 2014); el apoyo que —modificando sus posturas anteriores y sobre la base de la Ley al respecto firmada por Barack Obama a fines del 2013— el Departamento de Estado comenzó a ofrecerle a “la reforma” de esa organización propuesta por su ex secretario general, José Miguel Insulza, y reimpulsada por su controvertido y pro-panamericanista sustituto, el ex canciller uruguayo Luis Almagro.

Paralelamente, en correspondencia con “la nueva etapa” de sus relaciones con Cuba anunciada el 17 de diciembre de 2014, así como con sus perdurables propósitos de producir cambios del (o en el) “régimen cubano”, la administración de Barack Obama finalmente aceptó que el presidente de los Consejos de Estado y de Ministros (CCEM) de la República de Cuba, Raúl Castro, participara, por primera vez en la historia de esos eventos, en la VII Cumbre de las Américas realizada en Panamá en abril del 2015. Según el reiterado criterio del antes mencionado presidente estadounidense, con tal acción y con el restablecimiento posterior de sus relaciones diplomáticas con Cuba (julio del 2015) se eliminó un factor irritante en el desenvolvimiento de las relaciones de Estados Unidos con la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos y caribeños y se fortaleció “el liderazgo de los Estados Unidos en el hemisferio occidental”(Obama, 2016).

Cualquiera que sean los juicios que merezcan esas afirmaciones, lo cierto fue que la decisión de admitir la participación del presidente cubano en la antes mencionada Cumbre de las Américas tuvo como uno de sus propósitos superar las grandes dificultades que sufrió el desenvolvimiento de ese cónclave durante su VI Cumbre efectuada en el 2012 en Cartagena, Colombia, al igual que re-legitimar a la OEA, en su conjunción con el BID, como “la entidad diplomática multilateral primordial” en la supervisión y gestión de los acuerdos de esas Cumbres destinados al “fortalecimiento de la paz y la seguridad, la promoción y consolidación de la democracia representativa, la resolución de conflictos regionales, el fomento del crecimiento económico y la cooperación al desarrollo, la facilitación del comercio, la lucha contra el tráfico ilícito de drogas y el crimen transnacional y el apoyo a la Comisión de Derechos Humanos”(Congress of The United of America, 2013).

Esos propósitos coincidieron con el interés del Pentágono, expresado en *La política de defensa para el hemisferio occidental* hasta el 2023 difundida en octubre de 2012 por el entonces secretario de Defensa Leon Panetta, en la que, entre otras cosas, se indicó: “Los Estados Unidos, mediante

su participación en la OEA y mediante cada uno de nuestros compromisos ínter militares, *promoverán un férreo sistema de cooperación en materia de defensa que procure hacer frente a los desafíos complejos del siglo XXI. [...] Nos esmeraremos por reformar las instituciones existentes y aprovecharlas a fin de lograr una mayor eficacia y unidad de propósitos para abordar esta problemática que afecta a todos los países del hemisferio*” (Panetta, 2012, la cursivas fueron incorporadas por el autor de este escrito).

Con esos y otros fines, a partir del 2014, la diplomacia político-militar estadounidense, en consuno con la Secretaría de la JID, comenzó a impulsar (hasta ahora infructuosamente) la elaboración de un nuevo instrumento hemisférico que sustituya al obsoleto e inoperante Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), así como la institucionalización de una Comisión Interamericana de Defensa subordinada a la OEA que articule las labores de las Conferencias de Ministro de Defensa de las Américas, de Jefes de Ejércitos, Marina y Aviación, así como de los subsistemas regionales de defensa existentes en el hemisferio occidental (JID, 2014); incluido el subsistema del Norte América, sustentado en las estrechas relaciones establecidas entre las fuerzas militares de Canadá con el Comando Norte de Defensa Aeroespacial (NORAD, por sus siglas en inglés) y con el Comando Norte de las Fuerzas Armadas estadounidenses (NORTHCOM), cuya área de responsabilidad abarca el territorio, las costas y el espacio aéreo de Canadá, de los Estados Unidos (incluida Alaska), de México y del archipiélago de las Bahamas, ubicado en la entrada atlántica del estratégico Estrecho de La Florida.

En el criterio del Jefe de esos dos comandos, almirante William Gortney, sus cada vez más estrechas ínter vinculaciones con las fuerzas armadas bahamesa, canadiense y mexicana están orientadas a enfrentar las “amenazas tradicionales” y “no tradicionales” que les plantea a la seguridad de los Estados Unidos la proyección militar, política y económica de Rusia y de la República Popular China en el norte del hemisferio occidental, incluido el Océano Glacial Ártico. Asimismo, las acciones ciberespaciales, las pruebas nucleares y el continuo desarrollo de misiles balísticos por parte de Corea del Norte. Igualmente, las actividades diplomáticas y las capacidades de misiles balísticos de largo alcance y el programa espacial que han venido desarrollando sucesivos gobiernos de la República Islámica Irán y los eventuales ataques terroristas contra el territorio estadounidense que, en el futuro, pudieran emprender el Estado Islámico y Al-Qa’ida (Gortney, 2016).

Una mirada a algunos enunciados de la PPR

No tengo espacio para plasmar mis consideraciones acerca de los logros para la seguridad imperial de los Estados Unidos obtenidos durante las dos administraciones de Barack Obama (y, en particular, durante su segundo mandato) en el cumplimiento total o parcial de cada uno de los objetivos generales y específicos señalados en el acápite anterior. Tampoco para referirme a los

que no pudo cumplir. No obstante, en mi apreciación, unos y otros serán retomados por la administración de Donald Trump; ya que este se comprometió, entre otras cosas que veremos después, a defender el presunto “excepcionalismo” de su país, a “hacerlo grandioso otra vez”, a mantener su “posición natural como líder del mundo libre”, a fortalecer la supremacía de sus fuerzas armadas en todo el mundo, a “restablecer la ley y el orden”, así como a superar “la crisis que está atravesando la seguridad nacional estadounidense”(PPR, 2016: 3)

De ahí que, a pesar de la acritud de los tres debates que se produjeron entre la candidata presidencial del Partido Demócrata, Hillary Clinton, y el ahora presidente Donald Trump, los cambios que ambos se proponían introducir en las políticas hacia América Latina y el Caribe previamente desplegadas por el gobierno temporal de Barack Obama no estuvieron en el centro de la campaña electoral. Esto me indujo a pensar que ambos candidatos estaban decididos a mantener esos objetivos, así como a continuar la mayor parte de las estrategias elaboradas e implementadas por la poderosa maquinaria de la política exterior, de defensa y seguridad de los Estados Unidos durante los ocho años de esa administración.

Entre otras razones, porque casi todas esas estratagemas contaron con el mayoritario respaldo bipartidista en ambas cámaras del Congreso. Como veremos después, una de las pocas excepciones que confirman esa regla fueron el rechazo que encontraron en el Senado o en la Cámara de Representantes las diferentes enmiendas a las llamadas “leyes del embargo” contra Cuba que presentaron diversos senadores o representantes de ambos partidos políticos después del 17 de diciembre del 2014; incluido un proyecto de ley dirigido a restituirle el derecho de los ciudadanos estadounidenses a viajar y a gastar su dinero en la mayor de las Antillas sin que mediara ninguna licencia de la Oficina de la Control de Activos del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos (OFAC, por su sigla en inglés).

Por consiguiente, los dos únicos problemas vinculados directamente a las políticas hacia el Hemisferio Occidental que se abordaron en los diferentes discursos del entonces candidato republicano fueron los relacionados con los negativos efectos que, según sus reiteradas opiniones xenófobas, racistas y “proteccionistas”, estaban produciendo en la sociedad, en la cultura y en la economía estadounidense (en especial, en la industria manufacturera y en los niveles de empleo de los trabajadores blancos con bajos niveles educacionales) algunas de las políticas migratorias (como su supuesta tolerancia frente a los inmigrantes ilegales) y comerciales (orientadas a la extensión del “libre comercio”) previamente desplegadas por la administración de Barack Obama. Y, dentro de estas últimas, la aprobación del TPP (negociado, entre otros, por los gobiernos de Estados Unidos, Canadá, Chile, México y Perú) y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que, desde 1994, había sido respaldado por todas las administraciones demócratas y republicanas.

Tal vez por ello, en la reaccionaria PPR, se acentuó la importancia de darle continuidad, con escasos cambios, a todas la estrategias en los campos comercial, energético, de la defensa y la

seguridad que durante la administración de Barack Obama se habían venido desplegando en consuno con los grupos de poder, los poderes fácticos y los sucesivos gobiernos temporales de Canadá y México, respectivamente encabezados por sus primeros Ministros Stephen Harper y Justin Trudeau, así como por los presidentes Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto. A pesar de los degradantes ataques verbales contra los mexicanos emprendidos por Donald Trump, de sus reiteradas exigencias de renegociar el TLCAN como condición necesaria para permanecer en el mismo, así como de su amenaza de que, si ganaba las elecciones, el gobierno mexicano tendría que financiar el muro que desde más de 20 años se viene construyendo en la extensa frontera terrestre entre ambos países, en la antes mencionada PPR se indicó:

Nuestra atención a los temas del comercio y del medioambiente contribuirá a un fuerte crecimiento económico y a la prosperidad de las Américas. Agradecemos a nuestros vecinos en México y Canadá que hayan sido nuestros socios en la lucha contra el terrorismo y en la guerra contra las drogas. El pueblo mexicano merece nuestra asistencia por su brava resistencia a los carteles de las drogas que trafican con la muerte a ambos lados de nuestras fronteras. Su rica herencia cultural y religiosa, presente en millones de nuestros ciudadanos, deberá contribuir a un mayor entendimiento y cooperación entre nuestros países. Nuestros vecinos canadienses pueden contar con nuestra cooperación y respeto. Para avanzar en la independencia energética de América del Norte, intentaremos revertir el bloqueo de la actual administración al oleoducto Keystone XL. Además de su valor económico, ese proyecto ha devenido un símbolo de la contradicción entre el deseo público al desarrollo económico y la hostilidad gubernamental al crecimiento. Nosotros estamos con el pueblo (PPR, 2016: 50).

Por otra parte, con el lenguaje antediluviano empleado en muchas de sus páginas, en esa plataforma se indicó: “Un presidente republicano nunca abrazará a un dictador marxista, ni en Venezuela, ni en ninguna parte del mundo. El actual presidente del poder ejecutivo ha permitido que ese país se haya convertido en un estado narco-terrorista y que una avanzada iraní amanece a América Central, así como que Venezuela sea un cielo seguro para los agentes de Hezbollah”. Y añadió: “Hoy con su país arruinado por el socialismo y en la senda del caos, el pueblo venezolano está luchando por restaurar su democracia y recuperar sus derechos. Cuando triunfen, como seguramente ocurrirá, los Estados Unidos estarán listos para ayudarlos a retornar a la familia de las Américas” (Ibídem).

Sin dudas, tales sintagmas expresaron el tajante rechazo de los redactores de esa plataforma (algunos de los cuales ocuparán prominentes posiciones en la administración de Donald Trump) a las conversaciones de alto nivel entre los actuales gobiernos de los Estados Unidos y de Venezuela que comenzaron a desarrollarse durante y después de la VII Cumbre de las Américas efectuada en Panamá en abril del 2015; pero, como se indicó en el primer acápite de este escrito, el contenido de esos enunciados de la PPR se corresponden con las multifacéticas acciones contra la Revolución Bolivariana desplegadas por las dos administraciones de Barack Obama. Y, en

particular, con los agresivos planes (las llamadas Venezuela Freedom 1 y 2 Operations) que, desde los primeros meses del 2015, ha venido organizando el Comando Sur de las Fuerzas Armadas estadounidenses (SOUTHCOM) después que el antes mencionado presidente estadounidense diera a conocer su Orden Ejecutiva de marzo de 2015 en la que calificó al actual gobierno venezolano como “una amenaza inusual y extraordinaria para la política exterior y la seguridad nacional estadounidense” (Weisbrot, 2015).

En esa misa tónica y en correspondencia con las estrategias hacia Colombia desplegadas por la maquinaria de la política exterior, de defensa y la seguridad de los Estados Unidos, así como rechazando de manera implícita el respaldo que la administración de Barack Obama le había ofrecido a los acuerdos de paz que en julio de 2016 todavía se estaban negociando en La Habana entre los representantes de la Comandancia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y del gobierno de ese país, la antes mencionada PPR señaló: “Reafirmamos nuestra amistad y admiración por el pueblo colombiano y llamamos a los congresistas republicanos a expresar su solidaridad con sus largas décadas de lucha contra las terroristas FARC. Los sacrificios y sufrimientos del pueblo colombiano no deben ser traicionados por el ascenso al poder de los asesinos y señores de las drogas” (PPR, 2016: 50).

Llama la atención que ese último enunciado formó parte de los pretextos empleados por el reaccionario ex presidente y ahora senador colombiano y líder del mal llamado Centro Democrático, Álvaro Uribe (estrechamente vinculado a algunos de los congresistas cubano-estadounidenses que apoyaron la candidatura de Donald Trump, cual es el caso del representante Mario Díaz Balart), para movilizar votos contra los acuerdos de paz firmados en La Habana en el desfavorable plebiscito para tratar de “blindarlos” que se efectuó en Colombia el 2 de octubre de 2016. Posteriormente, durante la ratificación de la segunda versión de esos acuerdos aprobada por el Senado y por la Cámara de Representantes colombiana en diciembre de ese año, los parlamentarios del Centro Democrático también se opusieron a la segunda versión de esos acuerdos firmada en Bogotá a fines de noviembre entre el Jefe de las FARC, Rodrigo Londoño (alias Timochenko) y el presidente colombiano, Juan Manuel Santos. Como han reconocido ambas partes, la firma de tales acuerdos fue posible gracias, entre otras cosas, a las múltiples facilidades ofrecidas, desde fines de 2012, por el gobierno cubano presidido por Raúl Castro.

Pero antes de que finalmente se protocolizaran esos acuerdos entre las FARC y el gobierno colombiano, Donald Trump, como es su costumbre, comenzó a modificar las declaraciones anuentes y moderadamente críticas que previamente había realizado acerca de las políticas hacia Cuba desarrolladas por la administración de Barack Obama después del 17 Diciembre del 2014. En efecto, buscando captar el apoyo de los electores opuestos a las órdenes ejecutivas y a la Directiva Presidencial de Barack Obama del 14 de octubre de 2016, el entonces candidato presidencial republicano comenzó a resaltar sus desacuerdos con esas políticas y, en la misma medida que los

fue acentuando, fue asumiendo el lenguaje ultraconservador en el que está redactada la PPR. Al respecto, en esta se indicó:

Queremos darle la bienvenida al pueblo de Cuba en nuestra familia hemisférica, después que sus corruptos gobernantes sean sacados del poder y rindan cuentas por sus crímenes contra la humanidad. Estamos con las Damas de Blanco y con todas las víctimas del asqueroso régimen que está aferrado al poder en La Habana. Nosotros decimos claramente: ellas han sido traicionadas por aquellos que actualmente controlan la política exterior estadounidense. La “apertura hacia Cuba” de la actual administración fue un vergonzoso acomodo a las demandas de los tiranos. Solo fortalecerán a esa dictadura militar. Llamamos al Congreso a defender las leyes estadounidenses que plantean las condiciones para eliminar las sanciones contra la isla: la legalización de los partidos políticos, prensa independiente y elecciones libres con supervisión internacional. Reclamamos una plataforma [aérea] para las transmisiones de Radio y TV Martí y la promoción de acceso a Internet como herramienta tecnológica para fortalecer el movimiento pro-democracia en Cuba. Nosotros apoyamos el trabajo de la Comisión para la Asistencia a una Cuba Libre [institucionalizada por la administración de George W. Bush y disuelta por la de Barack Obama] y afirmamos los principios de la Ley de Ajuste Cubano de 1966, reconociendo el derecho de los cubanos a escaparse del comunismo” (PPR, 2016: 50).

Es imprescindible resaltar que ese ofensivo y rancio lenguaje fue el empleado por Donald Trump en el *twitter* que difundió inmediatamente después que, en la noche del 25 de noviembre de 2016, conoció la noticia de la desaparición física del líder histórico de la Revolución Cubana, Fidel Castro. El irrespetuoso contenido de ese mensaje llevó al historiador cubano, Elier Ramírez Cañedo, a preguntarse si, al menos en lo correspondiente a Cuba, el próximo mandatario republicano había decidido sustituir las herramientas del “poder inteligente” (*smartpower*) empleadas por Barack Obama, por las del “poder estúpido” (*stupidpower*) previamente empleadas por otros mandatarios demócratas y republicanos estadounidenses. Acto seguido agregó:

Si Obama se propuso con inteligencia captar simpatías en el pueblo cubano, ya Trump se ganó para siempre la animadversión de la gran mayoría del pueblo cubano con sus declaraciones sobre Fidel. Trump debió estar mejor asesorado y haber sabido que este pueblo es profundamente fidelista y que meterse con Fidel es como meterse con quien es considerado el padre de millones de cubanos, una de las raíces más sensibles de nuestra espiritualidad, del orgullo y la dignidad que significa ser cubano. El pueblo de Cuba no olvida jamás esas ofensas, sobre todo si vienen en horas de dolor y tristeza. Ojalá el recién electo presidente de los Estados Unidos rectificara su conducta, pero de cualquier manera ya ha sembrado un precedente nefasto (Ramírez, 2016).

El escenario más probable de las políticas hacia América Latina que desplegará la administración de Donald Trump.

Cualesquiera que sean las consideraciones que merezcan esas y otras opiniones expresadas por el autor de esa cita, todo lo dicho en el acápite anterior dejan planteadas varias interrogantes que trascienden con mucho, aunque incluyen, las políticas hacia Cuba que emprenderá el actual gobierno temporal estadounidense. En lo que tiene que ver con los contenidos de este escrito, ¿abandonará esa administración todas o solo algunas de las ingeniosas combinaciones entre las herramientas de los llamados *hard* y *softpowers* (*smartpower*) empleadas por la administración de Barack Obama con vistas a cumplir todos los objetivos estratégicos, generales o específicos planteados o no en el primer acápite de este ensayo? ¿Esas herramientas serán sustituidas por las propias del que Elier Ramírez denomina *stupidpower*?

En mi opinión esas preguntas no tienen una respuesta general. Por consiguiente, considero que para realizar anticipaciones acerca las estrategias y las herramientas que empleará en sus interrelaciones con América Latina y el Caribe la administración de Donald Trump resulta imprescindible realizar un análisis *caso a caso* que, además de los antecedentes ideológicos, políticos o militares de los altos funcionarios que ya ha nombrado o que nombrará en las próximas semanas, tome en cuenta las percepciones que tienen los diferentes grupos de poder y los poderes fácticos de ese país (incluida su poderosa maquinaria burocrático-militar) sobre los resultados favorables o desfavorables para su poder y sus intereses, así como para la seguridad imperial de los Estados Unidos que tuvieron las estrategias hacia el hemisferio occidental emprendidas por la administración precedente.

Ya indiqué que en este escrito no tengo espacio para presentar mis consideraciones sobre sus desiguales resultados. Sin embargo, para cumplir los propósitos que plantee en su introducción, creo imprescindible señalar que, en mi apreciación, el actual gobierno temporal mantendrá la mayor parte de las estratagemas desplegadas y las herramientas utilizadas por la maquinaria de la política exterior, económica, ideológica, de defensa y seguridad de los Estados Unidos durante el gobierno temporal de Barack Obama para garantizar la subordinación de los actuales gobiernos de Canadá y de México a las necesidades geopolíticas y geoeconómicas de los Estados Unidos; incluidas las definidas en la otrora llamada Alianza para la Prosperidad y la Seguridad de América del Norte (ASPAN) impulsada por la administración de George W. Bush, en consuno con el gobierno neoconservador del Primer Ministro canadiense Stephen Harper (2006-2015) y del derechista presidente mexicano Felipe Calderón (2006-2012).

Aunque en los años posteriores se presentaron ciertas contradicciones entre Harper, Obama y el actual presidente mexicano, Enrique Peña Nieto, en la más reciente Cumbre de América del Norte efectuada en Ottawa en junio de 2016, esos dos últimos mandatarios, junto al entonces recién electo primer ministro liberal canadiense, Justin Trudeau, adoptaron diferentes acuerdos para continuar profundizando “la integración de América del Norte” (Vascós, 2016). Como ya se indicó, la continuación de esa integración con normas ambientales menos exigentes que las actualmente vigentes, estuvo incluida en la PPR.

Por consiguiente, con independencia de si finalmente se acelera la costosa y ecológicamente dañina ampliación del muro que existe en la frontera terrestre entre Estados Unidos y México, así como del desenlace de la complicada renegociación del TLCAN que seguramente se desarrollará con los actuales gobierno de Canadá y de México exigida por Donald Trump inmediatamente después de inaugurar su presidencia, no se abandonará el propósito de profundizar la integración de América del Norte largamente perseguido por los representantes políticos, militares e ideológico culturales de diferentes sectores de las clases dominantes estadounidenses; incluidos los dueños y gerentes de las principales corporaciones transnacionales (entre ellas, las dedicadas a la producción de automóviles que se “exportan” al mercado estadounidense) que ya tienen incluidos sus enclaves en México entre los eslabones de sus correspondientes “cadenas globales de valor” y como una de las principales fuentes de sus extraordinarias ganancias monopólicas. Por consiguiente, las medidas proteccionistas del mercado estadounidense reiteradas por Donald Trump en su discurso inaugural del 20 de enero de 2017 casi seguramente serán mediatizadas por los poderosos dueños y ejecutivos, así como por los representantes políticos (ya sean demócratas o republicanos) de esas corporaciones transnacionales que actúan en diferentes instancias del aparato estatal y de ambas cámaras del congreso estadounidense.

Algo parecido puede decirse de las estrategias desplegadas por Barack Obama para fortalecer su multifacética dominación sobre todos los Estados-nacionales ubicados en el istmo centroamericano, al igual que en el Caribe insular y continental. Entre ellas, todas las acciones desplegadas durante su administración por el Departamento de Estado, por el NORTHCOM y por el Departamento de Seguridad Interna (HSD, por sus siglas en inglés) dirigidas a “bajar” la frontera de seguridad imperial de los Estados Unidos hasta el norte de Guatemala y de Belice. Igualmente, las acciones emprendidas por esas y otras estructuras del poder ejecutivo y del SOUTHCOM para contener y tratar de derrotar las “amenazas no tradicionales a su seguridad nacional” en los correspondientes territorios y en las aguas jurisdiccionales de los Estados del Triángulo Norte de Centroamérica, al igual que de Costa Rica, Panamá, de República Dominicana y de los 14 Estados integrantes de la Comunidad del Caribe (CARICOM).

Lo antes dicho –junto a los persistentes afanes del SOUTHCOM, de la IV Flota de la Marina de Guerra y de los guardacostas estadounidenses de controlar los espacios marítimos y las rutas aéreas del Mar Caribe y del Golfo de México— seguirá teniendo múltiples implicaciones negativas para los actuales gobiernos de Costa Rica, El Salvador y Nicaragua, encabezados por Guillermo Solís, Salvador Sánchez Cerén y Daniel Ortega, respectivamente; ya que en esos tres países, además de continuar las estrategias indicadas en el párrafo anterior, la administración de Donald Trump y las fuerzas más conservadores de los partidos demócrata y republicano –el Instituto Nacional Demócrata para Asuntos Internacionales (NDI, por su acrónimo en inglés), y Instituto Internacional Republicano (IRI)— ampliarán el apoyo que directamente o a través de la bipartidista Fundación Nacional para la Democracia (NED, por sus siglas en inglés) ya le han venido

ofreciendo a las fuerzas sociales y políticas de la derecha costarricense, salvadoreña y nicaragüense.

Por tanto, es de esperar que la administración de Donald Trump fortalezca los condicionamientos que ya se le han venido imponiendo al gobierno salvadoreño para recibir los fondos que le corresponden de los 750 millones de dólares aprobados en el presupuesto del 2016-2017 por el Congreso de los Estados Unidos para apoyar el Plan para la Prosperidad del Triángulo Norte de Centroamérica (asesorado y monitoreado por el BID), así como de los más de 300 millones de dólares dirigidos a fortalecer en el propio año fiscal la implementación de la Iniciativa para la Seguridad de América Central (CARSI, por sus siglas en inglés) impulsada desde el 2010 por el gobierno temporal de Barack Obama.

Sin hacer ninguna referencia al gobierno salvadoreño, la continuidad del apoyo de la actual administración estadounidense al antes mencionado Plan para la Prosperidad del Triángulo Norte y a la CARSI fue aceptada por el ex gerente general de la poderosa empresa petrolera EXXON-Mobil Oil y ahora secretario de Estado, Rex Tillerson, en las respuestas escritas que ofreció, previo a su ratificación por el Senado, a las preguntas que le realizaron acerca de diversos temas vinculados a las relaciones de Estados Unidos con diferentes gobiernos del hemisferio occidental (Tillerson, 2017).

Por consiguiente, también es de esperar que la recién inaugurada administración de Donald Trump le entregue al actual gobierno de Costa Rica los 30 millones de dólares en ayuda militar que en agosto del 2016 Obama le ofreció a su homólogo costarricense a cambio de su “cooperación” para contener las migraciones incontroladas y el tráfico de drogas y otros delitos conexos que se siguen produciendo en Centroamérica, así como para continuar edificando las instalaciones del cada vez más militarizado Servicio Nacional de Guardacostas costarricense que el SOUTHCOM está equipando con vistas a habilitar nuevas facilidades para el desplazamiento de sus fuerzas navales en las costas de ese país del Océano Pacífico y del Mar Caribe.

Asimismo, el nuevo mandatario estadounidense refrendará, tan pronto la apruebe el Congreso (controlado por el Partido Republicano), la llamada *Nicaragua Act* que se presentó en ambas cámaras en los meses previos y posteriores a la reelección de Daniel Ortega. Para los senadores y representantes promotores de las sanciones incluidas en esa Ley, los comicios presidenciales que se realizaron en noviembre de 2016 en Nicaragua (en los que resultó reelecto por más del 70% de los votantes su presidente Daniel Ortega) fueron fraudulentos. Entre otras razones, porque no fueron supervisados por la OEA. Para tratar de evitar esas sanciones, el gobierno nicaragüense aceptó que ese organismo supervise las próximas elecciones municipales que se efectuarán en el presente año.

Por otra parte, a pesar del rechazo de la actual administración republicana al TPP, se mantendrá su apoyo a todos los acuerdos en el campo político, económico, comercial, militar y vinculados a la

“seguridad hemisférica” previamente firmados por el gobierno de Barack Obama con sus contrapartes de Colombia, Perú y Chile; incluido su multimillonario apoyo al denominado Colombia Peace Plan impulsado por esa administración demócrata (con el respaldo del Congreso y del Pentágono) para “ayudar” al actual y al gobierno colombiano que resulte electo en el 2018 a “ganar la paz”, tanto como los ayudaron a “ganar la guerra” diferentes administraciones demócratas y republicanas estadounidenses (Isacson, 2016). La identificación de Colombia como “uno de los más cercanos aliados en el hemisferio” y como “un importante socio comercial” fue ratificada por el actual secretario de Estado previo a su ratificación por el Senado estadounidense. A ello agregó que revisará “los detalles del reciente acuerdo de Paz” firmado por las FARC y el gobierno colombiano para determinar “hasta qué punto los Estados Unidos deben continuar apoyándolo” (Tillerson, 2017).

En cualquier caso, la administración de Donald Trump continuará las diversas acciones públicas, discretas, encubiertas o secretas que había venido desplegando el gobierno temporal de Barack Obama con vistas a debilitar a la Revolución Ciudadana y a favorecer la victoria de las fuerzas de la derecha y de la centro-derecha ecuatoriana en los comicios presidenciales y parlamentarios que se efectuarán en febrero del 2017. Por tanto, cualesquiera que sean los resultados de esos comicios, se fortalecerán las relaciones de los partidos Demócrata y Republicano y de otras instituciones integrantes o vinculadas con la NED (como el Centro Internacional para la Empresa Privada, y el Centro Estadounidense para la Solidaridad Sindical Internacional, CIPE y ACILS, por sus correspondientes siglas en inglés) con todos los sectores de la derecha ecuatoriana, al igual que con la políticamente fortalecida derecha chilena.

Contando con ese apoyo y con los resultados favorables a sus candidatos en las elecciones municipales que se efectuaron en el 2016, los partidos que la integran redoblarán sus esfuerzos para derrotar al candidato presidencial que presentará la heterogénea coalición ahora denominada Concertación por la Democracia-Nueva Mayoría (en la que participa el Partido Comunista Chileno) en los comicios presidenciales que se efectuarán a fines del presente año. Ese empeño se verá favorecido por las grandes debilidades que ya exhibe el gobierno de esa coalición política, presidido por Michelle Bachelet.

Asimismo, el gobierno temporal de Donald Trump fortalecerá el ostensible respaldo político que le ha venido dando su antecesor demócrata a los gobiernos derechistas y “neoliberales” actualmente instalados en Argentina, Brasil y Paraguay. Y, al igual que ya venía haciendo la administración de Barack Obama, continuará sus acciones dirigidas a debilitar y si le fuera posible derrocar al gobierno boliviano presidido por Evo Morales, artífice de la Revolución Democrática y Cultural que se ha venido desarrollando en ese país desde el 2006. También a debilitar aún más a los sectores “populistas radicales” y “anti estadounidenses” que todavía conservan ciertas influencias en la elaboración de las ambivalentes políticas internas y externas que ha venido desarrollando el gobierno uruguayo presidido por Tabaré Vázquez. Tales acciones se complementarán con un

mayor respaldo por parte de los partidos Demócrata y Republicano a los partidos Blanco y Colorado con vistas a lograr la derrota del candidato que presente el Frente Amplio-Encuentro Progresista en las elecciones presidenciales del 2018. Asimismo, al que seleccione la derecha brasileña para competir con el candidato que finalmente presente la debilitada izquierda de ese país (y, en particular el Partido de los Trabajadores liderado por Luiz Inácio Lula Da Silva) en los comicios de igual carácter que se efectuarán en el mismo año.

Como ya venía ocurriendo durante el último año de la administración de Barack Obama, en lo inmediato todas esas acciones tendrán por objetivos la profundización de la crisis que está sufriendo el MERCOSUR y, por carácter transitivo, el debilitamiento de la UNASUR y de la CELAC, así como de la influencia que han tenido y tienen en el funcionamiento de esa última organización de concertación política los gobiernos de los Estados suramericanos y caribeños integrantes del ALBA-TCP. Por consiguiente, la administración de Donald Trump redoblará las acciones que ya venía desplegando diversas instancias de la antes mencionada administración demócrata (con el apoyo del Congreso) para lograr “el cerco y la asfixia”, así como “la implosión” de Venezuela previstas en la diferentes fases de las Venezuela Freedom 1 y2 Operations que, como se indicó, desde hace dos años ha venido organizando el SOUTHCOM al amparo de la Orden Ejecutiva de Barack de Obama del 2015, ratificada en marzo de 2016 y en enero del 2017, con el pretexto de darle tiempo a la administración de Trump a que elaboré sus propias directivas al respecto.

La continuidad de esas acciones contrarrevolucionarias fue ratificada por el actual Secretario de Estados en sus diversas respuestas a las preguntas que le formularon antes de su ratificación por el Senado. En esa ocasión Tillerson confirmó que él buscará “una estrecha colaboración” con “los amigos de los Estados Unidos en el hemisferio, en particular con los gobiernos de Brasil y Colombia, al igual que con la OEA para lograr “una transición negociada a la democracia en Venezuela”. Y agregó que, en su consideración, la administración de Donald Trump deberá continuar denunciando las prácticas anti-democráticas del gobierno de Nicolás Maduro”. Asimismo, que apoyará los esfuerzos del Secretario General de la OEA, Luis Almagro, de invocar la Carta Democrática Interamericana “para promover la normalización de la situación en Venezuela y restaurar sus instituciones democráticas” (Tillerson, 2017)

En mi consideración, con tales fines la actual administración discontinuará los canales de diálogo entre altos funcionarios del Departamento de Estado y del actual gobierno venezolano que, como ya se indicó, se habían habilitado desde la única reunión que sostuvieron los presidentes Barack Obama y Nicolás Maduro durante la VII Cumbre de las Américas efectuada en Panamá en abril del 2015. De manera convergente, la actual administración republicana estimulará a las fuerzas más reaccionarias de la mal llamada Mesa de Unidad Democrática (MUD) a abandonar definitivamente las complicadas negociaciones que bajo los auspicios de la UNASUR y del Vaticano se venían desplegando desde el 2016 con el quela PPR denominó “dictador marxista” que ha permitido que

Venezuela “se haya convertido en un estado narco-terrorista”, en “una avanzada iraní en América Central” y en “un cielo seguro para los agentes de Hezbollah” (PPR, 2016: 50).

Hay que resaltar que esos últimos elementos habían sido incluidos entre los “complejos desafíos no tradicionales a la seguridad nacional estadounidense” listados por el actual Jefe del SOUTHCOM, almirante Kurt Tidd, en la intervención que realizó el 10 de marzo del 2016 ante el Comité de Servicios Armados del Senado estadounidense. Entre esos desafíos incluyó la existencia “de redes criminales transnacionales bien organizadas, bien financiadas, bien armadas y tecnológicamente avanzadas”; las migraciones de “extranjeros de interés especial” entre los que pudieran incluirse “luchadores terroristas extranjeros” vinculados al Estado Islámico e interesados en emprender actos terroristas en los Estados Unidos o en sus “naciones aliadas”. Igualmente, “las intenciones del actual gobierno iraní de incrementar sus vínculos económicos, científicos y culturales con América Latina; la existencia de una extensa red de militantes y simpatizantes de la organización libanesa Hezbollah, algunos de los cuales están involucrados en el lavado de dinero y en otras actividades ilícitas”, así como en el mantenimiento de “una infraestructura capacitada para emprender o apoyar actos terroristas” (Tidd, 2016).

En esa ocasión Tidd también expresó su preocupación por los vínculos económicos, políticos y militares de Rusia con varios gobiernos latinoamericanos, así como por las diversas acciones en el terreno económico, político y cultural que —“violando las reglas establecidas”— ha venido desarrollando el gobierno de la República Popular China en diversos países latinoamericanos y caribeños. De modo que esos enunciados seguramente encontrarán continuidad en las que algunos analistas estadounidenses han calificado como equivocadas y “escasamente realistas” políticas hacia esa potencia asiática ya emprendidas por Donald Trump; incluida sus amenazas de imponer altos aranceles a las importaciones de diversos productos chinos (incluidos los fabricados por empresas estadounidenses) que se comercializan en el mercado estadounidense y su decisión de abandonar la política seguida desde hace varias décadas por diferentes administraciones estadounidenses en sus interrelaciones oficiales con sucesivos gobierno de Taiwán (Walt, 2017).

Cualquiera que sea el futuro de las relaciones con el gobierno de la República China que desplegará el gobierno temporal de Donald Trump y acorde con los conceptos expresados por el actual jefe del SOUTHCOM, la maquinaria de la política exterior, de defensa y seguridad de los Estados Unidos continuará respaldando financiera y militarmente todas las acciones previstas en la Iniciativa para la Seguridad de la Cuenca del Caribe (CBSI, por su sigla en inglés) previamente impulsada por la administración de Barack Obama. Al par, los partidos Demócrata y Republicano y las otras instituciones integrantes de la NED redoblarán sus acciones dirigidas a apoyar a las fuerzas de la derecha que actúan en todos los Estados del Caribe insular y continental integrantes del ALBA-TCP, al igual que en los Estados de la CARICOM y del Sistema de Integración Centroamericano (SICA) signatarios de los acuerdos de PETROCARIBE. Entre ellos, a Haití. Para solucionar los graves problemas económicos, sociales, políticos y de seguridad que afectan a ese

empobrecido país, el Secretario de Estado, Rex Tillerson, adelantó que durante su gestión tratará de movilizar apoyo internacional para “compartir la carga” de “la asistencia” que, de manera políticamente condicionada, le venía ofreciendo la administración de Barack Obama a los gobiernos de ese país después del terremoto del 2010 y de otros “desastres naturales” posteriores (Tillerson, 2017).

Con esas y otras acciones –como el condicionamiento de los fondos que aprobó el Congreso estadounidense para el impulso de la Iniciativa para la Seguridad Energética de Centroamericana y el Caribe impulsada desde fines del 2014 por la administración de Barack Obama y en particular por su vicepresidente Joe Biden— se buscará debilitar la oposición que hasta ahora han expresado los gobiernos de los Estados integrantes de la CARICOM y del SICA a las propuestas de aplicarle a Venezuela las sanciones previstas en la Carta Democrática de la OEA impulsadas, como ya se indicó, por su actual Secretario General, Luis Almagro; comprometido con el Departamento de Estado a impulsar “la reforma” de la OEA coincidente con los objetivos de la ya mencionada Ley al respecto firmada a fines del 2013 por el presidente Barack Obama y con los propósitos político-militares de esa organización impulsados por el Pentágono. Asimismo, con algunas tareas de la ya mencionada Venezuela Freedom2 Operation que ha venido desplegando el SOUTHCOM. En estas continuarán desempeñando un importante papel las bases y otras facilidades militares que tiene instaladas las fuerzas armadas estadounidenses en Colombia y en Honduras, al igual que en Aruba y Curazao. Estas últimas mediante los acuerdos signados entre sucesivos gobiernos de Estados Unidos y de Holanda.

Sin dudas, en caso de que resulten exitosas las principales acciones hacia el sur del continente americano que –según mis anticipaciones— desplegará la actual administración republicana, en el futuro previsible se le creará un contexto hemisférico complicado al actual gobierno cubano, presidido por Raúl Castro, así como al nuevo presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de ese país que sea nombrado por los diputados a la Asamblea Nacional de Poder Popular previamente elegidos en los comicios que se realizarán en enero del 2018. Por consiguiente, el escenario más probable de las políticas hacia Cuba que desarrollará el presidente republicano Donald Trump será el abandono de los llamados que reiteradamente Obama le ha realizado al Congreso estadounidense a que levante “el embargo” contra Cuba.

Adicionalmente, se ralentizarán (sin abandonarlos totalmente) buena parte de los demás componentes de la “nueva política” hacia ese archipiélago definida por Barack Obama en su ya mencionada Directiva del 14 de octubre del 2016; particularmente aquellos vinculados a los multidimensionales intereses de la seguridad nacional de los Estados Unidos: el enfrentamiento conjunto a algunas pandemias que afectan o pudieran afectar a la población estadounidense; la lucha contra el terrorismo, el narcotráfico y otros delitos conexos; así como contra las migraciones incontroladas y el tráfico de personas. De ahí el sibilino apoyo que le ofreció Donald Trump a los acuerdos migratorios que, unos días antes del inicio de su mandato, se firmaron entre los

gobiernos de Cuba y los Estados Unidos con vistas a lograr “la migración segura y ordenada” hacia ese país de miles de cubanos que, aprovechando las excepcionalidades que les concedían las autoridades estadounidenses respecto a otros migrantes, estaban tratando de llegar a los Estados Unidos a través de su frontera terrestre con México.

Lo antes dicho no evitará que la actual administración republicana fortalezca las acciones dirigidas a “cambiar el régimen cubano” con la consiguiente complicación en la ejecución de algunos de los 20 acuerdos que finalmente se lograron concluir entre los funcionarios de alto nivel de la administración demócrata y del gobierno cubano antes del 19 de enero de 2017. Asimismo, el condicionamiento a cambios en la proyección externa del actual o del futuro gobierno cubano de cualquier negociación que se desarrolle con el de los Estados Unidos, al menos durante los dos años que abarcan estas anticipaciones. Por ende, en estas no imperarán el espíritu de reciprocidad y de respeto a la soberanía y la autodeterminación del pueblo cubano reiteradamente aceptadas, desde diciembre del 2014, por Barack Obama y por los Secretarios y funcionarios de diferentes departamentos y del Consejo Nacional de Seguridad estadounidense (en especial, Benjamin Rhodes) que han participado en las intensas y, por lo general, fructíferas negociaciones que desde esa fecha se han desarrollado con sus correspondientes contrapartes del gobierno cubano.

Además de los enunciados de la PPR y de los exabruptos de Trump en ocasión de la desaparición física de Fidel Castro ya mencionados, así parecen confirmarlo los planteamientos respecto a las futuras relaciones con Cuba previamente realizados por el “guerrero cultural” de la derecha alternativa y actual vicepresidente Mike Pence (el 14 de octubre de 2016 había indicado que si Trump y él ganaban las elecciones iban a derogar las órdenes ejecutivas de Obama con relación a Cuba) y la posterior incorporación a su “equipo de transición” y casi seguramente a diversos puestos claves de su administración de varios cubano-estadounidenses extremadamente críticos a “la nueva política” hacia Cuba desplegada por la administración de Barack Obama. A ello hay que agregar las declaraciones realizadas por el actual Secretario de Estado de gobierno de Donald Trump en la audiencia orientada a obtener el apoyo a su ratificación por parte del Comité de Relaciones Exteriores del Senado.

Ante los tendenciosos comentarios y las incisivas preguntas vinculadas a sus posiciones acerca del futuro de las relaciones oficiales con Cuba que le formularon, entre otros, el Senador Demócrata Bob Menéndez y el Senador Republicano Marcos Rubio (ambos radicalmente opuestos a las políticas hacia ese país desarrolladas por el ahora ex presidente Barack Obama), Tillerson afirmó, entre otras cosas que veremos en el próximo párrafo, que en caso de ser aprobado por el Senado como Secretario de Estado él “le recomendaría” al presidente Trump que vetara cualquier decisión del Congreso estadounidense orientada a eliminar “el embargo” contra Cuba.

Reiterando con sus propias palabras lo previamente planteado por el actual mandatario estadounidense y por su vicepresidente, así como por otros adversarios de la política de Obama hacia la mayor de las Antillas, Tillerson también indicó que, en su opinión, “nuestros recientes

compromisos con el gobierno de Cuba no han sido acompañados por ninguna concesión significativa de su parte en el campo de los derechos humanos. No hemos logrado que [ese gobierno] sea considerado responsable por sus conductas. Sus líderes recibieron mucho, mientras que su pueblo recibió poco. Eso no sirve ni a los intereses de los cubanos, ni de los estadounidenses” (Tillerson en Yepe, 2017).

Acto seguido señaló de manera reiterada que creía que el presidente Donald Trump había sido “bastante claro” en indicar que le iba a pedir a todas las agencias del gobierno estadounidense que realizaran una revisión completa de todas las órdenes ejecutivas del presidente Barack Obama; incluidas las vinculadas a las autorizaciones de las 12 categorías de viajes que los ciudadanos estadounidenses ya pueden realizar a Cuba sin autorización de la OFAC y las “diversas actividades de negocios” que se pueden realizar en ese país. A decir de Tillerson, esa revisión también incluirá “las razones que llevaron al Departamento de Estado y a diversas agencias del gobierno estadounidense a excluir a Cuba de la lista de Estados patrocinadores del terrorismo” (Tillerson en Yepe, 2017). Merece recordar que esa exclusión fue una de las condiciones imprescindibles para restablecer las relaciones diplomáticas de Cuba con los Estados Unidos que le planteó Raúl Castro a Obama en la primera reunión bilateral que sostuvieron en Panamá en abril del 2015.

Adicionalmente, creo conveniente resaltar que –según la información que he podido revisar—los asuntos vinculados al porvenir de las relaciones oficiales con Cuba fueron uno de los temas más escabrosos que tuvo que abordar Rex Tillerson durante sus respuestas a las preguntas que le realizaron diversos senadores demócratas y republicanos acerca de las políticas hacia América Latina y el Caribe que él impulsará desde el Departamento de Estado. Esto ratifica el criterio previamente expresado en este ensayo acerca de la existencia de un consenso bipartidista favorable a la mayoría de los objetivos generales y específicos, así como a buena parte de las principales estrategias empleadas por la administración de Barack Obama para tratar de “renovar y prolongar a lo largo del siglo XXI el liderazgo estadounidense en las Américas”.

Seguramente, como ha ocurrido en otras ocasiones históricas, las discrepancias que se presentarán en el futuro previsible tanto en el seno de los diversos órganos del poder ejecutivo, como del poder legislativo y de los cada vez más monopolizados medios privados de desinformación masiva estadounidenses estarán vinculadas a las diferentes percepciones existentes acerca de la eficacia de los conceptos e instrumentos empleados por la administración antes mencionada para garantizar la seguridad imperial de los Estados Unidos y, estrechamente vinculados a ella, los importantes intereses geopolíticos y geoeconómicos de sus clases y sus grupos dominante en el que la ex asesora para la Seguridad Nacional del ex presidente Barack Obama, Susan Rice, denominó “crucial hemisferio [occidental]” (Rice en Yepe, 2017).

A modo de conclusión

Todo lo antes dicho y otros elementos excluidos en beneficio de la síntesis me llevan a concluir que el escenario más probable de las políticas hacia América Latina y el Caribe (incluida Cuba) que desarrollará el recién inaugurado gobierno temporal estadounidense presidido por Donald Trump tendrá muchos componentes de continuidad con relación a las desplegadas por su antecesor demócrata. Pero la nueva administración republicana le dará un mayor despliegue a las herramientas del llamado *hardpower* (incluidas las negociaciones desde posiciones de fuerza, incluso con algunos de sus “socios” y “aliados”, cual es el caso del actual gobierno de México) que las que tuvieron en el gobierno temporal precedente.

Así parecen indicarlo los diversos multimillonarios (buena parte de ellos, con cuestionables comportamientos éticos y sin experiencias político-administrativas previas) y ex militares de alto rango que el actual mandatario ha seleccionado para conformar buena parte de su gabinete. No puedo caracterizarlos a todos. Mucho menos, porque en el momento de terminar esta escrito (28 de enero) algunos de ellos todavía no han sido ratificados por el Senado estadounidense. Sin embargo, me parece importante resaltar algunas características y comportamientos de los ya seleccionados para conducir la política exterior, de defensa y seguridad, al menos durante los dos años que abarcan mis anticipaciones.

Como ya se indicó, la Secretaría del Departamento Estado le fue encargada a un ex alto ejecutivo de la EXXOM-MobilOil Company, poderosa empresa petrolera que tuvo varios conflictos con los sucesivos gobiernos de la República Bolivariana de Venezuela. Entre ellos, los causados por sus exploraciones en la zona marítima que aún está en litigio entre ese país y la República Cooperativa de Guyana. Asimismo, la secretaria del Departamento de Defensa será ocupada por el general retirado James Mattis; quien –luego de su participación destacada en las sangrientas Guerras del Golfo (1991), de Afganistán (2001) y de Irak (a partir del 2003)— fue separado de las Fuerzas Armadas estadounidenses por oponerse a los cambios que había introducido la administración de Barack Obama en su proyección político-militar hacia el Medio Oriente y el Golfo Árabe-Pérsico.

Por otra parte, la Secretaría del HSD fue asumida por el ex jefe del SOUTHCOM (2011-2015), el almirante retirado John Kelly; quien, entre otras acciones desplegadas contra los pueblos y las naciones de Nuestra América, fue uno de los coordinadores de toda la ayuda militar que le ofreció Estados Unidos a las represivas fuerzas militares colombianas durante los últimos años de la primera y en los primeros de la segunda administración de Barack Obama. Asimismo, uno de los instigadores de la ya referida directiva de ese mandatario en la que calificó a Venezuela como una “amenaza inusual e extraordinaria para la política exterior y a la seguridad nacional de los Estados Unidos”, así como el organizador de la mencionada Venezuela Freedom 1 Operation iniciada en el 2015.

Adicionalmente, la jefatura de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) le fue encomendada al ex militar y ex integrante del Comité de Inteligencia del Congreso Mike Pompeo, miembro destacado del ultraconservador Tea Party y, por tanto, hostil al incumplido

propósito de Barack Obama de cerrar la prisión enclavada en la mal llamada Base Naval de Guantánamo y partidario de derogar los acuerdos establecidos entre los gobiernos de Estados Unidos e Irán, en el 2015. Como se recordará, estos contaron con el apoyo de los gobiernos de los demás Estados integrantes permanentes del anti-democrático Consejo de Seguridad de la ONU (Francia, Gran Bretaña, la República Popular China y Rusia), al igual que del actual gobierno de Alemania.

No obstante, como indiqué en la introducción de este ensayo, los escenarios reseñados en el tercer acápite de este escrito, al igual que al comienzo de estas conclusiones no son los únicos posibles. Por consiguiente, podrían configurarse otros escenarios alternos a partir de las acciones reactivas, pre-activas y proactivas que emprenderán los diversos actores sociales y políticos, estatales y no estatales, canadienses, estadounidenses, latinoamericanos y caribeños que han recibido con una enorme preocupación la elección de Donald Trump, así como rechazado sus posiciones racistas, xenofóbicas, misóginas, homofóbicas, reacias a cumplir los acuerdos adoptados en la Cumbre de París para contener el cambio climático, al igual que las primaras acciones vinculadas a su política externa que ese mandatario ha anunciado o emprendido antes o inmediatamente después de haber tomado posición el pasado 20 de enero.

Sin embargo, en mi consideración, todos esos actores sociales, políticos e intelectuales, estatales o no estatales, deben prepararse para enfrentar “los peores escenarios” mencionados o no en este escrito y, por tanto, para contrarrestar —mediante acciones proactivas y, en lo posible, concertadas— las redobladas amenazas que el antes mencionado gobierno temporal estadounidense les planteará a los pueblos, las naciones y a algunos de los gobiernos de Nuestra América. En ese contexto recobra nuevos significados lo planteado en 1891 por José Martí:

Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbado, según lo acaricie el capricho de la luz, o lo tunden y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes (Martí [1891] 1974: 22).

La Habana, 28 de enero de 2017

NOTAS

* Este artículo actualiza y en algunos aspectos amplía la ponencia que, con el título “El resultado de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos: implicaciones para América Latina y el Caribe”, presenté en el XV Taller Cuba en la Política Exterior de los Estados Unidos de América: “Tendencias y Perspectivas de las relaciones Cuba-Estados Unidos después de las elecciones de noviembre de 2016”, convocado por el Centro de Investigaciones de la Política Internacional (CIPI) de La Habana, Cuba, entre el 14 y el 16 de diciembre de ese año. La primera versión de este artículo fue publicada el 21 de enero del 2017 en la Revista Con Nuestra América, publicación electrónica de la Asociación

por la Unidad de Nuestra América de Costa Rica (AUNA-Costa Rica). Por consiguiente, en esta se han agregado algunas informaciones recibidas entre esa fecha y el 28 de enero del propio año.

** Licenciado en Ciencias Políticas, Doctor en Ciencias Sociológicas y Doctor en Ciencias. Escritor y ensayista integrante de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), así como Profesor Titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, al igual que de las cátedras Ernesto Che Guevara, Simón Bolívar y de Estudios sobre el Caribe “Norman Girvan” de la Universidad de La Habana. Actualmente integra los Grupos de Trabajo de Estudios sobre Estados Unidos y sobre el Caribe del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y el Consejo Consultivo de ex presidentes de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

1 En la literatura marxista, siempre se han diferenciado los términos Estado y Gobierno. Desde el reconocimiento del carácter socio-clasista de cualquier Estado, el primero alude a lo que se denomina “la maquinaria burocrática-militar” y los diferentes aparatos ideológico-culturales que de manera permanente garantizan la reproducción del sistema de dominación. Mientras que el Gobierno alude a los representantes políticos de las clases dominantes o de sectores de ellas que se alternan en la conducción de la política interna y externa de ese Estado. Curiosamente, la diferenciación entre los “gobiernos permanentes y temporales” fue retomada por los redactores del famoso documento Santa Fe I. Con los primeros se referían a los que en ese texto llamaban “grupos de poder y poderes fácticos”, mientras que los segundos aludían a los gobiernos surgidos de los diversos ciclos electorales u otros cambios no democráticos que se producen en diferentes países del mundo. De ahí la validez de emplear el término “gobierno temporal” para referirnos a las diferentes administraciones demócratas o republicanas que se han alternado en los Estados Unidos y a otros gobiernos del continente americano.

2 Esos y otros calificativos (algunos de ellos, más fuertes) han sido empleados por diferentes autores para caracterizar los comportamientos de Donald Trump, antes y después de su elección como presidente de los Estados Unidos.

3 Al respecto debe recordarse el nefasto papel que desempeñaron algunos jueces y tribunales estadounidenses en la defensa de los intereses de los llamado “fondos buitres” poseedores de títulos de la deuda argentina, así como en la denegación de las indemnizaciones reclamadas por Ecuador para compensar los desastres socio-ambientales provocados en algunas zonas y comunidades de ese país por la empresa petrolera Chevron.

4 Como ha demostrado el historiador estadounidense Max Paul Friedman en su obra *Repensando el antiamericanismo: la historia de un concepto excepcional en las relaciones internacionales estadounidenses* (Antonio Machado Libros, Madrid, 2015), ese mito siempre ha estado presente en la narrativa de diversos gobiernos y de los intelectuales orgánicos a las clases dominantes estadounidenses orientadas a estigmatizar a aquellos gobiernos de otros países que defienden sus propios intereses nacionales o que expresan disensos con algunas de las políticas internas o externas impulsadas por uno u otro gobierno estadounidense. Siguiendo esa tradición, ese antojadizo calificativo fue empleado públicamente por la ex secretaria de Estado Hillary Clinton, por el ex asesor del Consejo Nacional de Seguridad de la segunda administración de Barack Obama, Benjamin (Ben) Rhodes, e incluso, en algunas ocasiones, por el ese mandatario estadounidense para caracterizar a algunos de los gobiernos revolucionarios, reformadores e incluso reformistas instalados en América Latina y el Caribe.

BIBLIOGRAFÍA

Aportes 2014 La reforma de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Washington, *Aportes DPLF*, Número 19, Año 7, abril.

Baker, Dean 2017 “[Donald Trump and His Cabinet of Criminals](#)”, [Truthout](#), January 9.

Congress of the United States of America 2013: *Organization of American States Revitalization and Reform Act of 2013*.

Boron, Atilio 2012 *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, Editorial Luxemburg, Argentina.

Gortney, William 2016 *Statement of Admiral William E. Gortney, United States Navy Commander, United States Northern Command and North American Aerospace Defense Command before The Senate Armed Services Committee*, Washington, March 10.

Higuita, Oto 2016 "Plan Colombia: un balance a 15 años de su implementación", en, www.facebook.com/America.Latina.en.Movimiento, consultado el 25 de febrero.

Isacson, Adam 2016 "Peace Colombia": What's New About It?", WOLA, Estados Unidos, 15 de Febrero.

JID 2014 El sistema interamericano de Defensa, Secretaría Junta Interamericana de Defensa, Washington.

Kinosian, Sarah, John Lindsay-Poland y Lisa Haugaard 2015 "Estados Unidos no debería exportar el 'éxito' de la guerra de Colombia contra las drogas", en <http://es.insightcrime.org/analisis/estados-unidos-no-deberia-exportar-exito-guerra-colombia-contra-drogas>, consultado el 12 de julio 2015

Martí, José ([1891], 1974) "Nuestra América", en José Martí: *Nuestra América*, Casa de las Américas, La Habana.

Mojica, Francisco José 2000 "Determinismo y construcción del futuro", en López Segre, Francisco y Filmus, Daniel (coord.) *América Latina 2020: Escenarios, alternativas, estrategias*, FLACSO-Temas Grupo Editorial, Buenos Aires, 2000, pp. 111-125.

Obama, Barack 2008 *Renewing U.S. Leadership in the Americas*, Obama for America, Washington.

Obama, Barack 2016: Directiva Presidencial De Políticas–Normalización Estados Unidos-Cuba (Directiva Presidencial De Políticas/Ppd-43), The White House, Washington, October 14.

Panetta, Leon 2012 *La política de defensa para el Hemisferio Occidental*, Department of Defense United States of America, Washington.

PPR 2016: Plataforma del Partido Republicano, aprobada en la Convención de Cleveland, 19 julio.

Ramírez Cañedo, Elier 2016 "Donald Trump y Cuba: ¿Del smartpower al stupidpower?", en *Boletín Por Cuba* (Año 14 Número 96), La Habana, 6 de diciembre

Robinson, William 2006 "Trumpism, 21st Century Fascism, and the Dictatorship of the Transnational Capitalist Class" en <https://www.facebook.com/WilliamIRobinsonSociologist/>, 4 de diciembre.

Suárez Salazar, Luis 2003 *Madre América: Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Suárez Salazar, Luis 2006 *Un siglo de terror en América Latina*, Ocean Sur (un proyecto de OceanPress), Melbourne, Nueva York y La Habana.

Suárez Salazar, Luis 2010 *Obama: La máscara del poder inteligente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Suárez Salazar Luis [2014] 2016 “La política hacia América Latina y el Caribe bajo la Presidencia de Barack Obama: una mirada desde la perspectiva crítica” en Darío Salinas (coordinador) *América Latina: nuevas relaciones hemisféricas e integración*, Universidad Iberoamericana A.C, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, México

Suárez Salazar, Luis 2016 “Las políticas de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe: una mirada después de restablecimiento de sus relaciones diplomáticas con Cuba”, ponencia presentada en el evento académico internacional “América Latina en disputa: Estado, gobierno y sociedades en el nuevo milenio”, realizado en Bogotá, Colombia, entre el 2 y el 4 de noviembre de 2016 con el auspicio de la Maestría de Estudios Políticos latinoamericanos y del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Colombia, así como de la Sociedad Latinoamericana de Economía y Pensamiento crítico (SEPLA).

Tickner, Arelene 2014 *Colombia, the United States, and Security Cooperation by Proxy*, Washington Office on Latin America, marzo.

Tidd, Kurt 2016 *Posture Statement of Admiral Kurt W. Tidd Commander, United States Southern Command before the Senate Armed Services Committee*, Washington, March 10.

Tillerson, Rex 2017 “Secretary-of-State-designate Rex Tillerson’s confirmation answer on Latin America policy”, en <http://latinamericagoesglobal.org/2017/01/secretary-state-designate-rex-tillersons-comments-latin-america-policy-confirmation-hearing/>

Torres, Alejandro 2016: “La Junta Fiscal”, powerpoint enviado al autor de este escrito el 11 de julio de ese año.

Vascós, Fidel 2016 “La Cumbre de América del Norte en Ottawa”, ponencia presentada en la XIII Conferencia de Estudios Americanos “Realidades y perspectivas de los procesos progresistas y de Izquierda en Nuestra América”, convocada por el Centro de Investigaciones de Política Internacional, La Habana, 19 al 21 de octubre.

Walt, Stephen 2017 “[Trump Doesn't Know What He Doesn't Know About Foreign Policy](http://foreignpolicy.com/2017/01/08/trump-doesnt-know-what-he-doesnt-know-about-foreign-policy/)”, en <http://foreignpolicy.com/2017/01/08/trump-doesnt-know-what-he-doesnt-know-about-foreign-policy/>

Weisbrot Mark 2015 “Obama face another disastrous Summit due to sanctions against Venezuela”, en *The Hill*, April, 9.

[Ir arriba](#)



Trump y Cuba: Desafíos y Oportunidades

Elier Ramírez Cañedo

La política que definitivamente adoptará el nuevo inquilino de la Casa Blanca con relación a la Mayor de las Antillas, aún está marcada por la incertidumbre. Las erráticas señales que ha emitido el nuevo mandatario estadounidense generan aun más confusión. Primero fueron los intentos de explorar el mercado cubano como hombre de negocios, algo que sus adversarios políticos usaron contra él durante la campaña electoral; luego, como candidato del partido republicano señaló que no estaba en desacuerdo con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países, pero que lograría un "mejor acuerdo" que Obama; y finalmente, en la recta final de su campaña presidencial expresó que revertiría las medidas ejecutivas adoptadas por el presidente Obama hacia Cuba. Ya como presidente electo, realizó declaraciones ofensivas y muy desatinadas al producirse la partida física del líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro. "Si Cuba no está dispuesta a hacer un mejor acuerdo para el pueblo cubano, para el pueblo cubanoamericano y para Estados Unidos como un todo, cesaré el trato", escribió poco después en *Twitter*.

Las más recientes menciones a Cuba de algunos funcionarios de la administración Trump se han referido a que la política de Washington hacia La Habana, se encuentra en una fase de revisión completa bajo el enfoque de los derechos humanos y que el presidente de los Estados Unidos considera que su país ha regalado mucho a la Isla cuando ésta no ha hecho aún ninguna concesión. Por si fuera poco, luego de una cena con Marco Rubio, Trump llegó a decir que compartía con el senador "ideas muy similares sobre Cuba".

El todavía hoy indefinido curso de acción que adoptará la administración Trump en su política hacia Cuba, al menos nos permite hacer una lectura positiva: aun permanece abierta la posibilidad de que no sea plenamente reversible el proceso bilateral iniciado el 17 de diciembre de 2014¹, aunque por supuesto la nueva administración, llegado el momento, hará sus aportes a la política hacia Cuba. Pero hasta ahora, podemos decir que, la actual política del gobierno de los Estados Unidos hacia Cuba, continúa siendo la que se diseñó e implementó durante la administración Obama. Lo que hemos visto en los primeros meses de mandato de Trump es una especie de congelamiento junto a los ya mencionados pronunciamientos retóricos. Es decir, no ha habido nuevos avances, pero tampoco retrocesos.

Más allá del discurso prepotente, que desde posiciones de fuerza pretende fijar condicionamientos a Cuba, y de un gabinete compuesto mayormente por ultra conservadores -elementos que pudieran augurar un cambio de enfoque-, la administración Trump ha continuado cumpliendo los acuerdos bilaterales firmados en época de Obama, incluyendo los nuevos acuerdos migratorios, lo que ha implicado la devolución a la Isla de los cubanos que han entrado ilegalmente al territorio estadounidense en los últimos meses. Asimismo, las ligeras brechas al bloqueo en el plano comercial continúan su curso, y los sectores de negocios estadounidenses que han apostado por el mercado cubano, lejos de retroceder, han seguido ampliando las relaciones con la Isla, incluso con viajes de delegaciones empresariales. Resulta interesante que tres de los principales aliados de Trump en el Congreso, los representantes republicanos Rick Crawford, de Arkansas, Tom Emmer, de Minesota, y Mark Sanford, de Carolina del Sur, han sido promotores de proyectos legislativos dirigidos a debilitar el andamiaje del bloqueo contra Cuba y aumentar las posibilidades de viajes y comercio con la Isla.

¿Qué podemos esperar?

Pienso que quizás aun transcurra algún tiempo, antes de que veamos una política más definida de la administración Trump con relación a Cuba, pues realmente otros son los temas que están siendo ahora priorizados tanto en su agenda doméstica, como internacional.

Por otro lado, Donald Trump no debe tener ningún apuro con Cuba, cuando se acercan los anunciados cambios generacionales en la máxima dirección de la Isla, algo que la clase dominante en ese país siempre ha aspirado aprovechar, y Trump no será la excepción.

No obstante, siempre insisto en que lo más importante a la hora de plantearse los posibles escenarios futuros de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba es enfocarse en las variables fundamentales que incidieron en los anuncios del 17 de diciembre de 2014. Si esas variables se sostienen y consolidan en el tiempo, pienso que la actual administración –al menos si nos guiamos por razones histórico-lógicas- se sentirá impelida a mantener los principales avances bilaterales alcanzados durante la administración Obama, sobre todo aquellos que se acercan más a los intereses de su agenda política. Hacer otra cosa sería el paso definitivo del *smart power* al *stupid power*. Trump ha hecho gran énfasis en los temas de seguridad, así como en la necesidad de generar empleos para los estadounidenses, en ambos casos, mantener la cooperación y las posibilidades de negocios con la Isla, puede reportarle importantes dividendos.

Dentro de las variables que empujaron las decisiones del 17 de diciembre de 2014, la dinámica de la situación interna cubana continúa siendo la más importante, la que más impacta en el diseño y la implementación de la política de los Estados Unidos hacia la Isla. Si Cuba logra mantener la estabilidad política y avanzar en su estrategia de desarrollo a partir de la actualización del modelo económico y social, y al propio tiempo, continúa obteniendo sostenidos y contundentes éxitos en el

plano internacional; le será bien difícil –aunque no imposible- a Trump y su equipo destruir los puentes establecidos a partir del 17 de diciembre del 2014. Téngase en cuenta, la existencia de un sector considerable de la élite de poder en los Estados Unidos con un marcado interés de incidir en el proceso de transformaciones internas que tiene lugar hoy en la Isla, algo que la política anterior al 17D imposibilitaba.

La evolución de la situación en América Latina y el Caribe y la política exterior de Estados Unidos hacia la misma, también resulta un escenario de grandes implicaciones para las relaciones bilaterales. Sin duda, los cambios ocurridos en la región de 1999 hasta el 2014, tuvieron un notorio impacto en el rediseño de la política hacia Cuba, pues Estados Unidos había ido quedando cada vez más aislado en el hemisferio con su arcaica política hacia la Isla, en un momento de auge de los movimientos progresistas y de izquierda. Ese escenario ha sufrido algunas modificaciones ante la arremetida imperial-oligárquica en la región, pero sigue siendo un terreno en disputa.

Otras variables como la dinámica interna en los Estados Unidos, donde juegan un papel importante los sectores empresariales y de negocios,² la opinión pública estadounidense,³ los cambios demográficos y políticos ocurridos en la comunidad de origen cubano en los Estados Unidos⁴, así como un consenso cada vez más significativo dentro de la clase dominante de ese país que apoya el “nuevo enfoque” de política hacia Cuba, también favorecen la tendencia de apoyo al “proceso de normalización de las relaciones”.

El entorno internacional caracterizado -entre otros aspectos- por el desafío que representa para la hegemonía estadounidense el auge de China y Rusia, incluso en la propia región latinoamericana y caribeña, también refuerza el argumento de los sectores de poder en Estados Unidos que abogan por un enfoque diferente en la política de los Estados Unidos hacia la Mayor de las Antillas.

Entre otros factores a tomar en cuenta proclives a mantener lo logrado en época de Obama, estarían:

-Las amplísimas áreas de interés común para la cooperación que se han ido construyendo y cuyos resultados beneficiosos no pueden ser ignorados, junto al hecho, ya comprobado, de que Cuba realmente constituye una garantía para los auténticos intereses de seguridad nacional de los Estados Unidos⁵, en asuntos como la lucha contra el terrorismo, el tráfico de personas, la inmigración ilegal, el tráfico de drogas, el enfrentamiento a catástrofes naturales y el combate a grandes pandemias y enfermedades infecciosas, por solo mencionar algunas áreas.

-El incremento sostenido de vínculos entre ambas sociedades (viajes, intercambios académicos, científicos, culturales y deportivos) las cuales tienen un gran impacto en el cambio de la *imagen Cuba* a lo interno de la sociedad estadounidense y hacen más difícil un regreso a un contexto de rompimiento como el que caracterizó el período de George W. Bush.

-El surgimiento de un lobby pro normalización, en el que el nuevo grupo de presión bipartidista *Engage Cuba*, integrado por importantes sectores de negocios y organizaciones no gubernamentales, constituye una de las organizaciones más activas y visibles.

-El cambio paulatino de las posiciones sobre Cuba dentro del legislativo estadounidense, que tiende a reducir paulatinamente el predominio prácticamente absoluto que sobre el tema tuvieron los congresistas de la extrema derecha cubanoamericana durante décadas.

Por lo tanto, tomando en cuenta estos elementos y si realmente Trump logra terminar su mandato en medio de múltiples contradicciones sistémicas internas, me aventuro a pensar que antes de tomar una decisión final de continuar el proceso de normalización o revertir total o parcialmente sus progresos, su administración mantendrá el *status quo* alcanzado con Cuba y al propio tiempo se dedicará a ir generando –mientras las condiciones se lo permitan- un contexto de presión sobre Cuba con la intención de reducir su capacidad negociadora de cara al futuro. Esta presión no solo formará parte del discurso político, sino de acciones concretas que favorezcan los intereses de los Estados Unidos -en especial en América Latina y el Caribe- en detrimento de los de Cuba. La desestabilización de los gobiernos progresistas y de izquierda en la región, teniendo como frente principal a Venezuela, aliada estratégica fundamental de Cuba en la región y eje articulador de los procesos integracionistas y de unión en Nuestra América apartados de las lógicas de dominación de Washington, es parte ya del escenario actual, constituyendo de hecho un rasgo de continuidad con la política hemisférica de la administración Obama.

Nuevas oportunidades

Si bien la nueva administración estadounidense representa en muchos sentidos una amenaza global (aumento de la carrera armamentista y del arsenal nuclear, agresión abierta y desenfrenada al medio ambiente, discurso y prácticas ultranacionalistas, antiinmigrantes, racistas, xenófobas, etc) también constituye una oportunidad no solo para la resistencia, sino para una mayor ofensiva anticapitalista a nivel internacional. El llamado “fenómeno Trump”, es otra muestra palpable de la crisis sistémica del capitalismo, del agotamiento de un modelo que busca desesperadamente como mantener la acumulación ampliada del capital. Ello se manifiesta en la agudización las propias contradicciones inter capitalistas y el auge de tendencias ultraderechistas en los Estados Unidos y Europa. “América Primero”, ha sido uno de los slogans favoritos de Trump.

Para Cuba, significa una nueva oportunidad para el avance y fortalecimiento de los procesos de transformaciones en curso hacia un socialismo próspero y sustentable, así como para afianzar aun más las alianzas con los gobiernos, movimientos y fuerzas políticas progresistas y de izquierda en la región, así como el relanzamiento de los procesos integracionistas y de unión en América Latina y el Caribe, en especial la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). De la

misma forma para fortalecer los lazos con aquellos actores internacionales que a nivel global desafían la hegemonía estadounidense.

El retiro de los Estados Unidos del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP), debilita la opción derechista y neoliberal de los gobiernos latinoamericanos de la costa del pacífico, pone en aprietos el futuro de la Alianza del Pacífico y ofrece una mayor oportunidad a China para una mayor presencia e influencia en la región.

La construcción de un muro en la frontera con México, las posiciones antiinmigrantes, xenóforas y discriminatorias de la nueva administración estadounidense, generan gran rechazo en la comunidad internacional en detrimento de la imagen de los Estados Unidos. Todo esto, contribuye a debilitar aun más la hegemonía hemisférica y global de los Estados Unidos y coloca a Cuba en una mejor posición en la correlación de fuerzas a la hora de sentarse a negociar con el nuevo gobierno estadounidense.

Igualmente, las políticas anunciadas por la administración Trump que atentan contra el medio ambiente y contribuyen a acelerar los procesos asociados con el cambio climático, favorecen una mayor articulación y unión entre los Estados Insulares del Caribe, los cuales resultan los más amenazados de la región.

Quisiera terminar citando a Julian Assange, fundador del sitio web Wikileaks, quien en una amplia entrevista que ofreciera a *Página 12*, daba su opinión sobre las nuevas oportunidades que se abrían para la resistencia y la lucha antisistema a nivel global con Trump en la Casa Blanca:

*“Bajo la conducción de un hombre negro educado y cosmopolita como Barack Obama el gobierno de Estados Unidos no se parecía a lo que era. Bajo Barack Obama se deportaron más inmigrantes que en cualquier otro gobierno y se pasaron de dos guerras a ocho. Supongamos que Argentina tiene un conflicto con el gobierno de Trump por su apoyo a Gran Bretaña en el caso de las Malvinas. ¿Es más fácil o más difícil para Argentina conseguir apoyo en la comunidad internacional que cuando era presidente Obama? Es más fácil con Trump. ¿Y a nivel doméstico en Estados Unidos? Claro que será más fácil protestar contra las políticas de Trump. De hecho las protestas ya empezaron. Los demócratas, cuando están en la oposición pueden convertirse en una fuerza que restringe y controla al gobierno. Pero cuando llegan a la presidencia y al gabinete se funden con las instituciones. El gobierno de Obama era un lobo con piel de oveja. El gobierno de Trump es un lobo con piel de lobo. Es más fácil tratar con un lobo que no se disfraza”.*⁶

(Intervención realizada en el Taller celebrado en la sede de la OSPAAAL en La Habana, el día 29 de marzo de 2017)

Notas

1 Esta lectura no representa un desconocimiento de los retos que para Cuba también trae aparejado el nuevo enfoque de política implementado por la administración Obama, pero siempre será el escenario más deseado, pues al menos ambos pueblos y gobiernos, aunque disten en cuanto a la meta del proceso de normalización, interactúan, cooperan y se benefician.

2 En ese sentido se destaca la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, la creación del Consejo de Negocios Estados Unidos-Cuba, el grupo de presión Engage Cuba y su New Cuba PAC, así como diversas asociaciones del sector agroindustrial, que fundaron la Coalición de Agricultores de EE.UU. por Cuba. También sobresalen por su interés en el mercado cubano determinadas industrias como: turismo, viajes, telecomunicaciones, farmacéutica, biotecnología, energía y conocimientos.

3 La mayoría de las encuestas realizadas reflejan un promedio superior al 60 por ciento de apoyo a la normalización de las relaciones entre ambos países.

4 En este cambio que a nivel de tendencia favorece el estrechamiento de los vínculos entre ambos países, ha sido muy importante el papel de los nuevos emigrados y las nuevas generaciones de cubanoamericanos. También los grupos dentro de la llamada “derecha moderada” alineado con la política de Obama y con fuertes conexiones con instituciones del establishment, en el que se destaca la agrupación Cuban Study Group, liderada por el empresario Carlos Saladrigas. Además sobresale la organización Cuba Now, surgida a partir de Cuba Study Group, vinculada también a Engage Cuba. En estas organizaciones es notorio el papel de los empresarios cubanoamericanos.

5 Cuando el gobierno de los Estados Unidos hace uso en su retórica oficial del término “seguridad nacional” en realidad se está refiriendo a la seguridad imperial de la clase dominante en los Estados Unidos, que nada tiene que ver con los auténticos intereses de seguridad que puede tener una nación.

6 “Trump es un lobo con piel de lobo”. Entrevista a Julian Assange, fundador y director del sitio de filtraciones WikiLeaks. Véase en: <https://www.pagina12.com.ar/18251-trump-es-un-lobo-con-piel-de-lobo>.

[Ir arriba](#)



Entrevista exclusiva a Ignacio Ramonet Fernando León Jacomino

“El razonamiento y la verdad son más importantes que la seducción”

Si hay un periodista extranjero conocido y querido en Cuba es Ignacio Ramonet. Instalado en la preferencia de nuestros lectores gracias a la agudeza y el rigor de su entrevista *Cien horas con Fidel*, distribuida aquí en diferentes formatos y traducida a varios idiomas, Ramonet es además un experto en temas de comunicación social y uno de los autores que con más objetividad ha evaluado el fenómeno global de Internet y su creciente penetración en nuestros países. Animados por conocer su opinión sobre diferentes temas de

actualidad, aprovechamos su más reciente visita para sostener la conversación que ahora ofrecemos en exclusiva a nuestros lectores.

¿A qué se debe la incapacidad de la izquierda para seducir y mostrar su mejor cara al mundo e incluso a sus simpatizantes potenciales?

Hace tres o cuatro años, en el marco de la Feria del Libro, Fidel se reunió con un grupo de intelectuales internacionales y cubanos. Después de escuchar diferentes intervenciones, entre ellas una mía, dijo: “Muy bien, ustedes han hecho el balance de la perversidad —para decirlo en otras palabras— del adversario, pero ¿cómo hacemos para que nuestra verdad circule? Esa es un poco la pregunta que tú me planteas, y que es mucho más difícil de contestar de lo que parece. Por ejemplo, la izquierda en general y la izquierda gobernante tienen una ética con respecto al discurso, en la que el razonamiento y la verdad son más importantes que la seducción. Esencialmente, es el discurso de la seducción, se trata de vender más una postura que un producto. Cuando se pone a una chica bella y parcialmente desvestida cerca de un automóvil, esa chica no es el motor mecánico del automóvil, esa chica no te garantiza que el automóvil vaya a circular bien, sin averías; sin embargo, eso hace vender más automóviles, o pretende vender más automóviles. En realidad, la publicidad moderna ya no vende el producto, sino una idea. Se nos vende más bien una idea asociada a cómo tú puedes mejorar tu identidad, tu valor en términos profesionales, sociales, y cuánto vas a mejorar consumiendo ese producto, en vez de decir que ese producto te va a producir tal o cual cosa mecánicamente, científicamente, etc.

Eso es el discurso de la seducción, y el discurso de la seducción lo enseñó muy bien el sociólogo francés Jean Baudrillard, teórico de la sociedad de consumo. En las sociedades que no se piensan como sociedades de consumo, el discurso de la seducción está menos desarrollado por definición. A veces se les llama discursos de la propaganda, específicamente de la propaganda política, pero siempre con las debidas restricciones sobre cómo hacer un eslogan político, una imagen política, porque a pesar de todo, la cuestión de la verdad o del impacto allí tiene más importancia que la seducción.

Entonces, primero hay como un hándicap que viene del hecho de que no se ha trabajado suficientemente en la seducción, y segundo también creo que existe la idea de que no se miente, ya que la izquierda parte del principio de que no se debe mentir y date cuenta de que estamos en la era de la post-verdad.

Fíjate el choque ético entre una concepción exigente de que el tratamiento digno en materia de comunicación consiste en no mentir —ya lo decía el Antiguo Testamento—, y la sociedad en la que estamos hablando de post-verdad, o sea, que la verdad no es más que una interpretación de los hechos, una entre las muchas que puede haber, y también en la era de los hechos virtuales. Es decir, que yo puedo defender un hecho que no se produjo, pero que podría producirse. Es el famoso debate sobre cuántas personas hubo en la ceremonia de toma de posesión de Trump, donde tanto Trump como su entorno de comunicación afirmaron que había más personas en esa ceremonia que en la de Obama, cuando las fotografías muestran que había por lo menos la mitad. Pero también se puede decir que se mandaron muchas más fotos o se filmó mucho más en una ceremonia que en la otra, porque hoy los teléfonos permiten utilizarlos más, por Facebook, por Twitter. Entonces a partir de ahí tú tienes una realidad virtual de un hecho virtual con valor de hecho real. Con esto te digo que por estos dos aspectos: su relación con la verdad y con el discurso de la seducción, la izquierda tiene no un hándicap serio, sino dos.

¿Qué por ciento de la sobrevida y del combate de Maduro y de la Revolución Bolivariana se debe a las redes? ¿Qué peculiaridad aporta en este sentido el caso Venezuela post-Chávez al uso de las redes en manos de la izquierda?

Eso es muy importante porque, en cierta medida, la izquierda latinoamericana conocía bien este tema, porque ya había habido dos campañas anteriores, históricas, célebres; en especial la orquestada por el Diario El Mercurio, de Chile, contra el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular. Pero sucede que tales precedentes, a nivel global, se habían olvidado.

Cuando Chávez llega al poder y gana las elecciones del '98 y toma posesión en febrero del '99, yo lo explico de esta manera: Chávez tiene muy buena relación con los medios, y los medios dominantes en Venezuela llegan convencidos de que es el hombre necesario para el país. Claro, ¿de qué Chávez estamos hablando? No estamos hablando del Chávez de los años 2004 y 2005 que se declara socialista, sino de un Chávez que ellos pensaban manipular. Lo que ocurre es que como gana las elecciones con el apoyo hasta de los medios conservadores, Chávez no desconfía de los medios —lo sé porque yo estaba con él—, además de que es muy hábil con los medios porque es muy seductor, y utilizó con mucha inteligencia los medios más diversos cuando estuvo en la cárcel, lo equivalente a lo que serían hoy las redes sociales. Te doy un ejemplo nada más para que veas la inteligencia de los medios y la imaginación de ellos. En Venezuela, que es un país muy extenso, la circulación de mucha gente cuando el ferrocarril no estaba desarrollado era mediante autobuses, y ellos tenían una red de militantes cuando él estaba en la oposición antes de ganar las elecciones, y hasta cuando estaba en la cárcel. Tenía una red de militantes que operaban en los autobuses en que la gente va oyendo música. Los choferes ponían entonces casetes para difundir música o películas que la gente va viendo; pues ahí los militantes llegaban y hacían, de una manera u otra, que el chofer pusiera el casete con discursos o el video con una entrevista a Chávez. De esa manera, decenas de miles de personas iban oyendo el discurso de Chávez; la gente de pueblo, porque los ricos iban en sus carros. Por este circuito, que evidenció la creatividad de sus partidarios, se difundieron mucho, por ejemplo, las entrevistas que Chávez generaba desde la cárcel. Chávez no desconfió de los medios por su buena relación con ellos, lo cual duró hasta el 11 de abril de 2002, cuando se produjo el Golpe de Estado. En Venezuela nunca se había producido un Golpe de Estado mediático, los medios habían participado en campañas en Chile y Nicaragua, pero no habían dado un Golpe de Estado. Allí los directores de los medios sí participan en las conspiraciones y los medios pasan a ser el partido principal de la oposición.

Trump dijo hace varias semanas que los medios son el principal partido de la oposición, eso es lo que ocurrió en Venezuela en 2002. Entonces ese rol que se dan los medios de asumirse como partido de la oposición, como liderazgo de la oposición, eso que Trump denuncia en EE.UU. hoy, fue lo que vivió Chávez. Y de esa respuesta de Chávez salió Telesur: “hay que reformar y tomar decisiones”, dijo, y se trataba de crear los medios comunitarios que no existían en aquella época, de desarrollar las radios comunitarias y la idea de que existan cada vez más medios públicos, que hayan tres sectores: medios públicos, medios privados y medios comunitarios; pero el sector público tiene que tomar mayor importancia. Por eso decimos que hay una toma de conciencia en el momento de Chávez.

¿Dónde estamos hoy? El panorama mediático ha cambiado, para decirlo de manera brutal. ¿Quiénes son los medios dominantes hoy? Las redes sociales. Si no se entiende eso, se está llevando a cabo una batalla de hace 20 años. Los medios sociales hoy no son la televisión, la prensa, ni la radio, como lo fueron durante mucho tiempo. Te cito un ejemplo: Obama no dio ninguna entrevista a un canal de televisión en su segunda

campaña electoral porque en Facebook tenía algo así como 42 millones de seguidores, y no hay ningún canal en EE.UU. —un país de 250 millones de habitantes—, que a la hora del telediario llegue a 42 millones de espectadores. Ni siquiera la suma de todos los telediarios de las 7:00 p.m., los cuatro principales, alcanza los 40 millones. Entonces ¿para qué va a ir a la televisión? No le dio ninguna entrevista a ningún gran periódico, ni al *New York Times*, ni al *Washington Post*. No lo hizo porque él publica en sus redes sociales. Mira a Trump, no da conferencias de prensa y se expresa todos los días en Twitter.

Para responder a tu pregunta, hay que entender que hoy las redes sociales —que mucha gente sigue pensando que es una cosa parasitaria, secundaria—, son los medios principales, los medios dominantes. La televisión ha perdido estímulo, los medios dominantes son los que vienen a hablarte a ti. Cada día eso se perfecciona más, porque si yo soy Facebook lo sé todo de ti: cómo te llamas, dónde vives, quiénes son tus amigos, qué comes, qué lees, qué compras; lo sé todo porque te pasas la vida contándolo y por eso ellos saben todo de 1 500 millones de personas. Ni China tiene la población que tiene *facebooklandia*, como le digo yo. Entonces, si yo sé esto, a la hora electoral le envío este mensaje a aquel, a ti te envío otro, y a tu vecino este otro; voy a vectorizar, a descomponer mi mensaje, lo voy a declinar en 20 aspectos, en 20 estilos y relatos, y se lo voy a enviar a millones de personas. Eso no lo puede hacer la televisión ni la radio, porque lo que ha cambiado ahora es que el gran agujero negro de los medios dominantes radica en que yo sé qué emito, pero no sé cómo se recibe. Puedo saber cuántas personas lo reciben, puedo decir que tal programa lo han visto tantos millones de personas, pero no sé quiénes son esas personas. Con Facebook, con Twitter o con Instagram, sé exactamente quiénes son las personas y hasta qué piensan de esto, porque las mando a poner “me gusta” o “no me gusta”; eso es un conocimiento que los medios nunca han tenido en un siglo de existencia.

¿Podría decirse, no obstante, que en nuestros países de América los medios tradicionales continúan jugando un papel determinante en nuestros países, en estrecha vinculación con las redes sociales?

La televisión sigue siendo importante porque es un medio con una influencia considerable; en algunos países en vías de desarrollo su influencia es muy grande, tal como sucede con la radio, que hasta en los países desarrollados, sigue siendo el medio más fácil de utilizar; más fácil que el periódico, porque no te impone una dedicación exclusiva y la puedes recibir más fácil que la televisión porque no te exige que la mires. A ciertas horas del día, la radio es más importante que otros medios. Cuando tú vas en tu auto en las calles atascadas modernas, la radio es el medio más eficaz. En los países desarrollados no puedes usar tu teléfono cuando conduces, pues te expones a una multa; entonces no puedes usar los medios sociales que están en tu teléfono, pero sí puedes oír la radio. Yo, por ejemplo, no consumo televisión como antes, porque puedo verla cuando desee, sin necesidad de seguirla en directo.

Hay países africanos poco desarrollados donde el número de teléfonos, no forzosamente inteligentes pero sí digitales, es dos o tres veces superior al número de habitantes. Ya no estamos en la situación en que estábamos hace 10 o 15 años, cuando solo se equipaban las capitales, donde estaban las clases educadas. Antes tú necesitabas wifi y eso, pero hoy las ciudades están teniendo lo que se llama 3G y 4G. Ahora los teléfonos son tan avanzados que nosotros los seguimos llamando teléfonos, pero son computadoras, algunas mucho más avanzadas que las que teníamos hace apenas cinco años. Aún sigue habiendo una brecha digital, no lo estamos negando, pero se está reduciendo.

En el caso de Europa, ¿qué papel han jugado las redes en medio de la amenaza de desintegración que se cierne sobre este bloque estratégico y en qué medida ese gran problema invisibiliza otros como el racismo y la emigración?

En ese campo inmenso que acabas de abrir, las redes juegan el papel que podrían jugar el teléfono y la correspondencia. Las redes sociales han podido desarrollarse globalmente porque favorecen la conectividad y la interacción, favorecen la puesta en contacto de las personas de punta a punta. Con las redes sociales puedes mandar un mensaje a una lista de personas y tienes la posibilidad de interactuar. Con el teléfono era puro sonido, pero ahora con las redes sociales pasan texto, foto, video, sonido, etc. Esto es lo que ha cambiado. Claro, si antes las manipulaciones se hacían en base a los medios existentes, hoy este nuevo medio que llamamos redes sociales se añade también a las campañas de manipulación. ¿Dónde hemos visto manipulaciones? En lo que se llamó las Revoluciones de Colores, lo que hubo en Georgia, Ucrania, Bosnia, donde instituciones tuvieron una gran influencia pretendidamente difundiendo la democracia, pero sobre todo oponiéndose a sistemas progresistas como lo vimos después con las Primaveras Árabes también. Lo vimos en Túnez y Egipto, donde las redes sociales tuvieron un rol de movilización porque las redes sociales, ámbito que en aquella época se limitaba al correo electrónico y a una versión de Twitter sin el desarrollo de hoy, sin imágenes y a Facebook. ¿Qué hacían entonces las redes sociales en términos de movilización? Si tú quieres movilizar a 100 mil personas temporalmente, necesitas por lo menos una organización (partido, movimiento, sindicato), un programa (que tiene que elaborarse con tiempo, progresivamente), y un líder. Ahora, para garantizar que estos elementos existan y tengan suficiente influencia como para sacar a 100 mil personas a la calle, hacen falta años de trabajo y en algunas circunstancias no es posible hacerlo. Particularmente en el caso de una dictadura no es posible, porque todo esto que hemos dicho habría que hacerlo en la clandestinidad y es muy complicado y arriesgado. En las redes sociales tú no necesitas tener nada de eso, tú solo necesitas tener la lista de las personas, que no es difícil de encontrar, y el programa resumido en una frase o eslogan que debe contener elementos básicos como “en tal lugar y a tal hora vamos a decir esto”. Con esos tres elementos y las redes sociales tú lanzas tu red y a la hora dicha seguro que tendrás 5 mil o 15 mil personas y con esto le planteas un problema a la dictadura en cuestión, porque mientras que en el sistema anterior tú te organizabas y estabas más o menos aislado, el sistema te podía agarrar aislado, hoy el sistema no puede materialmente encarcelar a 5 mil personas, no hay camiones para transportarlos, no hay cárceles donde meterlos. Hoy día los Estados están mucho más organizados para eso, pero entonces no, entonces eso caía de repente y las autoridades ni siquiera se daban cuenta.

Desde ese punto de vista, las redes sociales son un instrumento extraordinario. Y hoy ese instrumento se está utilizando en las campañas contra los países progresistas. La herramienta se está utilizando además con mucha inteligencia, porque se ha desarrollado ya todo un saber, una experiencia por parte de los que llamamos gurús de la comunicación política, que ya saben esto muy bien y ponen mucho dinero en juego.

¿Qué puede ocurrir en el escenario de Ecuador? ¿Cómo están tratando de articular eso con los fracasos más recientes de la izquierda en Latinoamérica?

Bueno, si tomamos el caso de Ecuador, francamente fracasos no hay. Sin embargo, las diez principales ciudades del país se perdieron en las elecciones principales, pero, en términos de gobernabilidad, Correa presenta un balance fabuloso. En términos de infraestructura, transporte y educación, el balance es muy positivo. Ese no es el problema, al contrario, probablemente ellos —la oposición, la internacional

conservadora—, quieren derrotarla precisamente porque han logrado todo eso. Pero eso no es suficiente para que ellos consigan hacerlo y por eso han invertido la táctica, en términos de contenido. Ya no dicen: “Vamos a deshacer lo que ha hecho Correa”. Ellos dicen: “Todo lo que ha hecho Correa está bien, lo vamos a hacer mejor, con más eficacia, eficiencia, vamos a crear un millón de empleos, ese es el eslogan de Guillermo Lasso. En cambio el candidato Lenín, con ese apego a la honestidad, dice: “Yo voy a crear en los cuatro años de gobiernos 365 mil empleos”, porque ha calculado precisamente lo que el Estado puede y lo que la economía, al desarrollarse, puede crear. Lasso no entra en esas consideraciones de honestidad y verdad, de verificación. Él promete 1 millón de empleos, y mucha gente le cree. Él no dice que va a deshacer los hospitales, pero en realidad sí sabemos que lo va a hacer. Entonces ellos no llegan esta vez con un programa de privatización, no llegan diciendo lo que sabemos que van a hacer. Se trata de tranquilizar a la gente, de prometer que todo lo que han adquirido esos dos millones de pobres que han salido de la pobreza, no solo lo vamos a garantizar —dicen □, sino que nosotros, que somos millonarios y sabemos lo que es enriquecerse y cómo hacerlo, los vamos a ayudar a enriquecerse, ahora que han salido de la pobreza. Evidentemente, se lo cree quien quiere creérselo, pero el discurso de ellos es hábil, se ha modificado. No vienen ya en términos de confrontación ni en términos de lucha y han seducido incluso a gente de la izquierda. Mira lo que pasa con las organizaciones indígenas que no están con Alianza País y están dispuestos algunos a votar por Lasso, que es un banquero fraudulento, corrupto. Y hay gente que lo achaca incluso a un razonamiento izquierdista y nihilista, reforzando la idea del izquierdismo como la teoría infantil del socialismo.

Sobre la peculiaridad del acceso a Internet en Cuba hoy, ¿cómo usted valora esas distintas maneras de acceder? Existe algún país análogo que haya tenido dificultad para un medio, aunque no sea internet y cuáles podrían ser los pros y los contra de esa diversidad?

Probablemente usted de esto sabe mucho más, pero le digo cómo lo veo: Cuba primero ha tenido dificultades objetivas surgidas del bloqueo, porque evidentemente digamos la mayoría como lo estamos diciendo de estas empresas de internet son gubernamentales, ha habido esta dificultad y segundo, a Cuba no se le ha permitido acceder al cable internacional durante mucho tiempo, lo cual expresa que ha habido una voluntad por parte de EE.UU. de marginar a Cuba del movimiento de Internet.

Las cosas han mejorado ligeramente ahora, primero el cable que vino de Venezuela, acuerdo entre Fidel y Chávez, pero si no era solo mediante satélite; lo que reduce la banda. Por eso es tan absurdo aquello que se decía desde el exterior de que Cuba no quería permitir las comunicaciones. Hoy constato que hay cada vez más difusión de Internet. Hubo una época donde era muy difícil aquí acceder al wifi, pero ya se han creado numerosos puntos donde la gente se reúne a conectarse, se percibe una expansión y ocurrirá como en todas partes, que se va a generalizar.

Internet es el tema de mi último libro [El imperio de la vigilancia](#) y es algo de lo que no podemos privarnos ahora en absoluto, porque sería como privarnos del alfabeto o del teléfono, la radio o la televisión; medios de los cuales se puede hacer un mal uso, por cierto. Por eso digo que si la vigilancia es una de las consecuencias de Internet, lo que tenemos que hacer es luchar contra eso, primero tomando conciencia; Si alguien no nos lo dice, nos hubiéramos quedado en que solo los Estados nos vigilan, cuando realmente los estados no disponen de los recursos tecnológicos que tienen estas megaempresas. En mi libro cito un informe de la CIA al presidente de EE.UU., Barack Obama, donde se le dice que hay que tener mucho cuidado porque los empresas privadas están acumulando tanta cantidad de datos que un día van a tener

más poder que el gobierno de EE.UU. Estamos hablando de EE.UU., un país que tiene un nivel de vigilancia superior a la suma de todos los países del mundo con la CIA, el FBI, la NASA y otras tantas entidades dedicadas al tema.

Yo le digo a los gobernantes que han perdido soberanía, porque la soberanía pasa por tener el control del territorio, saber lo que entra y sale. Pero nadie sabe, por ejemplo, cuándo exactamente entró Facebook a Cuba y la información vale más hoy día que el petróleo, porque es una materia prima estratégica con la que se pueden hacer muchas cosas. Y eso se lo están llevando sin que el Estado lo sepa. Entonces el nivel de concepción de la soberanía tiene que cambiar, pues tal como hoy hacen eso, mañana te paralizan un aeropuerto. Ya los grandes países se han dotado de sus ciber ejércitos, lo cual habla de una toma de conciencia sobre el nuevo fenómeno. Los cambios que va a producir Internet aún no los hemos visto, y no hablemos del comercio, de los medios de comunicación, todo cambia en la comunicación, en la sociedad, en el poder.

¿Usted cree que la organización social que tiene Cuba pueda ser una herramienta útil para influir en las redes sociales?

La ventaja que yo le veo, digamos, a la desventaja actual que tiene Cuba, es que el tiempo ha pasado y hoy sabemos mucho más y mejor lo que es Internet; y Cuba puede beneficiarse de este conocimiento para prevenir lo que va a suceder. De aquí a cinco años, esta sociedad va a estar igual de digitalizada que cualquier otra y, además Fidel, como visionario, creó la UCI. Entonces todas las condiciones están reunidas aquí para que este país esté digitalizado como cualquier otro país desarrollado. No olvidemos que Cuba tiene un nivel educacional entre los más altos del mundo y, cuanto más educado estás, más tendencia tienes a usar la comunicación. Lo que la puede limitar son las condiciones materiales, pero esas condiciones materiales también están en evolución. Cuba es un país particularmente expuesto porque tiene muchos años de lucha y tiene como enemigo al país más poderoso del mundo, que es además la superpotencia del Internet. No hay que ser pasivo con las redes sociales, pero tampoco se pueden utilizar de manera vertical, como si fuera consigna de Partido.

¿Cómo se percibe hoy el pensamiento y la obra de Fidel y cuán útil considera ese legado para los tiempos que corren?

Fidel es inconmensurable. Fidel ha pensado tanto, ha sido tan visionario en muchas cosas, tan capaz de tomar decisiones en las que nadie podía imaginar, como capaz de pensar lo impensable. El estudio de su obra es más necesario que nunca. La ética de Fidel, su rigor en materia de pensamiento, su capacidad de estrategia, porque yo creo que Fidel fue un estratega muy creador en la política, como Picasso en la pintura o Mozart en la música. Y ha sido victorioso en todo, además.

Creo que él pudo decir “muero tranquilo”, aunque nos dejó huérfanos a nosotros. Creo que Fidel es universal, no solo para la sociedad cubana, y si no fíjate en esa generación de líderes en América Latina que salió entre los años 90 y 2000, que todos se reflejaban en Fidel. Creo que su pensamiento seguirá produciendo líderes que esencialmente se referirán a él por estas cuestiones: la dignidad, la verdad, la ética, su humanismo extraordinario, la solidaridad de Cuba con el mundo sin distinción, como la Misión Milagro, que es maravillosa. Si en este mundo existiera el Premio Nobel de la Paz de verdad, Fidel tenía que habérselo llevado ya, por eso nada más. Y si la iglesia católica santificara también a los revolucionarios, Fidel tendría que ser santo, santo súbito.

(Tomado de La Jiribilla)

[Ir arriba](#)



Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saíz y el Ministerio de Cultura.

Consejo Editorial: Elier Ramírez Cañedo, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca.

Estos textos pueden ser reproducidas libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Nuestro correo electrónico: revistasedicecubano@gmail.com

[Ir arriba](#)